

HOW TO SURVIVE MY CEO



Síguenos en telegram como Boys Love Topeni

INTRODUCCIÓN

Patlom, un joven de ascendencia chino-italiana y presidente de un importante conglomerado mediático es conocido por su arrogancia y frialdad. Toda su vida gira en torno al trabajo y jamás se ha interesado realmente por nadie.

Todo cambia cuando se cruza con **Pafon**, un estudiante universitario de cuarto año que llega a su empresa para postular a una pasantía... porque Patlom recuerda perfectamente que ese es el mismo joven que una vez lo tomó del cuello y lo arrastró hacia un beso en un bar. Nunca imaginó volver a encontrarse con la persona a la que besó por accidente, hasta que, por segunda vez, ambos terminan desmayándose con los labios aún unidos.

Esta vez, Patlom se hace una promesa: no dejará que Pafon vuelva a escaparse de sus manos.

Incluso crea un puesto especial solo para él un pasante honorario (fotógrafo de desnudos) y busca cualquier excusa para hacer latir el corazón del muchacho. En lugar de un ataque directo, adopta el papel de un “karma acechante”, infiltrándose poco a poco en la vida de Pafon, provocando que el estudiante lo maldiga en silencio todos los días... sin darse cuenta de que ya ha caído en su red.

CAPÍTULO 1: ¿DESTINO O KARMA?

El último año de universidad es una temporada de cacería de grandes empresas, una competencia feroz y despiadada.

La compañía a la que aspiraba un estudiante de Cine como yo —Pafon— era Baiyang Company.

A pesar de haberse fundado hace apenas diez años, esta empresa se ha convertido en el conglomerado de medios y publicaciones más prestigioso del país, posicionándose entre los cinco primeros a nivel nacional y ganando innumerables premios importantes, tanto nacionales como internacionales.

Todo este éxito se debe a la gestión de un joven presidente que ha llevado a la compañía hasta su escala actual. Incluso sus empresas subsidiarias, con sedes tanto nacionales como internacionales, gozan de una reputación sobresaliente.

Los beneficios para los empleados son simplemente increíbles, dignos de la realeza corporativa: no hay uniformes —puedes vestir como quieras—, snacks disponibles todo el día, almuerzo premium gratuito todos los días, permisos mensuales y un enorme bono de fin de año. Además, cada dos meses hay viajes de campo a empresas del grupo como Baiyang Entertainment, Baiyang Construction e incluso Baiyang Toy Production...

Un detalle extraño es que la empresa no cuenta con personal de limpieza fijo. Todos deben encargarse de limpiar por su cuenta, siguiendo la política corporativa de “fomentar el espíritu de ayuda mutua”. Al menos contratan una empresa externa para limpiar los baños, lo cual alivia un poco la situación.

Como dije, esta es la empresa soñada por todos, y yo, Pafon, también sueño con trabajar aquí.

El camino del pasante

Debido a que el proceso de selección es extremadamente estricto, y sabiendo que no podría destacar fácilmente en la ronda de entrevistas, el único camino viable para entrar a trabajar aquí era convertirme en pasante de la empresa.

La razón es simple: al contratar empleados oficiales, la compañía suele dar prioridad a quienes ya han sido pasantes. Así se ahorran entrenar personal desde cero, reducen el riesgo sobre la calidad del trabajo futuro y, además, los pasantes ya están familiarizados con el entorno y la presión laboral.

Y una de esas presiones es recibir órdenes directas del presidente.

¿Suena extraño, ¿verdad? En otras empresas, los pasantes suelen estar a cargo de supervisores o empleados de menor rango. Pero aquí, el presidente supervisa

personalmente. Podrías pensar que eso es algo bueno, pero déjame decirlo de una vez: es absolutamente horrible.

El peligroso presidente

Se rumorea que el presidente de Baiyang Media es una persona que valora el honor por encima de todo y ostenta un poder absoluto. Un poder que podría mejorar la vida de cientos de personas, pero que él elige usar para obligar a otros a someterse, ignorar opiniones contrarias y considerarse a sí mismo el centro del universo.

Toda esta información la reuní gracias a la señora de la limpieza y al chico de la cafetería de la empresa.

Al principio no me lo creí, pero cuando lo conocí en persona, dejando de lado esa personalidad indescriptible, descubrí la única cosa buena de ese presidente: su apariencia. De ascendencia chino-italiana y con párpados dobles, posee un rostro que encaja perfectamente con el “tipo ideal” de mucha gente. Además, habla tailandés con total fluidez.

Su piel clara, sus labios finos, ligeramente rosados y con forma de corazón, se ven peligrosamente besables. Tiene una mirada afilada y unos ojos verde grisáceos intensos, capaces de someter a cualquiera que los mire de frente. Un lunar bajo el ojo añade un encanto particular que acelera el corazón de quien lo observa. Y ni hablar de su estatura, claramente superior a la media de los hombres tailandeses —claro, al fin y al cabo es mestizo—. Sus palabras dulces y hábiles pueden convencer a cualquiera de obedecer cada uno de sus deseos; una vez que habla, nadie puede resistirse.

Es, sin duda, una persona extremadamente peligrosa.

Y, para ser sincero, no le tengo miedo porque sea demasiado encantador... le tengo miedo porque reconoció mi cara.

¡Maldita sea! Esto sí que es mala suerte. Aunque llamarlo “mala suerte” se queda corto; karma es una palabra mucho más adecuada.

Dos semanas antes: el incidente

Dos semanas atrás, yo no era más que un estudiante común de cuarto año, soltero y desesperado por encontrar una empresa donde hacer mis prácticas. No es que ninguna compañía quisiera aceptarme, sino que no podía competir en rapidez con mis amigos. Entre estudiar y trabajar a medio tiempo, apenas me quedaba tiempo libre.

Finalmente, la suerte me sonrió. Postulé a una pasantía en una reconocida empresa nacional de medios y publicaciones, y recibí un correo informándome que había sido llamado a una entrevista en el plazo de una semana.

¡La verdadera suerte me cayó del cielo!

Todo el mundo sabe que Baiyang Company es extremadamente estricta con su proceso de selección. Cuando recibí el correo de respuesta, me puse tan feliz que olvidé por completo que estaba en plena clase.

—Pafon, bájale un poco. El profesor está a punto de devorarte —suspiró Blue, mi amigo, intentando detenerme. Yo estaba demasiado emocionado como para prestar atención a la lección.

—Y no solo a ti te va a “devorar”, también a nosotros, idiota. ¡Cállate! —añadió Da, el otro amigo, que además es el hermano gemelo de Blue.

Y este tipo no se queda solo en palabras. Apenas terminó de hablar, su mano cayó con fuerza sobre mi espalda, haciéndome dar un salto.

¡Hijo de puta! ¿Eso fue una mano o un pie? ¡Duele como el infierno!

Blue y Da son gemelos idénticos. Cuando los conocí por primera vez, no podía distinguirlos en absoluto. Si algún día decidieran intercambiar lugares, definitivamente no me daría cuenta.

Blue (el hermano mayor): dulce y gentil, habla con voz suave y siempre es educado. Estudia tan bien que lo llaman ratón de biblioteca, incluso sin usar lentes. Tiene el rostro algo relleno y la piel clara, con rasgos de mestizo chino que lo hacen parecer una muñeca. Gracias a esa cara adorable, su estatura de 185 cm no resulta intimidante en absoluto.

Da (el hermano menor): su personalidad es completamente opuesta a la de su hermano; lo único que comparte con Blue es el rostro y la altura. Sus calificaciones son normales, lo que significa que, si su hermano obtiene la nota más alta, él también la recibe. Tiene la lengua afilada, sus insultos duelen y sus acciones son agresivas. Es la persona más maleducada de toda la carrera; si alguien quiere pelear, él está listo, sin importar quién sea el oponente. En toda su vida, solo le teme a unas pocas personas... y su hermano mayor es una de ellas.

¿La razón de que se llamen Blue y Da? Muy simple: a su madre le gustan las ballenas azules. Nada más.

—¡Dios mío, chicos! ¿Cómo quieren que me quede callado? ¡Es Baiyang Company! ¡Baiyang! ¡Mamá, soy demasiado afortunado! —dije con orgullo, ignorando por completo la voz del profesor que daba la clase desde el estrado.

Hablé tanto que mis amigos ya no me soportaban... y el profesor tampoco. Justo cuando me giré para hablar con un compañero que estaba detrás de mí, un libro grueso aterrizó de lleno sobre mi cabeza.

—¡Ay! ¿Quién...? ¡Ah, hola, profesor! ¿Está cansado? Hoy hace calor, ¿verdad? Jajaja. ¿Qué le parece si voy a comprarle un poco de agua? —dije, levantándome de inmediato y saliendo, corriendo del aula.

Casi le suelto una palabrota al profesor, pero aun así logré salvarme. ¡Soy un genio!

Cuando el culpable ya había huido, el profesor cambió de objetivo y apuntó a los dos cómplices: Blue y Da.

—Ah, profesor, él no es nuestro amigo. No lo conocemos —rio Blue con torpeza, moviéndose de forma tan sospechosa que hasta un niño de inicial se daría cuenta de que mentía.

—Así es, profesor. No lo conozco. Vine a clase con mi hermano. No sé quién es —Da no fue mejor. Aunque su rostro estaba completamente serio y su voz sonaba firme, sus piernas bajo el pupitre temblaban sin control. Un alumno de primaria notaría que estaba mintiendo.

—La próxima vez, díganle a su amigo que se quede callado. Está interrumpiendo a los demás estudiantes.

—Sí / Entendido.

—¿No acaban de decir que no era su amigo? —bromeó el profesor.

—No, señor / No, señor.

Después de clase

En resumen, después de salir corriendo con la excusa de ir a comprar agua, sí compré el agua, pero luego me fui directo a sentarme en la cancha de básquet. ¿Quién se atrevería a volver para que el profesor me “devore la cabeza” otra vez? No soy tan tonto. Quedarse aquí es mucho más divertido.

Mientras observaba distraídamente a los estudiantes más jóvenes jugar básquet con total alegría, escuché la voz de Da resonar a lo lejos.

—Idiota. Te fuiste sin tu mochila. Qué fastidio —dijo con irritación.

Cuando se acercó, me lanzó la mochila de inmediato.

—¿Entonces por qué la trajiste? —pregunté, estirando la mano a toda prisa para atraparla. Por poco no lo logro. Menos mal que hoy no traje mi cámara, o ya estaría hecha pedazos.

—Exacto. Blue dijo que él mismo la llevaría. ¿Por qué la agarraste tú, Da?

—Blue, no la cargues. ¿Y si te llenas de gérmenes?

—¿Tú eres realmente mi amigo? ¡En serio! ¿Qué gérmenes? ¡Me baño tres veces por semana! ¡Y lavo mi mochila una vez por semestre!

—Si no fueras mi amigo, no habría hecho esto.

—Está bien, ya entendí.

Después de discutir un rato con Da, me ignoró por completo y se inclinó para susurrar algo a su hermano, que estaba sentado a mi lado. No sé qué tipo de conversación estilo “pío pío” estaban teniendo. Había espacio de sobra para sentarse, pero Da dijo que, si se sentaba, Blue quedaría bajo el sol, así que prefirió quedarse de pie y taparle el sol. Todo por miedo a que su hermano se bronceara.

Yo solo quería burlarme en voz alta. Con su hermano habla con una voz dulce como la miel, pero con sus amigos parece un toro enfurecido. Increíble.

—Oigan, ya que estamos, ¿por qué no salimos a celebrar? —los invitó, porque pronto todos estaríamos ocupados con las prácticas y no habría muchas oportunidades para reunirnos a beber juntos.

—Blue, ¿vas a ir? Si Blue va, Da también va —dijo el menor, haciendo un puchero mientras miraba a su hermano mayor. Al verlos, cualquiera pensaría que Blue tiene un hijo pequeño, no un hermano menor.

—Podemos ir. De todas formas, pronto no nos veremos tan seguido —respondió Blue.

—Está bien. ¿A qué hora?

—A las ocho de la noche. Ir muy temprano no es divertido, hay poca gente.

—¿Vamos a beber o a buscar admiradores?

—Exageras, Da. Tú pareces más un censo ambulante que yo.

—¿Y cómo no? Puede tener esa cara, pero ya ha coqueteado con casi todos los departamentos. Hay que decirlo: nadie en la universidad desconoce a los gemelos Blue-Da.

—Sorprendido de que diga que nadie los desconoce? Bueno, estos gemelos son auténticos imanes de chicas y chicos. Blue es el tipo ratón de biblioteca; Da, el chico rebelde. Elige el estilo que prefieras: ellos nunca rechazan a nadie. En resumen, si tuvieran que escoger entre amistad y sexo, no dudarían ni un segundo en elegir lo segundo.

—No digas la verdad así.

—Sí, jefe. Entonces, a las ocho en punto. Y no se vistan para eclipsar a sus amigos, ¿eh? Bien, gracias. Me voy. ¡Chao!

Una vez hecho el acuerdo, salí corriendo de allí, fui a mi estacionamiento cerca del departamento y pisé el acelerador directo a la residencia para preparar el atuendo más deslumbrante de la noche.

Bar XXX

20:00

Llegué al bar puntualmente y busqué la mesa que había reservado una hora antes para ver si mis amigos ya estaban ahí. Miré bien... ¡no había nadie!

De verdad estoy harto de esos gemelos. ¡Llegaron tarde a una cita que ya era tarde de por sí! Los ignoraré. Cuando aparezcan, que ellos paguen las bebidas.

Llegué primero, así que no es mi culpa. Pensando eso, me abrí paso rápidamente entre la multitud; mi cuerpo de 176 cm avanzó directo hacia la mesa reservada en el sector izquierdo. Pedí de inmediato una botella de licor fuerte, con la clara intención de beber hasta quedar completamente borracho. Total, no era mi dinero.

Casi una hora después, mis queridísimos amigos por fin aparecieron.

—¿Por qué no mejor vienen mañana? —les dije a los gemelos apenas se sentaron, agitando mi vaso lleno de licor color ámbar. No estaba borracho, solo un poco mareado.

—¿Ah, ¿sí? Entonces me voy a casa —dijo Da, fingiendo levantarse de la silla.

—Ay, cariño, estaba bromeando. Siéntate —respondí rápidamente, agarrándole la mano y obligándolo a volver a sentarse.

—¿Qué demonios con eso de “cariño”? Me dio escalofríos —Da se hizo el delicado.

—Idiota. Das asco —solo imaginé a un tipo grande como un toro, malhablado y con una lengua más afilada que la de un perro, actuando de forma coqueta al lado de uno.

—Da, deja de bromear —intervino Blue.

—Hmph.

—Bien hecho. Dominado por tu hermano, ja, ja, ja —yo seguía sin estar borracho.

—Estás borracho, imbécil —Da dijo exactamente lo mismo que yo acababa de pensar.

Maldita sea... ¿es adivino o qué?

—No pasa nada. Luego llevaremos a Pafon de regreso a la residencia. Déjenlo emborracharse —dijo Blue con naturalidad, dando un pequeño sorbo a su bebida. Fingía no prestar atención, pero sus ojos brillaron al recorrer a los chicos que miraban hacia nuestra mesa... donde se reunía toda la gente guapa.

Ya les dije que este Blue no es nada inocente.

Después de beber un rato, mi cabeza empezó a dar vueltas. A diferencia de mí, esos dos gemelos demoníacos ya tenían a alguien sentado en sus regazos. ¿De verdad soy tan poco atractivo? Yo soy guapo, ¿ok? Cuando salgo solo, soy bastante popular. Pero cuando me siento junto a Blue y Da, mi atractivo cae a menos del 10 %. Terrible. Lo peor de lo peor.

Y lo más injusto es que esos dos idiotas están a punto de besar a la personita diminuta que tienen sentada encima. El solitario que sigue sentado aquí ya no puede soportarlo más. ¡Que alguien me salve!

—Eh... no estoy borracho. Voy al baño un momento —dije.

Ni siquiera me prestaron atención. Así es, nuestra amistad ya pasó a la historia. ¡No puedo quedarme aquí, maldita sea!

Cuando esos dos obsesionados con el ligue y el sexo me ignoraron por completo, me levanté tambaleándome, me alejé de la mesa y caminé directo hacia el baño.

Pero parece que no llegué.

—¡Ay!

El bar estaba tan lleno que el pasillo era estrecho, y con la cabeza ya bastante nublada, mi frente chocó de lleno contra el pecho firme de un hombre que estaba justo frente a mí.

¡Duele! ¡Duele muchísimo! ¿Eso es un pecho humano o una roca? ¿Se me partió la cabeza? Levanté la mano para frotarme la frente, frunciendo ligeramente los labios, un gesto que hago sin darme cuenta cuando me siento incómodo.

—¿Estás bien? —preguntó el hombre con una voz preocupada.

Sería raro que estuviera bien. Si me abrí la cabeza, te juro que te despedazo.

—¡Qué pregunta tan estúpida! Claro que no estoy jodido— levanté la vista, dispuesto a discutir con ese tipo alto y molesto, pero en el momento en que lo miré...

Era demasiado guapo.

Un rostro mestizo —no sabía exactamente de qué mezcla, pero definitivamente no tailandesa— y aun así hablaba tailandés con una claridad perfecta. Era mucho más alto que yo; apostaría a que incluso más alto que los gemelos. Sus ojos gris verdoso brillaban intensamente, con un lunar debajo, y sus labios finos pero carnosos, con forma de corazón...

Debieron ser esos labios rosados los que me hicieron sentir mareado.

Un pensamiento cruzó por mi mente: esos labios se ven realmente besables. Su cabello castaño chocolate caía sobre su frente, haciéndolo parecer más joven de lo que era. La camisa negra, abierta en el pecho, y los pantalones a juego dejaban ver claramente los músculos bien definidos de sus piernas. El aroma fresco y agradable de su perfume se filtró en mi nariz, haciendo que quien lo oliera se sintiera increíblemente despejado, cálido, relajado y a salvo.

Incluso yo, alguien a quien no le gustan los hombres, estuve a punto de enamorarme de la persona frente a mí. ¡Tramposo!

—Oye... oye, señor —la persona frente a mí volvió a llamarme, sacándome de mis profundos pensamientos y devolviéndome a la realidad.

Pero parecía que aún no estaba completamente sobrio, porque de pronto mi mano traviesa agarró al hombre por el cuello y lo besó.

—¡Espe-Mph...!

El hombre se sorprendió un poco al ser tomado del cuello y besado por alguien más bajo, que se estiraba de puntillas, pero solo fue un instante. Una vez que recuperó la compostura, el hombre alto devolvió el beso sin dudarlo. Sus labios finos rozaron los míos. La sensación era como morder una gelatina elástica.

Yo, que ya había perdido el control por culpa del alcohol, apoyé todo mi peso sobre esa mano firme. Esa mano ahora rodeaba con fuerza mi cintura, disfrutándolo.

El sonido de la saliva resonaba en mis oídos, ahogando la música que nos rodeaba. La lengua suave del hombre alto se abrió paso dentro de mi boca cálida. Extrañamente, la saliva común de este hombre podía transformar el sabor amargo y plano del alcohol puro en mi boca en algo dulce, como si estuviera comiendo un postre.

Después de besarnos durante un rato, el aire en mis pulmones empezó a agotarse. Intenté apartarme de los labios en los que yo mismo me había lanzado, pero fallé. Él se negó a soltarme. Mi fuerza se fue desvaneciendo a causa del beso que me estaba dando. El oxígeno empezó a faltar en mi cerebro. Finalmente, perdí el conocimiento mientras nuestros labios seguían apasionadamente unidos.

No sé cuántos minutos estuve inconsciente, pero cuando desperté, el hombre aún no había soltado mis labios.

En serio... ¿estás besando a una persona dormida?

Empecé a recuperar la conciencia, pero estaba a punto de volver a desmayarme por falta de aire. Solo me quedaba una salida. Entonces recordé una escena de la película “Slap and Kiss” que había visto ayer.

Dicho y hecho. Aproveché el momento en que el hombre alto abrió la boca para succionar mi lengua y estampé con fuerza mi talón sobre los zapatos —de los que estaba seguro de que eran carísimos— de ese mestizo.

—¡Au! ¡Oye, tú!

¡Éxito! Los brazos y labios tipo pulpo me soltaron. Cambió a abrazarse el pie dolorido, incluso saltando como en los juegos de la infancia. Su rostro retorcido dejaba claro cuánto le dolía el lugar donde lo había pisado.

La escena era realmente graciosa.

—Te dije que me soltaras. ¿Nunca has besado a nadie en tu vida o qué? ¡Hijo de puta!

—me pasé la mano por el cabello con frustración y me fui de inmediato.

¿El baño? Ya no hacía falta.

Justo cuando me daba la vuelta para marcharme, el hombre alto me llamó.

—¿Cómo te llamas?

—No quiero decirlo. De todos modos, no nos volveremos a ver por segunda vez — respondí con frialdad, apagando cualquier esperanza, y regresé de inmediato a mi mesa, no sin antes dejar al hombre alto allí parado, completamente atónito.

Volví a la mesa de mal humor, con la intención de quejarme con mis amigos, pero cuando llegué, no había nadie. Solo botellas vacías de licor esparcidas por todos lados. Miré alrededor buscándolos, cuando de pronto un camarero se me acercó...

—¿Eres amigo de los dos gemelos que estaban en esta mesa? —preguntó el camarero con cortesía.

—Sí. ¿A dónde se fueron mis amigos?

—Los clientes de esta mesa indicaron que, si usted aparecía, debía hacerse cargo de las bebidas. Y también del costo de alquiler de las dos habitaciones del piso superior.

—...

¡Esos dos gemelos demoníacos!

¿Quién fue el que dijo que podía emborracharme y que luego me llevarían de regreso? ¡En un abrir y cerrar de ojos ya se habían llevado su “mercancía” y se habían ido a las habitaciones de arriba! Dios mío, ni siquiera había terminado de enfadarme con ese mestizo molesto y ahora tenía que perder dinero por culpa de estos dos desgraciados.

¿Puedo dejar de ser su amigo? ¡Ya no quiero amigos tan obsesionados con chicos!

El día de la entrevista

Por fin llegó el día de la entrevista que tanto había estado esperando. La verdad, no estaba muy nervioso. Al día siguiente de volver del bar me compré un traje completamente nuevo, fui al spa para hacerme un tratamiento facial, me arreglé el cabello para verme lo mejor posible y practiqué respuestas de entrevistas sacadas de internet hasta casi no dormir.

Mi entrevista estaba programada para las 10 de la mañana. Yo me desperté a las 5.

La empresa abría a las 8:30 a. m., y a las 8 en punto yo ya estaba sentado en el lobby.

De verdad, no estoy nada nervioso.

Según tengo entendido, este año la empresa solo aceptará tres pasantes en todo el país. ¿Ves lo alta que es la competencia? Además, el presidente de la compañía conducirá personalmente las entrevistas. Da escalofríos, sinceramente, pero yo soy capaz. He ganado muchos premios en actividades escolares. ¡Ten confianza, Pafon! Definitivamente lo lograrás. Incluso le rezaste a la Madre del Huevo Rojo (la deidad de la universidad).

Esto va a suceder. Cien por ciento seguro.

A medida que se acercaba la hora de la entrevista, empezó a llegar cada vez más gente. Tanta, que el área del lobby ya no era suficiente y el personal tuvo que abrir la sala de reuniones del piso inferior para que los postulantes esperaran allí. Por suerte, yo llegué temprano, así que no tuve que pelear por un asiento, e incluso fui el primero en ser entrevistado. Gracias a mí mismo por despertarme a las 5 de la mañana.

Llegó la hora de la entrevista. Me levanté y entré a la sala con total confianza.

Como dije, al principio estaba muy confiado, pero cuando me senté y levanté la vista para ver al presidente que me entrevistaría...

Me quedé paralizado.

Bueno... ya no estoy confiado. Toda la seguridad que llevaba en la bolsa desapareció en el aire de esa habitación.

¡Ese presidente es la misma persona a la que agarré del cuello y besé aquella noche!

—Hola, Pafon.

Ya no quiero trabajar aquí.

¡Dioses, salven a Pafon!

CAPÍTULO 2: EL PRESIDENTE DE LAS CIEN CARAS

En el momento en que pronunció mi nombre, mis sentidos se apagaron. Fue como si el tiempo se hubiera estirado hasta el infinito, aunque en realidad solo hubieran pasado unos pocos segundos. El presidente, en cambio, parecía haber perdido la paciencia.

—Señor Pafon —su voz firme y autoritaria me sacó de golpe de la realidad.

¡Casi me matas del susto, maldito!

—¡Sí! ¡Presente, señor!

—Por favor, concéntrese.

—Y-yo... lo siento —bajé la cabeza como un cachorro obediente y me disculpé ante el altísimo y poderoso presidente.

—Entiendo que pueda estar nervioso, especialmente siendo el primer candidato. Es una reacción humana normal. Pero —hizo una pausa y su tono cambió— si en el futuro le asigno una tarea y usted sigue estando tan distraído, habrá consecuencias.

—Lo entiendo, señor —asentí frenéticamente.

Pero espera.

¿Qué fue lo que acaba de decir?

¿Asignarme una tarea en el futuro?

¿Eso significa que...?

¿Conseguí la pasantía?

—Eh... disculpe, señor presidente, ¿lo que acaba de decir significa que...?

—Sí. Está contratado.

—...

Impactado. Estaba completamente en shock. Todo estaba pasando demasiado rápido.

El presidente frente a mí mostró una sonrisa amable...

¡En mis sueños! Sus labios sonreían, pero sus ojos parecían taladrarme sin piedad.

—Perdone, señor presidente, pero aún no le hemos hecho ninguna pregunta de la entrevista al señor Pafon —intervino una mujer detrás de él, probablemente su secretaria, con la voz temblorosa. Era evidente que sabía perfectamente con quién estaba tratando.

—Señorita Pingjai, ¿le pedí su opinión? —respondió el presidente sin siquiera levantar la vista de los documentos.

Clásico. Era el ejemplo perfecto del jefe frío y despiadado que seguramente todo el personal detesta.

—Y-yo... lo siento mucho, señor —la secretaria, Pingjai, se inclinó tan rápido que solo de verla me mareé.

—Señorita Pingjai, por favor informe a los candidatos que están esperando afuera que el puesto ya ha sido cubierto. Este año solo aceptaré a un pasante. Envíelos a casa.

—Pero, señor presidente...

—Señorita Pingjai —esta vez levantó la vista y la fijó con una mirada tan helada que podría congelar agua hirviendo.

—¡Sí, señor! —sobresaltada por la intensidad de su mirada, salió apresuradamente de la sala.

Yo me quedé sentado, intentando procesar todo el caos, casi rascándome la cabeza de la confusión.

¿No decía el anuncio que aceptarían a tres pasantes? Y yo fui literalmente la primera persona en entrar.

¿Cómo podían haberse llenado ya los puestos?

¿De dónde salieron esos otros pasantes imaginarios?

Además, afuera debía haber por lo menos un centenar de personas esperando.

¿De verdad los iba a mandar a todos a casa?

¡Qué tirano! ¿De verdad fue buena idea venir aquí?

Mientras me hundía en mis pensamientos, el presidente se levantó de repente y se acercó a mí. Se paró frente a mí, imponiéndose, mientras yo seguía pegado a la silla, obligado a mirarlo hacia arriba.

Sí, ya sé que soy bajo. Pero ¿era necesario que fuera *tan* alto?

—Si le preocupan tanto las preguntas de la entrevista, le haré una.

—Sí, señor. Adelante.

—Intente expresar su amor por mí a través de una sola fotografía, señor interno.

—...

¿Qué clase de pregunta retorcida era esa? ¡Iba a perder la cabeza!

—E-eh... ¿está seguro de que esa es una pregunta estándar de entrevista?

—Estoy bromeando. Pero sí tengo una pregunta real —se inclinó un poco más—. ¿Nos hemos visto antes en algún lugar, Pafon?

—¿Eh? E-eh... ino! ¡Por supuesto que no! ¿Cómo podríamos habernos conocido? Ja... ja... —solté una risa tensa mientras me rascaba la nuca.

Aún no me recuperaba de la primera pregunta y ahora esto. ¿Quién sería lo suficientemente valiente para decir: “*¿Ah sí, nos conocimos en un bar donde te agarré del cuello y te besé?*”?

Yo no. Nunca.

—¿Ah, ¿sí? ¿Ni siquiera en un bar, tal vez?

Casi salto de la silla.

¿Cómo podía ser tan perspicaz?

—Hay muchísimos bares en la ciudad y soy estudiante; salgo bastante. Seguro es solo una coincidencia —*mantente firme, Pafon, resiste*.

—¿Eso cree? No creo estar confundido. ¿De verdad piensa que alguien podría olvidar el rostro de la persona que lo sujetó para besarla?

Fin del juego. Estoy muerto.

—E-eh... n-no. Creo que me está confundiendo con otra persona.

—Si usted lo dice, entonces debo estar equivocado.

¡Sí! ¡Gané!

—En fin, ¿podemos hablar de los detalles de la pasantía? Necesito saber cuáles serán mis funciones específicas para el informe de mi facultad.

Cambié el tema lo más rápido posible, aterrorizado de que volviera a insistir. Con mi suerte, si preguntaba una vez más, me derrumbaría. Cien por ciento seguro.

—Bien. La pasantía es sencilla. Usted es estudiante de fotografía y la fotografía es la base de esta empresa. Obtendrá mucha experiencia aquí.

Volvió a su asiento y su actitud cambió por completo, volviéndose profesional y seria. Hasta un niño pequeño podría darse cuenta de que él era quien mandaba.

Maldita sea... se ve bastante bien cuando se pone serio.

¡No! ¡Cállate! ¿Qué estás pensando? ¡Reacciona, Pafon! ¡Es solo una fachada!

No llevaba ni una hora en esta oficina y ya había visto tres versiones diferentes de este hombre. ¿Cuántas máscaras más tendría? No caigas. Es una trampa.

—Sin embargo —continuó—, la habilidad especializada que aprenderá será fotografía de desnudos.

Mi mente se quedó en blanco.

—Y-yo... lo siento, ¿qué?

—Su puesto de pasantía es: fotógrafo de desnudos.

¿Qué demonios...?

¿Cómo se supone que voy a escribir “fotógrafo de desnudos” en mi informe universitario?

¡Este hombre tiene un coco vacío en lugar de cerebro!

—Cuando investigué esta empresa, no vi nada sobre un departamento de fotografía de desnudos —me incorporé un poco más en la silla, endureciendo la voz mientras mi temperamento empezaba a subir.

—Es un puesto que creé yo mismo. En el momento en que vi tu rostro, supe que eras el único adecuado para el trabajo —apoyó la barbilla en las manos, sonriendo como si no acabara de proponer algo completamente absurdo.

En serio, este tipo no estaba bien de la cabeza. Un segundo estaba furioso, al siguiente calmado, y ahora sonriendo.

Solté un largo y pesado suspiro. Mi enojo se evaporó, reemplazado por un agotamiento total. Simplemente no podía seguirle el ritmo a los cambios de humor de este loco mestizo.

—Está bien. ¿A quién se supone que debo fotografiar?

—A mí.

—...

Una sola idea resonó en mi mente: ¿pero qué demonios?

Mi irritación regresó con fuerza.

—¿Habla en serio? ¿De verdad usted es el presidente?

—Si no fuera el presidente, ¿por qué estaría sentado aquí?

—¿Ah, entonces el equivocado soy yo? —respondí con sarcasmo—. ¿Por qué un presidente necesitaría posar para fotos desnudo?

—Para que tú las tomes, obviamente.

—Porque el puesto de fotógrafo es tuyo, y como tú eres quien dispara la cámara, yo tengo que ser el que esté frente al lente. ¿Qué es lo tan difícil de entender? —sonaba incluso abatido, frotándose las sienes como si yo fuera quien le causaba dolor de cabeza.

Me juré a mí mismo que, apenas llegara a casa, me tomaría veinte Panadols solo para fastidiarlo.

—¿Por qué haces tanto alboroto? Ya nos besamos de todos modos. ¿Qué tiene de grave unas cuantas fotos?

¡Este maldito! ¿Por qué volvía a sacar lo del beso?

—¡No! ¡Se está confundiendo de persona!

Apenas salieron esas palabras de mi boca, el aire en la habitación se volvió pesado. Era sofocante, como si una enorme roca hubiera caído sobre mi pecho. Levanté la mirada y me encontré con sus ojos: eran depredadores, intensos, como si quisiera devorarme ahí mismo.

Tras tres minutos de un silencio tortuoso, fue él quien finalmente lo rompió.

—Hmm. ¿Estás seguro? Porque yo no creo estar equivocado. Nadie se había atrevido jamás a agarrarme del cuello y besarme así. Fuiste el primero.

¿Se suponía que debía sentirme orgulloso? ¿En serio?

No pude soportarlo más.

—Rechazo esto. No haré esta pasantía —dije con firmeza—. ¿Quién querría trabajar para un hombre con trastorno de personalidad múltiple? Cambió de humor cinco veces en diez minutos. ¡Yo terminaría bipolar antes de que acabe el semestre!

Como dice el dicho: no podemos cambiar a los demás, pero sí a nosotros mismos. ¡Pafon ya no iba a seguir siendo amable!

Un hombre como él seguramente odiaba que lo contradijeran. Al rechazarlo, sin duda estaba hiriendo su orgullo. Me echaría, eso era seguro. Contaba con ello.

—No.

Mi “solicitud” fue rechazada de manera tajante, dejándome sin palabras.

Espera. Esto no era como debía salir.

—Creé este puesto específicamente para ti. De una forma u otra, eres responsable de él hasta el final.

—¡Tú... maldito presidente de mierda! ¿Crees que me muero por trabajar aquí?! ¡Bueno, sí, lo quería, pero no esperaba que el presidente fuera... esto que sea que eres! ¡Vine para ser un pasante normal de fotografía, no tu fotógrafo personal de desnudos!

—¡Por favor, déjame en paz! ¡Y para que conste, esa noche estaba borracho! ¿¡Por qué le guardas rencor a alguien que estaba borracho?!

Finalmente, la represa se rompió. Me levanté de golpe y solté una avalancha de palabras sin importarme si siquiera podía seguirme el ritmo. Me incliné sobre su estúpido escritorio, acercándome todo lo que pude, completamente sin miedo.

El Pafon que estaba ahí ahora no tenía nada que ver con el estudiante tímido que había entrado a esa sala. Me quedé jadeando, acababa de gritarle al hombre más poderoso del edificio.

—Así que finalmente admites que fuiste tú quien me besó.

Mierda. Caí directo en la trampa.

—Eres bastante adorable.

—¡Tu cerebro está fallando?! ¡Acabo de insultarte! ¡Concéntrate en los insultos! ¡Enójate! ¡Échame! ¡A estas alturas aceptaría que me sacaras a patadas como a un perro callejero!

—¿Por qué eres así? ¿Estás mentalmente enfermo?

—Estés enojado o insultándome, ¿podrías dejar de sonrojarte? Me dan ganas de besarte otra vez.

—... ¡Mi cara está roja porque no puedo respirar, idiota! ¡Dios, por qué a mí?!

—¡Eres una pesadilla con piernas!

—¿O tal vez debería esperar a que vuelvas a estar borracho para conseguir otro beso?

Sonó peligrosamente serio. Me quedé mudo, incapaz de responderle. Al verme en silencio, volvió a tomar el control de la situación.

—No olvides presentarte mañana a trabajar a las 8 a. m. Tu lugar de trabajo será mi oficina. Puedes usar el ascensor ejecutivo; avisaré a la recepcionista. Ah, y si llegas, aunque sea un minuto tarde, prepárate para tu castigo, señor Pafon.

Dicho eso, se levantó, recogió sus documentos y salió como si nada fuera fuera de lo normal.

¡BAM!

El sonido de la puerta cerrándose me devolvió a la realidad. ¡Ni siquiera había aceptado el trabajo! Y, aun así, ahí estaba, forzado a una pasantía... y encima dentro de su oficina privada.

Ya ni me quedaban insultos. Maldita sea.

Fuera de la sala

Patlom salió de la sala de entrevistas de muy buen humor, satisfecho de lo mucho que había logrado descolocar al pequeño fotógrafo al que había puesto el ojo desde aquella noche en el bar.

Había pensado investigar el nombre y la universidad del chico, pero sus responsabilidades como presidente no le habían dejado mucho tiempo libre.

¿Pero quién lo habría imaginado? La persona que quería ver se había entregado sola, directamente a su puerta, como pasante. El chico podría llamarlo karma, pero Patlom lo llamaba destino... un destino que él mismo había planeado cuidadosamente.

—Señor Pat, ¿de verdad está bien esto? Contratar a un pasante sin un panel de entrevistas ni preguntas formales... Me preocupa que su padre no esté satisfecho —habló Pingjai, la secretaria de Patlom, en cuanto su jefe salió.

Su buen humor desapareció al instante. Esa pregunta borró la sonrisa de su rostro.

—¿Quién es el presidente de esta empresa? ¿Yo o mi padre? Además, ¿te di permiso para llamarme por mi nombre? —se giró hacia ella, con la voz helada.

En realidad, él nunca quiso una secretaria. Esa mujer había sido colocada por su padre para “asistirlo”. No... para espiarlo sería una descripción más acertada.

¿Lo vigilaba para su padre o estaba apuntando a su puesto? Él conocía demasiado bien la respuesta.

—Y... yo me disculpo, señor presidente.

—En el futuro, no hagas cosas que no te pedí ni hagas preguntas que no formulé. Una persona con cerebro no actuaría así. —Qué irritante.

Patlom escupió esas palabras y se marchó, dejando a Pingjai atrás. En cuanto él desapareció, su actitud sumisa se evaporó por completo.

—Hmph. Ya verás. Algún día ese precioso título de “presidente” será mío.

Pingjai murmuró para sí misma, segura de que no había nadie cerca. Luego se dirigió al ascensor para volver a su escritorio.

Dentro de la sala, Pafon ya había terminado de recoger sus cosas y estaba a punto de irse. Sin embargo, antes de poder abrir la puerta, escuchó voces afuera... sonaban más a una discusión que a una conversación.

Están hablando justo frente a la puerta. ¿Cómo se supone que salga? ¿Una empresa tan grande y solo una salida para una sala de este tamaño? No me quedó otra opción que quedarme quieto y escuchar a escondidas. Sabía que era grosero, pero salir justo en medio de una discusión parecía aún más grosero, ¿no?

—¿Quién es el presidente de esta empresa? ¿Yo o mi padre? Además, ¿te di permiso para llamarme por mi nombre?

—Y... yo me disculpo, señor presidente.

—En el futuro, no hagas cosas que no te pedí ni hagas preguntas que no formulé. Una persona con cerebro no actuaría así.

Escuché lo suficiente como para entender la situación. Así que el presidente estaba regañando a esa secretaria tan bonita.

¿Entonces su nombre es Patlom? Vaya, sí que tiene una lengua venenosa.

Cuando las voces se desvanecieron, volví a estirar la mano hacia la manija, pero me quedé congelado por segunda vez.

—Hmph. Ya verás. Algún día ese precioso título de “presidente” será mío.

Me tapé la boca para no soltar un grito. Al asomarme por la rendija de la puerta, vi a la mujer entrar al ascensor.

¡Mierda! ¿La secretaria es una serpiente?

¿Eso significa que, si pasa algo turbio en esta empresa, probablemente sea cosa suya?

Y... ioh, por dios! ¿Por qué tenía que ser yo el que se enterara de este secreto?

¿Qué se supone que haga? No puedo decírselo a ese presidente lunático. Y aunque se lo dijera a otra persona, ¿quién le creería a un simple pasante como yo?

Podría ignorarlo. Quiero decir, si esta empresa quiebra, no tendría nada que ver conmigo.

Pero entonces... ¿dónde trabajaría después de graduarme? Este era el único lugar donde quería estar.

¡Está bien! Si tengo que ser fotógrafo de desnudos para vigilar la situación, entonces que así sea.

CAPÍTULO 3: PRÁCTICAS — UNA BATALLA MENTAL

Así ha sido mi vida desde que me crucé con el presidente de la empresa Baiyang. Parece que, por más buen karma que haya acumulado en una vida pasada, simplemente no puedo escapar de esta empresa... o, para ser más preciso, de su presidente.

Desde que fui “forzado” a aceptar el prestigioso puesto de ser su fotógrafo personal de desnudos, puedo decir con total seguridad que estoy agotado. No por el trabajo en sí, sino por el simple cansancio de verlo firmar documentos todo el día. No entiendo por qué no puede firmarlos solo; ¿por qué tengo que estar atrapado aquí también?

Todos los días me siento en silencio siguiendo sus órdenes: no moverme, no hablar, casi quedarme dormido. Me siento como uno de esos muñecos que se colocan en el tablero de los autos. Hasta hoy, cuando mi paciencia finalmente tocó fondo.

—Oye, tú me dijiste que viniera aquí como practicante, ¿no? ¿Dónde está el trabajo real de fotografía que se supone que debo practicar? —ya han pasado días y no he presionado el obturador ni una sola vez—. A este paso, ¿siquiera voy a graduarme este año?

—Todavía no estoy libre. ¿Puedes esperar un momento?

Habló sin siquiera mirarme.

—¡He estado esperando durante días!

—Ni siquiera ha pasado un mes —replicó.

—¡Oye! —chasqueé la lengua. Pensaba guardarme la frustración, pero mi boca tenía otros planes. Ese “oye” cayó directo en los oídos del presidente de las mil caras.

—Mi nombre es Patlom, no “oye”. Puedes llamarme Pat, o hermano Pat, pero lo ideal sería que me llames tío Pat (Huê Pat).

—No me interesa tu nombre. Me interesa la práctica.

—Di mi nombre primero.

—¿Por qué debería? ¿Somos cercanos?

—¿Necesito besarte para que lo hagas? —esta vez, Patlom levantó la vista y fijó sus ojos en el practicante malhumorado que hacía pucheros en su sofá.

Está bien. Lo diré y ya. Cualquier cosa con tal de evitar el tema de los besos. ¡Maldita sea! No debiste ser tan imprudente con tus labios aquella noche, Pafon.

—Hermano Pat.

—...

—Oh, hermano Pat.

—...

—Señor Patlom.

No importaba cuántas variaciones probara, el dueño del nombre seguía en silencio. Suspiré unas cien veces en mi cabeza antes de decir por fin exactamente lo que él quería escuchar.

—Tío Pat.

—¿Sí, cariño? —respondió al instante, con una sonrisa tan dulce que parecía diseñada para perseguirme en mis pensamientos.

La sonrisa era tan empalagosa que ni siquiera encajaba con su rostro apuesto. Era el tipo de sonrisa que te da escalofríos, pero no de los buenos.

¿En serio? Dijo que podía llamarlo como quisiera, pero si quería que le dijera “tío” desde el principio, ¿para qué darme opciones? Este hombre es un dolor de cabeza. ¿Hay un solo día en que no tenga que volver a mi habitación y tomarme un Panadol? Me está volviendo loco.

—¿Cuándo exactamente va a dejar el tío Pat que haga mis prácticas de verdad?

—Ya que lo pones así, ¿quieres empezar ahora mismo? Acabo de terminar el papeleo.

—¡Sí! ¡Ahora mismo!

Estaba eufórico. Por fin iba a hacer aquello para lo que había venido.

Mi entusiasmo era evidente mientras me apresuraba a agarrar la bolsa de la cámara que llevaba conmigo desde el día en que acepté este trabajo (en contra de mi voluntad). Abrí la bolsa con cuidado, saqué el cuerpo de la cámara, ajusté el lente y la iluminación según la toma que venía.

Mientras yo estaba absorto en mi emoción, Patlom me observaba sin poder ocultar lo adorable que le parecían mis acciones. Por más frío que intentara verse, sus ojos lo traicionaban al verme tan feliz. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios, tan natural que incluso él pareció sorprenderse.

Pero parecía que había olvidado un detalle crucial: mi práctica era de fotografía de desnudos, lo que requería un modelo desnudo. Y en esta oficina, no podía ser nadie más que el propio presidente.

Dejó a un lado los documentos y dio largas zancadas hacia mí mientras yo estaba sentado en el sofá revisando los ajustes. Mientras caminaba, sus manos comenzaron a moverse: primero aflojó la corbata, luego empezó a desabotonar su camisa blanca, comenzando por los puños...

Subiendo hasta el cuello y continuando hacia abajo.

Justo cuando el último botón se desabrochó, sus largas piernas se detuvieron justo frente a mí. Yo estaba tan concentrado en la cámara que no me di cuenta de que mi “modelo” se había acercado. Con una mano ajusté el lente y, con la otra, tomé mi botella de agua para dar un sorbo.

En el momento en que incliné la cabeza hacia atrás para beber, mis ojos captaron la imagen del presidente frente a mí, medio desnudo.

—¿Empezamos la sesión?

¡Pfffft!

Eso no fue una respuesta... fue el sonido del agua saliendo disparada de mi boca. La fuerza repentina hizo que el agua volara directamente contra su firme y marcado abdomen de seis músculos.

—¡L-lo siento mucho! —al darme cuenta de lo que había hecho, bajé la cabeza y me disculpé apresuradamente.

¡Maldición! ¿Qué demonios me pasa? No es como si nunca hubiera visto un six pack antes. Yo también tengo uno... más o menos... solo que menos definido. Dios, qué vergüenza.

Esperé que me gritara, sobre todo por su silencio. Pero cuando levanté la vista con cautela, el hombre al que acababa de escupirle no estaba enfadado en absoluto. Se estaba riendo.

¿...Qué?

—Señor Pafon, realmente eres adorable.

—... ¡¿QUÉ?!

—¿Disparamos? Creo que ahora mismo es el momento perfecto. Captura justo el lugar donde me mojaste.

—Eh... ¿no debería secarse primero, hermano... digo, tío Pat? —pregunté, preocupado de que se resfriara. No era mucha agua, pero se le había quedado pegada a la piel. Además, el aire acondicionado estaba a nivel Ártico.

No obtuve respuesta. En cambio, el ceño del presidente se frunció con desaprobación.

¿Qué hice ahora para hacerlo enfadar?

Ah. El tratamiento equivocado.

—¿No va a secarse primero el tío Pat?

—¿Sabes cuándo el cuerpo humano se ve más seductor?

El hombre alto se arrodilló frente a mí, quedando a la altura de mis ojos. Acercó su rostro apuesto y me miró fijamente.

—Y-yo... no lo sé.

Su mirada hacía que me costara respirar.

A ver, ni siquiera me gustan los hombres, pero cuando alguien tan atractivo se acerca así, ¿es normal sentirse raro, ¿no?

—Es cuando el cuerpo está mojado.

—...

—Cuando el cuerpo —vestido o no— entra en contacto con el agua, se vuelve más atractivo. ¿No estás de acuerdo, señor Pafon?

Me quedé completamente congelado. Apreté tanto las manos que los nudillos se me pusieron blancos. Presioné los labios, negándome a dejar escapar siquiera un suspiro. Mis ojos se movían nerviosos mientras respiraba hondo, tratando de reprimir el fuego que empezaba a arder en mi pecho.

Está bien, Pafon. Respira. Es tu jefe. Recuérдалo. No pienses estupideces.

¡Aunque quieras darle un puñetazo en la cara, no lo hagas! ¡Contrólate!

¡Dios! ¿Qué está diciendo? ¿En serio cree que soy tan fácil? Estoy confundido. ¿Por qué está coqueteando? No soy un pez, no necesito carnada. Y aunque la necesitara, jamás me gustaría alguien cuya personalidad cambia más rápido que un camaleón. ¡Deja de intentar ser encantador! Tu cara será un diez, pero tu personalidad es un cero. Suspensión total. Puntos por la cara y puntos negativos por todo lo demás. Cuanto más dulce hablas, más baja tu puntuación. ¿Dónde está tu sinceridad? ¡No la encuentro! ¡Por dios!

Qué día tan horrible. O se queda en silencio como una tumba o dice puras tonterías. ¡Me duele la cabeza! ¿Cuándo terminarán estas prácticas? ¡Quiero acabar con este “karma” llamado Patlom!

Por dentro quería gritar todos esos pensamientos en voz alta, pero había un enorme obstáculo: el hombre frente a mí era quien tenía que firmar mis créditos de prácticas.

Solo había una salida.

Tenía que seguirle el juego a lo que quisiera el “honorable” presidente.

—Está bien. ¿Podría el tío Pat ponerse de pie y retroceder un poco? Desde aquí no consigo un buen ángulo.

El hombre alto obedeció de inmediato, ajustando su pose según mis indicaciones.

—Esto es solo una toma de prueba. No hace falta nada elaborado. Piensa en ello como probar la cámara con un sujeto real.

O probar una cámara con un lagarto cambia-caras, pensé. Desde luego es bueno cambiando de rostro.

—Sin embargo, cuando terminemos, quiero ver las fotos para evaluar tu desempeño —dijo Pat, esbozando una sonrisa amable—. Registraré los resultados en tu evaluación de la primera semana. Como dije, es solo la primera semana, no hace falta nada demasiado elaborado.

¡¿No acabas de decir que no hacía falta mucho?!

¿Puedo, por favor, aunque sea una vez, maldecir en voz alta a este hombre pesadilla?

CAPÍTULO 4: EL GUARDIÁN DE LA OFICINA DEL PRESIDENTE

Nunca imaginé que unas prácticas profesionales pudieran ser tan aplastantes para el alma. Y no es por la carga de trabajo... es por la persona que da las órdenes. Insiste una y otra vez en que le tome fotos desnudo a... bueno, a él mismo. Entiendo que un fotógrafo no siempre puede elegir a sus modelos, ¿pero eso no es para profesionales experimentados? Yo solo soy un practicante, ¿no debería estar entrenando con distintos sujetos?

Aunque, pensándolo bien, hacer prácticas con un presidente que pasa por cien estados de ánimo distintos en diez minutos... técnicamente cuenta como practicar con una multitud, ¿no?

Por otro lado, el “tío Pat” no siempre es una pesadilla. A veces lo veo firmando documentos y, de la nada, empieza a sonreír solo. En serio, además de ser un camaleón emocional, ¿también es bipolar?

Después de un mes de prácticas, ¿qué he ganado? Un apodo que jamás pedí: “Fon” (Lluvia). En serio, ¿qué tiene de especial ese nombre? Con esta cara que tengo, debería llamarle “Pah” (Bosque), ¿no? Estoy totalmente confundido.

¿El culpable de ese apodo? Nada menos que nuestro estimado presidente. Lo usa todo el tiempo:

“Nong Fon, prepárame café”,
“Nong Fon, trae esos archivos de la sala XXX”,
“Nong Fon, ven a cenar con este cliente”.

Ya no soy un practicante; soy más bien su asistente personal.

Y eso que ya tiene secretaria.

Bueno, mejor dicho, no llamen secretaria a la señorita Pingjai. Llámenla la mujer que conspira para arrebatar el trono de Baiyang. Aunque, siendo justos, últimamente ha estado muy tranquila. Yo esperaba algo digno de un drama televisivo: la villana malversando fondos, saboteando la empresa para culpar al presidente o vendiendo secretos comerciales a la competencia... quizá veo demasiada televisión.

Me desperté una rara mañana de fin de semana, después de días siendo arrastrado al trabajo, sobre todo porque el tío Pat me llama incluso en mis días libres. En este punto, ¿puedo pedir un aumento? Cada día me siento menos practicante.

Por eso, hoy parecía un golpe de suerte. El tío Pat tenía asuntos en provincia y no me llevó con él.

Al darme cuenta de que realmente tenía el día libre, me sentí eufórico. Estaba tan feliz que ni siquiera quería despegarme de la cama que abrazo cada noche con tanto amor.

Pero mientras estaba ahí, dejando que el tiempo pasara en una deliciosa pereza, mi teléfono chilló de repente. El tono sonaba como un presagio de desgracia, una catástrofe enviada directamente desde el infierno por un demonio llamado tío Pat.

—¿Hola? Hola, hermano Pat —alcancé el teléfono de la mesita de noche y saludé. Silencio. Volví a intentarlo. Nada.

—Ahora qué episodio mental estará teniendo?

—¿Hola... tío Pat? —suspiré suavemente.

—Te levantaste temprano, Fon —respondió por fin la voz al otro lado.

—Ya le dije que no me llame Fon, tío Pat.

—Y yo te dije que practiques llamarme “tío Pat” hasta que te salga de forma natural.

Dios mío, ¿qué hice en una vida pasada para merecer esto?

—En fin, ¿para qué llamó? —fui directo al punto, sin ganas de invitar a una migraña.

—Necesito que vayas a la oficina y revises unos documentos por mí. Hay algunos montones en mi escritorio, no muchos. El proyecto aquí va retrasado y me temo que no llegaré a tiempo para ocuparme de ellos. Tienen que estar listos para mañana.

Por favor... con tanto detalle, ni siquiera te molestes en preguntar “si puedo”. Solo di “te lo ordeno” y ya.

—¿De verdad está bien que un practicante haga eso? ¿Por qué no se lo encarga a la señorita Pingjai?

—La señorita Pingjai llamó diciendo que está enferma hoy. Además, ¿un practicante tiene derecho a rechazar una solicitud del presidente?

—... Bien podría insultarme directamente.

—Está bien. Sí, tío Pat. Me encargaré de eso.

En cuanto acepté —en contra de mi voluntad—, colgó de inmediato.

En serio, ¿un presidente puede ser tan grosero? Bueno, sí. Es el presidente. Puede hacer lo que quiera.

¡Maldición! Mis vacaciones, que ya eran cortas, quedaron arruinadas.

La oficina

Después de aceptar esta misión no deseada, arrastré mi cuerpo hasta la empresa como un muerto viviente. No quedaba ni rastro de una actitud alegre o profesional. Ya no era practicante, ni secretaria, ni empleado.

Era un esclavo. Así de simple.

Como era un día festivo, el edificio estaba inquietantemente silencioso, casi desierto. Gracias a Dios estaban los guardias de seguridad y el personal de limpieza; de lo contrario, el lugar parecería un cementerio. Me detuve a saludarlos antes de dirigirme directamente al ascensor ejecutivo para subir a la oficina de mi jefe dictatorial.

Todo el mundo sabe que soy el único practicante que trabaja directamente bajo las órdenes del presidente, así que nadie cuestionó que usara el ascensor privado ni que apareciera un fin de semana.

Por fin llegué a su oficina. Mis ojos buscaron en el escritorio los “pocos montones” de documentos. Cuando los vi, estuve a punto de desplomarme sobre la costosa alfombra.

“¿No muchos”, dijo? ¡Dios mío, la pila era más alta que yo! ¡Y había tres o cuatro iguales! ¿Quiere enterrarme vivo bajo el papeleo ese hombre infernal?

Moría por llamarlo y decirle un par de verdades, pero entonces recordé que él es quien firma mi evaluación.

Antes siquiera de poder sentarme en el sofá para empezar, mi teléfono vibró con una notificación de la app verde (LINE).

[Pat]: Las pilas se ven grandes, pero Fon solo tiene que leerlas y resumirlas en un solo archivo para mí. Puedes usar la computadora del despacho. Hoy trata mi oficina como si fuera tuya. Ponte cómodo.

Quise gritarle “¡maldito bastardo!” un millón de veces. ¿Que la pila “se ve” grande? ¡Tengo que leer todo eso para resumirlo! ¡Y encima me volvió a llamar Fon! ¡Mi nombre es Pah! ¿En qué idioma tengo que insultarlo para que lo entienda?

Al final, cargué la montaña de papeles hasta el sofá. Aunque dijo “siéntete como en casa”, me sentía raro usando el escritorio y la silla reales del presidente. Supongo que ser un “buen chico” ya viene grabado en mi ADN.

¡Maldita sea! ¡Elegí el peor momento para tener principios!

Llevaba un buen rato trabajando cuando escuché un leve *clic-clac* en la puerta. Alcé la vista, intrigado. La puerta no estaba cerrada, entonces... ¿por qué el sonido de una llave girando?

Más importante aún, ¿quién estaría abriendo la oficina del presidente mientras él no estaba?

¿Podría ser...?

Creeeek...

La puerta se abrió y la persona que entró se quedó paralizada. Ella parecía tan sorprendida como yo; claramente no esperaba encontrar a nadie allí. Normalmente, cuando el presidente no está, nadie tiene permitido entrar... ni siquiera la señorita Pingjai. Por suerte para ella, había hecho una copia de la llave en secreto el mes pasado. Planeaba usarla antes, pero el presidente había estado en la oficina todos los días sin falta, incluso los fines de semana.

Hoy pensó que por fin había tenido suerte con su repentino viaje de trabajo.

No contó con que un practicante estuviera sentado en medio del despacho.

—¿Oh? ¿Señorita Pingjai? ¿Qué hace usted aquí?

¡Bingo! ¡Lo sabía! ¿Por qué nunca tengo esta clase de intuición cuando se trata de la lotería?

—Oh, eh... vine a recoger unos documentos para el presidente.

—¿Pero no se supone que el presidente está fuera de la ciudad hoy?

—Ah, sí. Es tan urgente que pensaba llevárselos personalmente. ¿Y tú? ¿Por qué estás aquí? Hoy es día libre.

—El presidente me pidió que le ayudara a procesar estos archivos. Dijo que los necesita para la reunión de mañana —señalé la montaña de papeles frente a mí.

Ella se veía nerviosa, moviéndose incómoda.

¿No me digas que el golpe de estado de la secretaria realmente está comenzando? Y en serio... ¿por qué siempre tengo que estar presente en estas situaciones? Llamarme “importante” sería exagerar, pero esto ya es ridículo.

Al verme allí, la señorita Pingjai se puso aún más alterada. Sacó su teléfono rápidamente y fingió estar en una llamada.

—¿Hola? ¿Oh, ya no necesita los documentos? Sí, señor, no hay ningún problema. Es solo mi deber como su secretaria. Adiós, señor.

Me saludó torpemente con la mano y se retiró a toda prisa, como diciendo: “Olvida los archivos, ya me voy”.

Me quedé sentado, parpadeando, totalmente confundido. ¿Con quién estaba hablando? ¿Con el presidente? ¡Imposible!

Porque... ¡el presidente seguía hablando conmigo!

Justo antes de que ella entrara, me había topado con una parte confusa de los documentos y le escribí a hermano Pat. Me llamó de inmediato, diciendo que por mensaje no se entendería bien y que era mejor hablarlo.

—Oye, hermano Pat... ¿tu empresa tiene dos presidentes? ¿Con quién estaba hablando tu secretaria recién? ¿Con su amigo imaginario? —le pregunté a la persona al otro lado de la línea.

—No lo sé. Tal vez sí haya dos de nosotros —respondió con total calma. Aunque normalmente me ignoraba cuando usaba el honorífico equivocado, escuchar mi voz pequeña, alterada y completamente confundida llamándolo “hermano” parecía divertirlo.

—¡Espera! Tú sabías que alguien intentaría entrar hoy a tu oficina, ¿verdad? ¡Por eso me dijiste que viniera a “vigilar” el lugar!

—Ups. ¿Me descubriste? Qué pena.

—¡Eres un completo imbécil, hermano Pat!

—Cuida tu lenguaje. Asegúrate de terminar esos documentos hoy. Sin prisa. Descansa si te cansas, pero pasaré a recogerlos esta noche.

—¿Eh?

—Los documentos, idiota —dijo, y colgó.

¡Maldita sea! Juro que cuando regrese voy a golpearlo hasta que desaparezca esa cara bonita suya. Y ni me digan que voy a tener que llamarlo por ese “otro” nombre otra vez esta noche.

¡Mi vida es un desastre!

CAPÍTULO 5: MÁS ALLÁ DE LA COMPRENSIÓN

El presidente dijo que regresaría por los documentos esa noche y, fiel a su palabra, lo hizo.

El problema fue que su definición de “esa noche” resultó ser una hora antes de que terminara el día.

Y yo tuve que esperar. ¿Por qué? Porque antes de colgar al mediodía, mi estimadísimo presidente soltó una frase final y devastadora:

—Si Fon se escapa a casa antes, no firmaré tus créditos de prácticas.

¿Quién se atrevería a irse después de eso?

Así que me senté. Esperé. Me recosté. Y finalmente me quedé dormido allí mismo, en su sofá. Debí de haber esperado una eternidad, porque no fue solo una siesta... me desmayé por completo.

Me desperté sobresaltado a las 4:00 a. m., escaneando la habitación con desesperación para ver si el dueño ya había regresado. Mientras miraba alrededor, mis ojos se toparon con un post-it pegado en la laptop que había usado para trabajar.

“El trabajo está muy bien. Pero lo olvidé: estos documentos en realidad son para la reunión del próximo mes. Fon, puedes irte a casa cuando despiertes. Pero si no te apetece salir, siéntete libre de dormir aquí. Solo no olvides unirte a la reunión de las 8:00 a. m., señor practicante.”

¡Ese maldito Pat! ¡Me tomó el pelo completamente!

¿Acaso tenía elección? Si regresaba al dormitorio ahora, para cuando me duchara y me metiera en la cama serían las 6:00 a. m. Dormiría veinte minutos antes de tener que levantarme otra vez, ducharme de nuevo y llegar a la oficina a las 7:00 a. m. para evitar el tráfico.

Olvídalo. Me quedo aquí. Si el hermano Pat entra antes de que despierte, solo espero que tenga la decencia de despertarme. Llámalo un favor entre seres humanos.

Murmuré para mí mismo y volví a caer en un sueño profundo y agotado. Rogué que no encontrara otra forma de fastidiarme. Narrador: sí la encontró. ¡No me despertó!

Volví a quedarme dormido y desperté a las 9:00 a. m. Mi ropa estaba arrugada y hecha un desastre por haberme movido toda la noche. Mi cabello parecía literalmente un nido de pájaros, y estaba seguro de que tenía un rastro de baba en la comisura de la boca. Al sentir la humedad, apreté los labios rápidamente y tragué, ocultando la evidencia para que nadie supiera que duermo como un niño pequeño.

Obviamente, no podía ir a una reunión luciendo así. Pero, pensándolo bien... que se joda.

Justo cuando estaba a punto de hundir el rostro entre las manos de frustración, una voz resonó en la habitación.

—Te despertaste tarde, ¿eh, Fon?

El dueño de la oficina estaba sentado en su silla habitual, revisando tranquilamente unos documentos.

—...

Me quedé helado. Helado porque el presidente no estaba en una reunión, sí, pero sobre todo hirviendo de rabia. ¿Qué me desperté tarde? ¡Entonces por qué demonios no me despertaste!

—Lo siento, tío Pat —me disculpé con educación, aunque por dentro me preguntaba si de verdad era culpa mía. Me había estado molestando toda la noche y ahora yo estaba muerto de miedo de haber arruinado su agenda por ser “solo un practicante”. Tampoco podía ir gritando: “¡El presidente me hizo bullying!”

—Intenté despertarte. Una vez a las 7:30 y otra a las 7:45. Pero Fon no se movía. No te preocupes, cancelé la reunión.

—Lo siento por haberla perdido... espera, ¿qué?

—Cancelé la reunión.

—¿P-por qué? ¿No solemos tener reuniones matutinas para planificar el día? —pregunté, con la mandíbula desencajada. Entre cómo me llamaba y lo casual que había sido cancelar una reunión corporativa, mi mente no daba abasto. ¡Esto es grave, hermano Pat!

¿Está loco? ¿En qué estaba pensando? ¡Los empleados me van a odiar! Se levantaron temprano y vinieron para nada. Si yo fuera uno de ellos, lo estaría maldiciendo.

—La cancelé porque Fon estaba durmiendo.

—...

—Para que Fon pudiera descansar un poco más.

Lo dijo con total naturalidad, como si fuera lo más normal del mundo. Mientras tanto, yo sentí un escalofrío recorriéndome desde los brazos hasta la cabeza.

¡Dios mío! ¡Si el personal se entera de que el presidente canceló una reunión solo porque yo estaba durmiendo, me van a llevar al patio trasero y enterrarme en el bosque!

—De verdad no tenías que llegar tan lejos. Si no despertaba, simplemente debiste tirarme del sofá —dije, sinceramente confundido, alterado y terriblemente avergonzado.

Imagínate esto: el hermano Pat, un hombre con un temperamento más volátil que el clima, haciendo algo así. Cualquiera quedaría desconcertado. Yo, desde luego, lo estaba.

—Un asunto tan pequeño como este está totalmente dentro de mis capacidades. Después de todo, creé un puesto entero solo para Fon. Mover una reunión no va a hundir los ingresos de la empresa.

—¡Ese no es el punto! Solo soy un practicante. Si la gente se entera, no se verá bien. Por favor, no vuelvas a hacer algo así —le rogué, intentando usar la lógica con este hombre descarado. No es que esperara que funcionara.

—Si no quieres que lo haga, entonces la próxima vez ven a dormir conmigo.

—...

Perdón, ¿dónde está la lógica? ¿Dónde está la conexión? ¿El cerebro del hermano Pat sigue funcionando correctamente?

Solo lo pensé, pero al parecer mis expresiones faciales fueron demasiado evidentes. El hombre detrás del escritorio notó mi mirada escrutadora.

—Quise decir... ven a practicar fotografía mientras duermo. Así las fotos se verán más naturales.

—Eh... no creo que sea necesario.

—¿O prefieres que durmamos abrazados?

—¡Tío Pat, solo dime cuándo quieras hacer la sesión! ¡Cualquier día, a cualquier hora, estoy listo! ¡Medianoche o seis de la mañana, tú dices! —solté de inmediato. ¿Quién en su sano juicio aceptaría acurrucarse con un presidente que cambia de humor como un camaleón? ¡Valoro mi vida!

Mi respuesta no pareció agradarle. Alcé la vista y vi cómo su rostro, que hace un momento estaba sonriendo, se volvió agrio de repente, como si le hubieran inyectado bótox en mal estado. Frunció las cejas con fuerza y empezó a murmurar por lo bajo, como si me estuviera lanzando una maldición.

—Ves? Te lo dije. El hermano Pat es completamente impredecible. Nadie puede igualar sus cambios de humor, porque nadie más se atrevería a ser tan errático.

Pasaron unos quince minutos de silencio incómodo. Yo quería salir corriendo porque el ambiente era sofocante, pero mis piernas no respondían. Temía que levantarme activara alguna mina escondida de su temperamento. Así que me quedé allí, tratando de hacer que mi cuerpo de 176 cm pareciera lo más pequeño posible.

Cinco minutos después, dejó el bolígrafo y tomó el teléfono para llamar a la señorita Pingjai. En menos de un minuto, ella entró con una expresión compuesta, aunque noté una cantidad inusual de sudor en su frente.

—Se había estropeado el aire acondicionado afuera? —O estaba sudando porque su “golpe de estado” le pesaba en la conciencia?

—Señorita Pingjai, por favor lleve a Fon a comprar ropa nueva.

—Ah, con que eso era. Espera... ¿QUÉ!?

—E-espera, hermano Pat —interrumpí de inmediato.

—¿Disculpa? ¿Por qué lo llamas así, Pafon? No somos cercanos. Solo eres un practicante, ¿cómo te atreves a dirigirte así al presidente? —espetó Pingjai con un tono afilado, lleno de advertencia.

—Y tú solo eres una secretaria; ¿por qué te diriges a Pafon con tanta familiaridad? — replicó el hermano Pat sin siquiera mirarla.

Uf. Frío. Muy frío.

Pero espera... ¿de verdad me están arrastrando otra vez a su guerra psicológica? ¿Mi karma es tan pesado?

—Fon, ven aquí.

Salí de mi aturdimiento y me acerqué rápido. Mi instinto me decía que obedecer al hermano Pat era la opción más segura en este momento.

—Toma mi tarjeta Black y ve a comprar algunas cosas. Si la cuenta total es menor a 500,000 baht, ni siquiera pienses en continuar tus prácticas.

—...

Guau. Este hombre realmente me está chantajeando para que me vaya de compras.

Mientras lo maldecía mentalmente, mi mano se estiró y tomó la tarjeta con total obediencia.

—Y señorita Pingjai, no lo olvide. Como secretaria, debe asegurarse de que Fon obtenga solo lo mejor. Y no olvide llevarlo usted misma en el auto. Asegúrese de traerlo de vuelta a la oficina.

Pingjai no pudo negarse. Aceptó de mala gana y salió a esperarme en el coche de la empresa.

—¿Por qué me obligas a volver aquí otra vez, hermano Pat? —pregunté después de que mi chófer involuntaria saliera de la sala.

—Para tomarme fotos, por supuesto —respondió con una sonrisa astuta y triunfante, claramente satisfecho consigo mismo por haberme provocado.

Lo juro: en este viaje de compras voy a gastar hasta el último centavo del dinero de este hombre hasta dejarlo en bancarrota. ¡Voy a reventar su límite de crédito solo para darle una lección! ¡Dios! No puedo entender a este hombre. Estoy demasiado estresado.

CAPÍTULO 6: ¿PARA QUÉ AGOTARSE?

Desde que empecé esta pasantía —en la que casi no hago nada que realmente cuente como prácticas— he notado muchos cambios en mí mismo. No sé si llamarlo suerte o una maldición. He empezado a abastecerme de Panadol antes de dormir. He aprendido a guardarme las emociones, reprimiendo el impulso de mandar al diablo al hermano Pat, aunque normalmente soy de lengua bastante afilada. Pero si hay un beneficio claro, es que he dominado el arte de observar a un hombre cuyos cambios de humor son más rápidos que un huracán categoría cinco.

Sinceramente, solo lo conozco desde hace dos meses, pero sus cambios de humor son extremos. Me pregunto si él mismo se da cuenta. Cuando está conmigo, sonríe todo el tiempo; pero cuando está con el personal o en una reunión... Dios mío, es como Hades con el ceño fruncido permanente, sosteniendo un enorme tridente, listo para empalar las almas de sus empleados y arrastrarlas al infierno. ¿De verdad tiene que llegar tan lejos?

Y hay otro rasgo de su personalidad que he notado:

El hermano Pat es increíblemente “posesivo” con su practicante.

¿Cómo lo sé? Pues porque me usa como mensajero, haciéndome llevar documentos en lugar de la señorita Pingjai (la secretaria de verdad). Eso me obliga a pasar por distintos departamentos y conocer a los empleados veteranos, hombres y mujeres. Naturalmente, tengo que ser sociable. Si me comporto como si estuviera por encima de todos y me niego a hablar con nadie, me odiarán antes de que siquiera me contraten de forma permanente.

Pero no hay nada sospechoso en eso. Solo charlas pequeñas, quizá un poco de chisme inofensivo sobre el jefe. Sin embargo, cada vez que me detengo a conversar, en menos de tres minutos suena mi teléfono. Un solo número. Adivina quién es.

Exacto. ¡El hermano Pat! Es como si no quisiera que tuviera ni un solo amigo en todo el edificio.

Y su “orden” más memorable también fue la más ridícula:

—Fon, tengo hambre. Sube y prepárame unos fideos instantáneos.

¿En serio? Este es el mismo hombre que me dio un sermón sobre no comer fideos instantáneos porque tienen demasiado sodio y son malos para la salud. Y, aun así, me hace cocinarlos. ¿Y quién se los come al final? Yo.

Básicamente, no tengo hambre, pero me obliga a cocinar y luego me obliga a comer. ¿Y quién termina con la cara hinchada por tanta sal? ¡Yo! Solo recordarlo hace que me hierva la sangre.

¿Qué hice en una vida pasada? ¿Quemé un templo o algo así para que mi karma se manifestara en forma de un presidente guapo y psicótico?

Hablando de amigos, extraño mucho a esos dos demonios, Blue y Da. Ha pasado una eternidad desde que salimos a beber. En realidad, quiero salir todos los días, pero mira a mi jefe. Me llama por cualquier cosa, incluso en mis días libres. Al final, me

resultó más fácil dejar de invitar a mis amigos que intentar que el hermano Pat dejara de llamarme.

¿Quién sabe qué día estará cuerdo y qué día será un lunático? De verdad admiro a los empleados de esta empresa por seguir cuerdos trabajando para él.

—presidente, tiene una comida de trabajo esta tarde con nuestra casa de moda asociada.

Han pasado unas dos semanas desde que la señorita Pingjai me encontró por primera vez en su oficina. Al inicio pensé que el hermano Pat no haría nada, ya que no había pruebas concretas de su intento de “golpe”. Pero sospecho que ya lo ha descubierto.

Por supuesto que sí. Nadie se convierte en presidente de una empresa multimillonaria sin ser un tiburón. Si no tuviera intuición, esta compañía habría quebrado hace años.

Todos los días a las 10:30 a. m., la señorita Pingjai entra para informar la agenda de la tarde. Antes no era a una hora tan exacta, pero parece que el hermano Pat intenta tenderle una trampa de forma sutil. Ordenó que, exactamente a esa hora, ella debe reportarlo todo frente a él, conmigo como testigo.

¿Otra vez? De verdad necesito empezar a hacer más obras de caridad para equilibrar este karma.

—Cancélalo. Diles que tengo asuntos personales o algo así.

El hermano Pat da la misma respuesta todos los días, como si lo hiciera a propósito para arruinar su reputación.

Piénsalo. Si tienes una cita con un presidente y, a último momento, su secretaria aparece para cancelarla —sobre todo cuando los clientes son personas importantes que odian ser despreciadas—, ¿con quién se enfadan?

No culpan al presidente por “humillarlos”; le gritan a la secretaria que tiene que dar la noticia:

“Lo siento, no puede atenderlos. Quizá en otra ocasión.”

Una persona normal diría que el presidente es irresponsable, claro. Pero esta gente de la alta sociedad no es normal. Descargan su furia con quien esté delante. Así que la señorita Pingjai recibe el golpe. Además, como fue ella quien les prometió que conseguiría la reunión, el hermano Pat cancela a propósito solo para que ella sea regañada.

—¿Por qué no puedes manejar algo tan simple? ¿Qué clase de secretaria eres?

—Si no podías organizarlo, ¿por qué aceptaste la cita en primer lugar?

—Completamente incompetente para el puesto. Puras promesas vacías.

Eso es lo que ella tiene que escuchar. ¿Me da pena? Un poco. Pero luego recuerdo que está intentando robarle la empresa.

La verdad, tampoco querría un jefe que se haya robado su puesto. Y entiendo perfectamente el juego de Pat. Desde que ella entró a esa oficina, él le ha estado asignando tareas que destruyen sistemáticamente su credibilidad.

Por ejemplo, pide café de una cafetería famosa y le dice al local que su secretaria lo pasará a recoger a una hora específica (generalmente justo antes de que cierren). Luego la satura con archivadores, mandados y encargos interminables hasta el último segundo. Para cuando ella llega a la cafetería, el personal ya le está gritando por haberles hecho perder el tiempo.

Sí, es un verdadero dolor de cabeza.

Pero, aunque Ms. Pingjai dé lástima, no es precisamente un ángel. Como secretaria, tiene acceso a todo. A veces filtra trabajos de clientes para venderlos por su cuenta sin que la empresa lo sepa. Aunque sea a pequeña escala, es completamente antiético. Probablemente cree que el Chairman está demasiado ocupado para notarlo.

Pero déjenme decirles algo: el Chairman es brillante. Antes de que ella siquiera pueda concretar una venta paralela de un proyecto de un cliente, Brother Pat ya terminó ese trabajo él mismo—fuera de la empresa. ¿Por qué? Porque va directo al cliente y le dice:

«Incluso siendo Chairman, mi verdadera pasión es el diseño».

Qué conmovedor.

La razón por la que sabe qué proyectos va a filtrar es porque Ms. Pingjai es una criatura de hábitos. Si un proyecto se entrega el lunes, ella intentará vender una copia a un competidor el sábado para dañar el prestigio de la empresa antes de la entrega oficial. Brother Pat es tan bueno con las matemáticas y la logística que predecir sus movimientos es un juego de niños.

Por eso le he puesto un nuevo apodo:

«El joven Chairman de los cien oficios».

Diseñador, matemático, planificador, negociador y actor maestro. Ah, y agreguemos “imbécil” a la lista también. Como rasgo de personalidad. Es tan bueno siéndolo que bien podría ser una profesión.

Y, como siempre, iyo soy el único testigo de la locura entre esos dos!

En serio, si alguna vez me secuestraran para sacar secretos de la empresa, toda esta corporación estaría acabada en cinco segundos. ¡300 % garantizado!

Suspiro. Por más que me queje, tengo que seguir como practicante. Si renuncio ahora, ¿qué voy a hacer después de graduarme? Este siempre fue el lugar de trabajo de mis sueños. Y si se preguntan por qué no tengo un plan B, es simple: soy perezoso.

Y... en realidad, me gusta estar aquí.

Para mí, ¿para qué graduarse solo para trabajar en un empleo que odias, y luego gastar tu sueldo en medicamentos para el dolor de espalda y visitas al médico?

¿Trabajar para pagar la cura del dolor que te causa el propio trabajo? Se siente injusto para el alma.

No me importa lo que piensen los demás. Yo elegí mi camino. No estoy lastimando a nadie, ¿cierto? Esa gente no hace nada por mí, así que ¿por qué debería importarme su opinión? Es solo un dolor de cabeza. Prefiero concentrarme en mí y tratar de encontrar un pequeño trozo de felicidad en esta sociedad tan loca.

Debí estar muy metido en mis pensamientos, mirando al vacío mientras estaba sentado en mi sofá de siempre, porque no noté al dueño de la oficina hasta que habló.

—Fon, ¿podrías ayudarme hoy modelando para un anuncio de la Empresa XXX?

—Claro... espera, ¿qué? —no estaba del todo despierto todavía. El «claro» se me escapó, pero por suerte lo frené con un «¿qué?».

—¿Cómo que está bien? ¡Eso es trabajo para un cliente! ¿Por qué no contratas a un modelo profesional? Y yo soy el fotógrafo—aunque sea practicante. Si hay una sesión, yo debería estar detrás de la cámara. ¿Por qué Brother Pat me está robando el trabajo?

—Es solo una sesión de práctica.

—¡Exacto, práctica! ¿Entonces por qué yo soy el modelo? ¡No soy modelo! —me negué rotundamente, fulminándolo con la mirada.

—Quiero tomarle fotos a Fon.

—...

—¿Eso no está permitido?

¡Maldición! ¿Está usando otra vez esa táctica de “persuasión seductora”?

Brother Pat me miraba con ojos de cachorro. ¿Puedo gritar? Tengo una debilidad muy seria por los hombres guapos que actúan de forma adorable. ¿Qué se supone que haga? ¡Que alguien me ayude!

Al ver mi silencio, se levantó de su escritorio, caminó hasta el sofá y se sentó justo a mi lado. No estaba siendo agresivo, pero ¿tenía que acercar tanto su cara?

—E-eh... aléjate un poco, tío Pat —presioné mis manos contra su pecho firme, esperando que dejara de inclinarse hacia mí.

Pero... i esa sensación de músculos sólidos bajo mis palmas! Dios mío, me estoy mareando.

Aclaremos algo: no me gustan específicamente ni los hombres ni las mujeres. Me gusta la gente guapa. ¿Entendido? Básicamente, sin importar el género, si es hermoso, es hermoso. Y ahora mismo, Brother Pat es hermoso.

Por lo tanto, es mi tipo. Eso es todo.

—Si quieres que me aleje, deberías mirarme a la cara, Fon —el hombre alto notó que estaba mirando mis propias manos apoyadas en su pecho, con la cara roja como un tomate, y no pudo evitar provocarme.

Pero sus palabras no me llegaron. Porque en ese momento estaba ocupado, de forma totalmente inconsciente, apretando sus pectorales. No sé qué les pasaba a mis manos, pero los estaba sujetando con fuerza.

Hmm... esto se siente... interesante.

Como estaba prestando más atención a su pecho que a su rostro, decidió subir la apuesta. Alzó la mano, se quitó la corbata de un tirón y desabrochó los tres primeros botones de su camisa. Quería verme sonrojar aún más.

Y funcionó.

Mi cara se puso todavía más roja, y mi agarre se volvió más fuerte.

Estaba tan concentrado amasando ese pecho firme que no me di cuenta de que había eliminado la barrera de la camisa. Lo que ahora estaba apretando era músculo desnudo.

Aturdido, seguí apretando. Y entonces dejé escapar un pensamiento que lo hizo reír suavemente, porque le pareció demasiado “adorable”:

—¿Por qué es tan firme? Ojalá tuviera un pecho así. Si lo tuviera, lo apretaría todo el día. Esto se siente increíble.

—Entonces siéntete libre de apretar el mío todo el día.

—...

Esa voz ronca me devolvió a la realidad de golpe. Mi rostro, que ya estaba rojo, se volvió de un carmesí intenso al darme cuenta de lo que estaba haciendo. Intenté apartarme de inmediato, pero el brazo de Pat ya estaba detrás de mí, atrayéndome de nuevo hacia él.

—¡Y-yo... lo siento mucho! ¡No era mi intención! —incliné la cabeza, muerto de vergüenza.

¡Maldición! ¿Qué demonios acabo de hacer? ¡Señor, ayúdame!

—¿Te gusta? ¿Mi pecho?

—¡No!

—Entonces, ¿por qué lo estabas apretando? —preguntó, mientras apoyaba el brazo en el respaldo del sofá, rodeándome en una especie de medio abrazo.

—E-es que... es solo que... —idiota, Pafon! ¡No es momento de ser un conocedor de pechos!

—¿Solo qué?

—Solo tengo envidia. Yo también quiero un pecho firme como este.

- ¿Para poder apretarlo todo el día?
- Sí... ¡No! Digo, solo quiero uno así, nada más.
- Pero conseguir un pecho como este requiere entrenar muy duro.
- Lo sé. Lo intenté, pero solo creció un poquito. Me cansé y me rendí.
- En ese caso —susurró—, ven y toca el mío. No hace falta que te agotes entrenando.

CAPÍTULO 7: PARA NADA MI TIPO

Perspectiva de Patlom

Desde el “incidente” en el que Pafon me agarró el pecho, mi vida diaria se ha convertido en un pequeño desastre... principalmente porque me he visto obligado a volver al gimnasio todos los días, solo para asegurarme de que mis pectorales estén más firmes que nunca.

Aunque ser mestizo me dio naturalmente una complexión grande y músculos que se mantienen sin demasiado esfuerzo, he tenido que exigirme más para mantener todo bien marcado.

No es que lo esté haciendo para agradar a alguien, claro. Es solo una precaución... por si acaso decide volver a agarrarme, quiero asegurarme de que el “cliente” quede satisfecho con el producto.

No es que esté esperando que Fon vuelva a hacerlo.

Para nada.

Pero últimamente parece que Fon me está aplicando la ley del hielo. La última vez que le pedí que modelara para un anuncio de un cliente, me rechazó sin pensarlo dos veces. Hizo un puchero tan fuerte que, honestamente, sentí cómo se me ablandaba el corazón.

Pero incluso después de dejar de insistir, ese chico adorable se negó a hablarme. Y si dice algo, puedo contar sus palabras con los dedos de una mano. De verdad no sé por qué está tan gruñón.

Ahora que lo pienso, ni siquiera le he dado una verdadera lección de prácticas. Ya casi van dos meses desde que empezó. Muy bien entonces, hoy comienza el entrenamiento real.

—Fon, ¿quieres hacer prácticas de verdad hoy? —le pregunté a la persona que estaba sentada en mi sofá, inmóvil como una estatua, tecleando en su portátil.

Todos los días se sienta ahí, como si fuera una roca. ¿De verdad soy tan miedoso? Me miré al espejo esta mañana; me veía bien.

—Sí. Pero ¿quién será el modelo? ¿Usted o yo, tío? —preguntó con total indiferencia, sin apartar los ojos de su trabajo.

Para ser sincero, probablemente solo estaba repitiendo lo que oyó sin pensarlo.

Claro... yo sí dije que quería fotografiarlo. Dios, ha sido lindo desde el primer día y no hace más que volverse más lindo... en ese estilo mordaz y espinoso. Sé que probablemente me ha estado insultando mentalmente desde que nos conocimos, aunque nunca me lo haya dicho en la cara.

Pero no puedo evitarlo. Así soy yo. Me encanta molestar a la gente que me importa solo para verlos perder la compostura.

—Intercambiemos turnos, ¿te parece? Tú primero, luego yo.

—¿Por qué no va usted primero, tío?

—¿Ves? Incluso cuando saco un tema que creo que le interesaría, apenas me presta atención. ¿De verdad ese portátil es tan fascinante?

—Si modelo para ti primero, me preocupa que pierdas la concentración. Porque, ya sabes, tendré que quitarme la camisa.

¡Clack!

El sonido de Fon golpeando una tecla casi me hizo dar un salto. Se quedó congelado unos diez segundos antes de girarse para fulminarme con la mirada, el rostro rojo como un tomate.

—¿Q-quién dice que quiero mirar, tocar o apretar su pecho? ¡Está completamente delirante, pesadilla de hombre! —le espetó Pafon a su jefe.

La última parte debía ser un murmullo, pero por lo alterado que estaba, salió demasiado fuerte.

A diferencia de lo que esperaba, escuché cada palabra.

—Nunca mencioné mi pecho, Fon. Y si vas a insultarme, intenta no sonrojarte mientras lo haces. Eres adorable, ¿lo sabías?

Un momento estaba tartamudeando como un rapero nervioso, y al siguiente estalló en cólera total en cuanto toqué su punto débil.

—¡No soy adorable, hermano Pat! ¡Deje de decir tonterías! —replicó Pafon, con la voz cargada de auténtica irritación. Sabía que lo estaba provocando, pero no lo soportaba.

¡Oye! ¡Un poco de respeto por mi cara, mis músculos y mi altura!
Llámame como quieras, ipero no me digas lindo! ¡Lo juro, voy a llevarte a este chico atrás y decirle un par de cosas!

—Entonces queda decidido. Fon, tú serás mi modelo primero. Y ni se te ocurra irte a casa después del trabajo.

Dicho eso, salí de la habitación para prepararme para la reunión de la tarde.

Dejé al becario sentado ahí, completamente aturdido.

¿Qué acaba de pasar? Todo fue demasiado rápido.

¿Espera? ¿Yo tengo que ser el modelo? ¡Vine aquí a practicar fotografía, no a modelar! ¡Maldito Pat! ¡Es tan descarado! ¿Con quién se supone que me queje? La última vez hice un puchero y me salvé, pero esta vez se fue sin siquiera mirarme. ¡Ni siquiera puedo mostrarle que estoy molesto!

Y ese comentario sobre el pecho... ¡Dije que no quería apretarlo! ¡Aunque mis manos prácticamente estén rogando hacerlo otra vez! Maldición. Un solo desliz y me va a atormentar hasta que me gradúe. ¡Pero no sabía dónde poner las manos! ¡No fue mi culpa! ¡Dios mío!

Pafon se cubrió el rostro con las manos, completamente abrumado. No sabía qué hacer. Desde ese día, apenas podía mirar a Pat a los ojos porque su mirada siempre se desviaba hacia esos pectorales firmes. Estaba furioso consigo mismo.

—Debería huir para despejarme la cabeza, Pa?

—¡Maldición! ¡Olvidé preguntar en qué estudio! ¡Estoy tan estresado! Esta empresa tiene un millón de estudios. ¡Qué desastre! ¡Idiota!

La sala de conferencias

Estaba en una reunión, como de costumbre. Nunca me quejo porque sé que es mi responsabilidad. Pero hoy no lograba concentrarme. Para ser honesto, no estaba pensando en la empresa en absoluto. Estaba debatiendo qué modelo de cámara usar para la sesión de Fon esta noche. Me preguntaba cuál lo captaría mejor.

Ni siquiera había decidido el ambiente o el estilo... ¿sería solo una prueba sencilla o una sesión completamente desnuda?

Bueno, yo fui quien creó el puesto de “fotógrafo de desnudos” para él. Sería raro que no le enseñara cómo funciona, ¿no?

Necesito enseñarle que, como fotógrafo, tienes que saber guiar y posar a un modelo —hombre o mujer— para que la toma sea artística.

Estoy seguro de que Fon no ha estudiado fotografía de desnudos en profundidad. En las universidades normalmente no se enseña, porque no todo el mundo la considera “arte”. Más de la mitad del mundo escucha la palabra “desnudo” y piensa en algo vulgar, algo que va en contra de la cultura y la sociedad. Observan esta forma de arte con prejuicio. Algunos incluso piensan con la “parte baja del cuerpo”, creyendo que pueden hacer cualquier cosa depravada con este tipo de sujetos.

—¿Presidente, tiene alguna opinión al respecto? —preguntó un empleado tras terminar la presentación de su proyecto.

—Hmm... lo tendré en consideración. Les avisaré cuando haya tomado una decisión.

Dicho eso, me levanté y salí de la sala, dejando a todos mirándose entre sí con expresión confundida.

El presidente nunca había sido el primero en abandonar una reunión, y jamás había “llevado un proyecto a casa” para pensarlo después. Normalmente decidía en el acto si algo valía la pena o no. Pero esta vez era diferente.

—¿Qué crees que le pasa? —susurró una empleada a su compañera.

—Ni idea. No intentes entenderlo, solo te dará dolor de cabeza.

—Tienes razón.

—El presidente se ha retirado. Todos, regresen a sus puestos —anunció Pingjai, cortando los murmullos. Empezó a reunir los documentos para llevarlos a la oficina de Pat y prepararlos para el día siguiente.

—¡Sí, señorita!

Cuando la sala quedó vacía, Pingjai terminó de ordenar. Entonces notó unos papeles que habían quedado sobre el escritorio del presidente.

“...”

¿Qué es esto?

Miró los documentos impecables, ahora cubiertos de bocetos de distintos modelos de cámaras, dibujados con bolígrafo.

—¿El presidente quiere dedicarse a la fotografía... o qué?

La oficina del presidente

Prácticamente corrí de vuelta desde la sala de reuniones. Sentía como si mis piernas tuvieran turbo.

—¿Sigues ahí dentro? —toqué la puerta de mi propia oficina mientras llamaba.

Espera... ¿por qué estoy tocando mi propia puerta?

Al darme cuenta del error, la abrí de inmediato. Pero la persona del otro lado estaba a punto de salir, y la puerta se estrelló directamente contra su frente.

—¡Ay! ¡Maldito! —gritó Pafon, cayendo de espaldas al suelo.

—Soy yo, no “maldito” —dije, apresurándome a ayudarlo a levantarse y guiándolo de vuelta al sofá.

—¿Por qué abriste la puerta tan fuerte?! —reclamé, estirando la mano para frotarle la frente, que ya empezaba a hincharse y a ponerse roja.

—Porque me llamaste, así que fui a abrir! —respondió a la defensiva. ¿Cómo iba a saber que abriría justo en el mismo segundo que yo llegaba? ¡No tengo visión de rayos X!

—Solo pregunté si estabas aquí, no te dije que abrieras.

¿No es lo mismo? ¿Está buscando pelea?

Le lancé a hermano Pat una mirada afilada de reojo e intenté ignorarlo.

—No pongas esa cara. Te ves demasiado lindo —dijo el hombre alto. Al ver su puchero y las mejillas infladas, no pude resistirme y estiré la mano para pellizcárselas.

—¿Y cuál es exactamente la razón por la que estamos actuando tan “lindos” el uno con el otro?

Ante esa pregunta, tanto la mano que se frotaba la frente como la que iba hacia la mejilla se quedaron congeladas.

—Hermano Pat es guapo, sí. Pero no es mi tipo.

—Ah... ¿entonces no te gusto?

—Así es. No me gustas. No me gustas en absoluto, tío

CAPÍTULO 8: EL PRESIDENTE DE LENGUA AFILADA

Perspectiva de Patlom

Debo admitir que esta es la primera vez que me rechazan. Normalmente soy yo quien rechaza a los demás, así que la sensación fue un poco sorprendente. Pero, siendo honesto, no fue algo tan grave. Solo estaba molestando al chico. Aún no me gusta de verdad; es más bien una curiosidad intensa.

—Nunca dije que a ti te gustara yo, Fon.

—¿Entonces qué estabas tratando de decir?

—Hablababa de mi pecho.

“...”

¿Puedo gritar? ¿Existe algún médico que pueda arreglar una cara cuya dignidad acaba de hacerse añicos? ¡Porque mi orgullo está hecho pedazos!

—La próxima vez, Fon, no saques conclusiones precipitadas —dije suavemente, estirando la mano para revolver su cabello desordenado y suave.

—¿Q-qué? ¿Quién está sacando conclusiones? ¡Yo no! Solo estaba diciendo que... ¡tampoco me gusta tu pecho! —intentó esquivar el tema lo mejor que pudo, pero mientras más hablaba, más parecía atraparse a sí mismo.

—Si no te gusta, ¿por qué lo estabas apretando? No lo soltabas.

Al escuchar a hermano Pat decir eso, bajé la mirada hacia donde mi mano descansaba en ese momento.

¡Maldita traidora! ¡Tu mano debería estar sobre tu propio muslo! ¿Por qué está otra vez en el pecho de este bastardo?! ¿Debería gritar y fingir que estoy poseído por un fantasma?

—Eh... bueno, mi mano se movió sola. No fue intencional —solté, hundiéndome en una mentira tan profunda que ya empezaba a doler.

—En ese caso, ¿puedo poner mi mano en tu pecho y decir que también “se movió sola”?

¡Este tipo se está burlando de mí!

Hace un minuto dije que no era mi tipo. Pero al escuchar esas palabras y ver ese rostro brillante, ¿por qué de repente encajaba perfectamente con mi “tipo”? Ya de por sí que fuera mestizo era mi punto débil, sin mencionar su voz que —por una vez— no sonaba como si solo quisiera irritarme. ¡Maldito zorro astuto!

—¿Qué pasa, Fon? ¿Estás tan avergonzado que te convertiste en una estatua?

—¡Tío! ¡No estoy avergonzado! ¡Eres una pesadilla con patas! —sobresaltado por su comentario, grité con frustración, usando el arrebato para ocultar la verdad: la aplastante realidad de que sí, estaba increíblemente avergonzado.

—Si vas a regañarme, intenta no ponerte tan rojo primero. Te ves demasiado besable. Bien. Definitivamente ya no es mi tipo. Me duele la cabeza.

—*Suspiro...* En fin, ¿vamos a hacer la sesión o no? Ya está oscureciendo y no quiero volver muy tarde al dormitorio.

—Si es tan tarde, ¿por qué no te quedas a dormir en mi casa?

Me quedé congelado casi un minuto entero. Espera... ¿no se supone que la frase estándar es “te llevo a casa”? ¿Desde cuándo “ven a dormir a mi casa” es la opción por defecto?

—¿Invitas a todos tus practicantes a dormir en tu casa?

—Fon es el primero al que se lo he pedido.

Esa frase hizo que mi corazón diera una voltereta (encima de toda la vergüenza acumulada de antes).

Estaba tan alterado que podía escuchar los latidos de mi corazón, como si quisiera saltar fuera de mi pecho. La sangre corriendo por mis venas hizo que cada poro de mi piel se pusiera rojo. No había ni un solo lugar de mi cuerpo que no estuviera encendido.

—Ah... ¿tan rojo que brillas? Estás en problemas, Fon —susurró Patlom, acercándose lentamente a mí—el tomate humano.

—¡N-no te acerques más, tío! —empujé su pecho, intentando mantenerlo a distancia. Pero mi fuerza era patética. Cuanto más me resistía, más se acercaba.

Estaba tan cerca que podía oír su latido firme y tranquilo, completamente opuesto al mío, que parecía competir en un campeonato mundial de samba.

Estaba tan cerca que la punta de nuestras narices se rozó.

Cerré los ojos con fuerza, indefenso. Odio admitirlo, pero nunca he tenido novia (ni novio) en mi vida. He tenido un pequeño beso una vez, pero nada más. ¿Experiencia? ¿Colmillo? Cero absoluto.

Y ahora, frente a alguien tan experimentado y seguro como hermano Pat, ¿cómo no iba a temblar?

Quiero decir... es solo porque es guapo. Estoy alterado, pero definitivamente no me gusta.

—Abre los ojos, Fon. No voy a besarte.

Sentí como si acabara de escuchar una voz proveniente del cielo. Abrí los ojos y solté un suspiro de alivio.

Pero ese alivio duró muy poco. En cuanto los abrí, casi dejé de respirar.

Pat no se había apartado ni un solo centímetro. Es más, me estaba mirando fijamente, con esa mirada.

Era exactamente la misma mirada que me había dirigido aquel día. El día en que lo besé... y él me devolvió el beso con tanta intensidad que casi me desmayé entre sus brazos.

—Entonces... ¿si quiero besarte, tengo que mantener los ojos abiertos?

—Sería mejor que Fon simplemente rodeara mi cuello con los brazos y me besara él mismo.

“...”

—¡Hoy no voy a hacer prácticas!

Eso fue todo. Supe que, si me quedaba un segundo más y seguía provocando a este “tío”, el que terminaría pagando el precio sería yo. Me salvé saltando del sofá y huyendo de la escena con la gracia exagerada de un personaje de telenovela dramática. Sin “adiós”, sin “hasta luego”, sin despedidas. ¡SE ACABÓ! ¡No me busques hoy!

Necesito retirarme y recuperar la cordura. Necesito tomar Panadol para recargar energías. ¡Mañana contraatacaré!

¡Mañana derrotaré a esa pesadilla llamada Patlom!

Cuando el chico salió huyendo, el hombre que quedó en la habitación cambió a una postura más cómoda. Cruzó las piernas, se desabrochó los puños de la camisa y aflojó la corbata para respirar mejor. Luego se quedó allí, riéndose solo como un loco. Al recordar la forma en que Fon había salido disparado de la oficina, no pudo evitar soltar una carcajada genuina.

¿Cómo puede un chico ser tan precioso? Lo juro, nunca había visto a alguien tan alterado y, aun así, tan adorable.

Hmm. Me pregunto qué pasaría si lograra que un chico se enamorara de mí... alguien a quien no le importen mi apariencia, mi cuerpo ni mi estatus. Quiero ver quién terminaría más perdidamente enamorado.

Mientras estaba perdido en mis pensamientos, la puerta se abrió de golpe sin pedir permiso.

—Pingjai.

La mujer que entró se quedó paralizada al verme sentado en el sofá. Su expresión era la de una delincuente atrapada en pleno acto. Hmph. Ni una mínima fracción de lo adorable que es Fon.

—Mis disculpas, señor presidente. No sabía que aún se encontraba en la oficina — dijo, claramente sobresaltada. No esperaba verme allí después del horario laboral; normalmente desaparezco en cuanto el reloj marca las cinco.

Llevaba días sin poder reunir información porque ese practicante estaba pegado a mi oficina las veinticuatro horas. Dios sabe qué clase de “prácticas” estaba haciendo. Pero eso no era lo importante. Su verdadero objetivo era reunir suficientes documentos confidenciales para filtrarlos a otra empresa y luego entregárselos al

“Gran presidente” (mi padre), con la intención de manipular el precio de las acciones y demostrar que yo era incompetente.

Pero hoy, una vez más, su suerte se había acabado.

—Señorita Pingjai, no me obligue a regañarla antes de que recuerde los modales básicos —dije con un tono glacial, mirándola fijamente mientras dejaba que mi clara insatisfacción se reflejara en mi mirada afilada.

“...”

—Mi oficina no es un parque público al que pueda entrar cuando le dé la gana. Si quiere entrar, toca la puerta. Y di una orden estricta: después del horario laboral, nadie tiene permitido entrar aquí. No estará tan mayor como para que su memoria ya le falle, ¿verdad?

Mis palabras la dejaron sin habla. No era que no entendiera; era que su mente no podía decidir cuál de todos los insultos —ninguno con una sola grosería— le había dolido más.

—Si ya entró y no tiene nada que decir, o si descubrió que no hay nada que “vigilar” porque el dueño aún está aquí, entonces lárguese. No se quede ahí desperdiando mi oxígeno.

Observé su reacción. Permanecía rígida, sin moverse. La miré con fría indiferencia hasta que dio un pequeño sobresalto. Podía ver claramente el pánico aflorando en su rostro.

Hmph. ¿Ya tiene miedo? Entonces, ¿de dónde sacó el valor para intentar quitarme mi puesto?

—Y si está planeando entregar “pruebas” a mi padre, procure ser más discreta la próxima vez. Lo mismo vale para vender trabajos de clientes. La gente inteligente no usa su propio nombre ni el título de “secretaria” para vender información robada. Esas personas tienen dinero, sí, pero también son más listas que usted. No permita que hablen mal de mí por tener una secretaria tan estúpida.

Mi padre le dio este puesto. Intente estar a la altura.

Capítulo 9: Misión del presidente

Llevar al Pasante a Casa

Es increíble. El presidente, de quien toda la oficina dice que tiene una lengua afilada, en realidad es diez veces más letal de lo que imaginaba. Yo estaba justo afuera de la puerta y escuché cada una de sus palabras. Si yo hubiera sido quien las recibiera, lo juro, habría terminado de rodillas llorando, suplicando perdón... probablemente hasta habría comprado una corona fúnebre para disculparme.

No sé cómo la señorita Pingjai logró quedarse ahí y aguantar todo eso. Y tampoco sé por qué sigo aquí parado escuchando. ¡Dios mío! ¡Otra vez soy testigo de su drama! ¡Esto me está volviendo loco!

Para ser honesto, no pretendía espiar. Solo salí de la habitación demasiado rápido. Cuando estaba guardando mis documentos, no cerré bien mi bolso. En cuanto salí, mi querido bolso se abrió y todo se desparramó. Tuve que agacharme a recogerlo justo cuando la secretaria regresaba. Supe que, en menos de sesenta segundos, el hermano Pat comenzaría a lanzar contaminación verbal.

Y no me equivoqué. En el momento en que ella entró, los “educados” insultos de Patlom salieron disparados y fueron directo a mis oídos mientras yo flotaba incómodo en el pasillo.

De toda la gente en esta empresa, ¿por qué siempre tengo que ser yo?

Solo tengo una pregunta: ¿Dios me odia? ¿O me está castigando por insultar tan seguido a su hijo favorito en mi mente? Pero lo siento, no soy cristiano. ¿Por qué Dios se molesta conmigo? *Suspiro*. Pah no lo entiende.

¿Qué hizo mal Pah?

Hora de irme a casa, bañarme y restregarme los oídos. Este lugar está saturado de abuso verbal de la alta sociedad. Un tipo rudo como Pah no puede con esto. Esos insultos “educados” fueron demasiado potentes para un simple testigo.

Perspectiva de Patlom

Después de mi pequeña charla con mi “bondadosa” secretaria, no perdí tiempo. Fui directo a mi auto y regresé a mi penthouse.

Rara vez hablo así con la gente, a menos que mi paciencia realmente llegue al límite. Y, aun así, nunca repito algo más de tres veces a la misma persona. Pero esa secretaria está completamente fuera de lugar: desde sus pensamientos, pasando por sus palabras, hasta sus acciones.

Me pregunto, si mi padre realmente quiere recuperar la empresa, ¿por qué no envió a alguien más profesional para lidiar conmigo?

Se siente como si estuviera jugando contra un niño de preescolar.

—*Suspiro*. ¿Cuándo pasará algo realmente interesante? —llegué a mi penthouse y me dejé caer en el sofá, exhausto.

No estaba seguro de si estaba cansado por lidiar con la secretaria o porque ese chico era simplemente demasiado adorable.

—Sería maravilloso si pudiera hacer que de verdad le gustara.

Estaba perdido pensando en Fon cuando mi teléfono chilló, rompiendo mi feliz ensueño. Sonó sin parar durante casi un minuto antes de que lo tomara de mala gana.

—¿Qué?

[¡Vaya, hermano Pat! Por una vez, háblame bonito.]

—Te dije que no uses ese apodo —respondí con frialdad.

[Tu nombre real tiene dos sílabas. Es una pérdida de tiempo decirlo.]

—Es una pérdida de tiempo escucharte. Ve al grano.

[¡Oye! ¡Espera! Estoy bromeando. Está bien, está bien, negocios. Quería preguntar si hiciste algo para molestar a Pah. Hoy nos arrastró a un bar. En todos sus meses como pasante, nunca había salido.]

—¿Te refieres a Fon?

[Sí, él. Es la misma persona. ¿Vas a recogerlo? Porque si no, dejaré que alguien más lo lleve a casa.]

—¿En qué bar? —respondí al instante, agarrando las llaves del auto y yendo hacia la puerta.

[¿Eh? ¿De verdad vienes? Ya es tarde. ¿Estás bien? ¿Te duele la espalda?]

—¡Da!

[Está bien, está bien, viejo. Me rindo. No uses mi nombre completo, mi alma es frágil. Es ese lugar al que te invitó el otro día, ¿recuerdas?]

—Diez minutos. Vigílalo por mí. Si alguien más se lleva a Fon, mi zapato va a encontrar un hogar permanente en tu cabeza.

[¡Sí, señor! ¡Protegeré a Pah con mi vida!]

Te estás metiendo en problemas, ¿verdad, Fon?

El bar

Llegué en menos de diez minutos. Al entrar, mis ojos recorrieron el lugar en busca de mi amigo.

Los encontré rápido... junto al chico terco que se atrevió a escabullirse para beber. Tan pequeño, y aun así tan audaz.

Sin perder un segundo, me lancé hacia Fon, que estaba a punto de subirse a una mesa para bailar. Lo jalé hacia abajo, procurando no ser demasiado brusco. Cuando su cuerpo chocó con el mío, me dejé caer en la silla que tenía detrás. Tal vez usé un poco demasiada fuerza para alguien borracho, porque ahora Fon estaba sentado cómodamente justo en mi regazo.

—Mmm... Da, ¿por qué me jalaste? Iba a bailar.

—Fon, no puedes subir ahí. Te vas a caer.

—¡Maldito! Te dije que no me llamas Fon. ¿Quieres que te golpee en la cara para que pares? —murmuró el chico borracho contra mi pecho.

—¿Vas a golpearme?

—Da, ¿estás borracho? ¿Quién es tu hermano? Yo soy hijo único. Pregúntale a mi mamá si no me crees. Espera... ¿vas al gimnasio? Tu pecho está tan firme... ¿así? —mientras hablaba, usó toda su fuerza para agarrar un puñado de mi pecho, haciendo pequeños ruidos de ronroneo, como si estuviera hablándole a un gato.

—Da, ¿siempre es así cuando está borracho? —le pregunté a su amigo, que observaba la escena en shock.

—No, amigo. Normalmente solo besa a alguien por accidente. Nunca lo había visto apretar un pecho con tanta pasión. En realidad... ¿por qué estoy viendo esto? Me voy. Voy al baño. Si quieras llevártelo, hazlo. Blue ya pagó su cuenta.

—Mmm... Da, tu pecho es suave, igual que el del tío. Muah, muah.

—¿Te gusta tanto mi pecho? —pregunté, usando un brazo para evitar que se cayera hacia atrás mientras con la otra mano le acariciaba suavemente el cabello.

—Me encanta. Es suave, pero no como el de una chica. Me gusta que sea suave y musculoso. Se siente increíble. Quiero apretarlo para siempre, Da, ¿sabes? Desde que apreté el pecho del tío por accidente, ya no he podido mirarlo a los ojos. Mis ojos solo lo buscan a él... su pecho. ¿Crees que soy un pervertido?

El chico borracho confesaba sus secretos más profundos a la persona que creía que era su mejor amigo, sin darse cuenta de que el protagonista de su historia era quien lo estaba sosteniendo.

—No, no lo creo. Pero si aprietas el pecho de alguien más, tendré que castigarte. ¿Entendido, mocoso terco? —no pude evitar pellizcarle la nariz levantada; era desesperadamente adorable.

Era lindo cuando estaba sobrio, pero ¿borracho? Estaba en otro nivel.

—Da, tienes que prometer que no se lo dirás al tío. Si se entera de que solo me gusta su pecho y no él, ¡definitivamente me despedirá antes de que termine mis prácticas! —balbuceó Pafon, con la voz pesada por la falta de control.

Pero para alguien que escuchaba con tanta atención como Patlom, cada palabra era perfectamente clara.

—Está bien. No se lo diré. Pero ¿podemos irnos a casa ahora?

—¡No! ¡No me voy! ¡Quiero bailar! Hoy estoy muy molesto. Si no bailo, voy a explotar cuando tenga que ver la cara del hermano Pat mañana. No, Da, me quedo. Hace mucho que no venía a un bar a limpiar la contaminación auditiva.

Empezó a hacer pucheros y a moverse inquieto en mi regazo, sin darse cuenta del peligro en el que se estaba metiendo.

—Fon, no seas terco. Si sigues moviéndote así, tendrás que hacerte responsable de lo que pase —apreté mi agarre en su cintura, que era delgada para ser la de un hombre, para detenerlo.

—No soy terco, Da. ¿Por qué siempre dices eso? Deja de ser malo. Y no me voy a casa —dejó de moverse, pero empezó a discutir en voz baja, susurrándome directamente al oído.

—Si te vas a casa ahora, te dejaré tocar mi pecho toda la noche. ¿Trato hecho?

—¿Eh? —al escuchar la palabra “pecho”, el chico en mi regazo levantó la cabeza de inmediato para mirarme.

—¿Entonces? Toda la noche. Solo ven a casa conmigo, Fon.

—¿De verdad?

—De verdad.

Yo, el arrogante presidente al que todos temían no era más que un hombre común completamente cautivado por Pafon. Le respondí con un tono cálido y complaciente.

—Está bien. No porque quiera ir a casa, sino porque quiero tocar un pecho igual al del hermano Pat.

Dicho eso, el chico borracho se quedó dormido justo contra mi pecho. Pero incluso dormido, su pequeña mano no olvidó apretar mi pectoral, como un bebé que aún no ha sido destetado.

¿Cómo puede un ser humano ser tan precioso?, pensé. Me puse de pie, pasé mis brazos por debajo de sus largas piernas y lo saqué del bar cargándolo al estilo bombero, sin importarme en lo más mínimo las miradas que nos seguían.

CAPÍTULO 10: PRÁCTICAS EN SERIO

¿Quién hubiera pensado que alguien con tanta tolerancia al alcohol como Pah terminaría hecho un desastre total al emborracharse? Sin dignidad alguna, sin recordar absolutamente nada de la noche anterior y sin la menor idea de quién lo había llevado de vuelta a casa.

De verdad quería agradecerle a esa persona por la amabilidad de arrastrar su cuerpo hasta un lugar seguro en vez de dejarlo dormir como un perro guardián frente al bar. Quería agradecerle desde el fondo de su corazón... pero había un problema enorme que lo tenía inquieto en ese momento.

¿De quién es esta casa?!

Pafon abrió los ojos completamente exhausto, con una resaca martillándole la cabeza. Apenas tenía fuerzas para levantar una mano y frotarse las sienes con frustración.

Además de la laguna mental, despertar en la casa de un desconocido nunca es una buena señal. ¿A quién podría hacerle gracia algo así? Ya estaba harto de su propia naturaleza sociable. Cada vez que había alcohol de por medio, salían a relucir todos sus peores defectos.

¡Que alguien me salve!

¿Dónde estoy? No es mi habitación. ¿De quién es este cuarto? ¿Dónde está Da? ¡Da, mi mejor amigo, por favor llévame a casa!

Pensó que unas copas ayudarían a aliviar el dolor de cabeza que le provocaba el hermano Pat, pero ahora le dolía aún más porque algún desconocido se lo había llevado quién sabe adónde.

—Ay, Pah... ¿por qué eres tan sociable? Si mamá se entera, seguro te despelleja vivo.

Mientras el alcohol restante aún nublaba su razonamiento, un pensamiento repentino cruzó la mente de Pafon:

Quiero renunciar.

Y cuando decía renunciar, hablaba en serio.

Renunciar a un trabajo que ni siquiera había empezado como se debía. Era verdad: su objetivo principal era conseguir unas prácticas, pero desde que comenzó no había hecho nada legítimo. El hermano Pat había dicho que le permitiría tomar fotos, pero eso nunca ocurrió. Aunque nunca quiso ser fotógrafo de desnudos, pensándolo bien, al menos habría sido una experiencia útil para el futuro.

Pero su situación actual no se sentía como unas prácticas en absoluto. Se sentía más bien como un vagabundo deambulando por la empresa de otra persona.

Y como si el dolor de cabeza por haber sido “secuestrado” no fuera suficiente, estaba el estrés añadido de que Da conociera al hermano Pat.

¡¿Qué tan pequeño es este mundo, por Dios?!

—¡Ese Da! Conoce al tío y no me dijo nada. ¿Quiere que le meta una bofetada para que reaccione?

Si no hubiera recuperado un poco la conciencia anoche, jamás se habría enterado de que se conocían. Supuso que todavía le quedaba algo de suerte, porque las últimas palabras de Da al hermano Pat llegaron a sus oídos justo antes de quedarse completamente inconsciente.

Solo esperaba que Da no le hubiera repetido todas sus quejas de borracho.

—¡Bah, olvídalos!

El chico con resaca se cubrió la cabeza con el edredón y se retorció en la cama. Tras un momento, recordó algo crucial.

—¡Este no es momento para esto! ¡Tengo que escapar! No sé dónde estoy, pero primero me voy y luego pregunto.

Decisión tomada, se incorporó lentamente, con la cabeza dándole vueltas. Por suerte, todavía llevaba ropa puesta... aunque no era su ropa.

¿Cómo podría serlo? Alguien como Pafon no podía permitirse un pijama de diseñador tan lujoso, con detalles dorados.

Al observar la prenda, quedó claro que quien lo había traído allí debía ser asquerosamente rico. Y, por el tamaño, definitivamente mucho más grande que él.

—¡Maldita sea! Pensé que yo era grande, ¿pero hay alguien aún más grande? ¿Es un gigante o qué?

Justo cuando se inclinó para recoger su ropa vieja (Dios sabía cómo había terminado debajo de la cama), maldiciendo en voz baja al dueño del pijama, una voz familiar llegó a su oído y casi hace que se partiera el cráneo contra el marco de la cama.

—Terco desde tan temprano, ya veo.

Espera... no puede ser, ¿verdad? Seguro solo es alguien con una voz parecida.

Para convencerse de que estaba equivocado, se deslizó lentamente fuera de debajo de la cama. En el momento en que su cabeza asomó por el borde y se preparó para mirar hacia arriba, su corazón casi se le salió del pecho. El dueño de esa voz estaba inclinado tan cerca que sus narices casi se tocaban.

—¡Maldición! —grité.

Ver en persona al hombre en el que justo estaba pensando lo hizo gritarle en la cara. Se echó hacia atrás de golpe, estrellando la espalda contra el cabecero con un golpe doloroso.

—Solo soy yo, tío.

—Ah... eh, lo siento, tío. ¿Qué haces aquí? —bajé la mirada, sin atreverme a mirarlo a los ojos.

—Este es mi dormitorio.

—Oh... ¿tu dormitorio?... ESPERA, ¿QUÉ?

—Sí. Mi dormitorio —respondió con total calma. Me ayudó a incorporarme sobre el colchón suave y comenzó a frotar con cuidado mi espalda, justo donde me había golpeado contra el marco, como si estuviera consolando a un niño.

—Entonces eso significa que... ¿tú fuiste quien me llevó a casa?

—Correcto.

—¿Y dormiste en esta cama conmigo anoche?

—Este es mi cuarto. Si no duermo en mi propia cama, ¿dónde se supone que debía dormir, Fon?

¡Maldición! Entonces ese sueño en el que estaba feliz apretando el pecho de alguien en realidad...

—E-entonces ese sueño en el que tocaba... eso... ¿era tu pecho?

—Sí. Mi pecho.

—... —Me quedé sin palabras. Que alguien me apuñale ahora mismo, por favor.

—¿Fue divertido? Me estuviste apretando muy feliz toda la noche. ¿Te gustó? — preguntó Pat, mirando fijamente los ojos congelados de Pafon.

Los profundos y cautivadores ojos verde grisáceos de Pat lo atraparon como un hechizo, como una trampa diseñada para que no pudiera escapar del hoyo que el presidente había cavado.

Por primera vez, un pensamiento cruzó por mi mente:
Tal vez... sí me gusta el hermano Pat.

¡Zas!

De pronto, la temperatura del rostro de Pafon se disparó. El rubor se extendió hasta las orejas. Su boca quería negarlo, pero la evidencia estaba ahí: en sus manos, en su corazón. Preso del pánico, Pafon hizo lo único que se le ocurrió: salió corriendo hacia el baño tan rápido que el presidente ni siquiera tuvo tiempo de parpadear.

Quedándose solo en la cama, Pat no pudo evitar soltar una carcajada. No esperaba que el chico se pusiera tan nervioso como para literalmente huir.

Pero no podía negarlo: cuando Fon se avergonzaba, era absurdamente adorable.

—Ah... ahora quiero hacer que se enamore de mí aún más rápido. Seguro que se volverá todavía más lindo.

¡Bang!

La puerta del baño se cerró de golpe, seguida por el clic de la cerradura. Pafon se dejó caer al suelo, con el rostro ardiendo de un rojo intenso.

—Jadeo... jadeo... ¡No, no, no! ¡Esto está mal! ¡Solo estaba borracho! ¡Perdí el control! ¡Solo me gusta el pecho, no el tío! ¡Pah, no caigas en esto! ¡Despierta!

¡Reacciona! ¡Maldita sea! —jadeó, apretándose el pecho que latía como un tambor de samba, sintiendo que podía explotar en cualquier momento. Con la otra mano se dio una bofetada para recuperar la cordura.

Solo puedo decir una cosa: el hermano Pat es peligroso. Esa etiqueta de “guapo pero tóxico” es 100 % real.

Después de esconderme en el baño durante media hora, salí usando la ropa de anoche. Eso dejó al presidente un poco confundido.

La verdad, quería preguntarle cuándo había tenido tiempo de cambiarme, pero temí que, si lo molestaba, saliera corriendo de nuevo al baño, así que me guardé la pregunta.

—¿No vas a ir a trabajar? —pregunté mirando al suelo, de pie y rígido como un niño que rompió un florero y espera el regaño del profesor.

—Mírame cuando me hablas, Fon —dijo Patlom con un deje de autoridad, aunque su tono no era duro. Aun así, el chico terco se negó a levantar la mirada. El hombre mayor dio un paso más cerca.

—Levanta la cabeza, mocoso terco.

Cuando el tono normal no funcionó, Patlom añadió un poco más de firmeza para sacarlo de su ensimismamiento. Funcionó. Pafon levantó la vista con una mirada feroz.

Hmm. Feroz como un gatito erizando el pelaje frente a su plato favorito.

—¿Quién es terco? Yo no.

—Terco por escaparte a beber a mis espaldas —dijo el hombre mayor, pellizcándole suavemente la nariz respingada.

—¿Y qué tiene de raro ir a tomar algo después del trabajo? —replicó el chico, sin ceder.

—Pero te dije que esperaras a que terminara mi reunión para darte tu lección de fotografía...

—... ¿Y no dije que te daría unas prácticas? Fui a buscarte en cuanto terminó mi reunión. Pero entonces dijiste que ya no querías hacer las prácticas y saliste corriendo. Pensé que habías vuelto a tu residencia, ¿pero desde cuándo tu residencia parece un bar?

—... —Dios mío, un sermón. ¡No tengo cómo responder!

—Y-yo... solo pasé a ver a un amigo un momento...

—Lo que vi no fue que “visitaras” a un amigo. Te vi bailando encima de una mesa.

—¡El piso estaba lleno! ¡No había oxígeno, así que me subí para tomar aire!

—Fon... además de guapo, sí tengo cerebro.

—Je, je.

Acorralado. No podía discutir porque era verdad. Mi cerebro con resaca estaba demasiado vacío como para contraatacar. Solo pude cambiar de tema para salvar el poco orgullo que me quedaba.

—Entonces... ¿cómo conoces a Da?

Patlom sabía perfectamente lo que estaba haciendo ese chico sonrojado, así que lo dejó pasar y siguió la corriente.

—Somos familia.

—Pero no se parecen en nada.

—Por el lado de mi madre. Mi madre es mitad china y mitad tailandesa. Mi abuelo era chino, mi abuela tailandesa. Mi abuela tenía dos hermanos. Ella era la mayor. Su hermana tuvo una hija. Esa hija es la madre de los gemelos, Blue y Da.

Mientras el hermano Pat explicaba el árbol genealógico, yo quería gritar:

¡NO ENTENDÍ ABSOLUTAMENTE NADA DE LO QUE ACABAS DE DECIR!

Me perdí desde la primera frase. No sé si su explicación era confusa o si yo simplemente soy tonto. Pero jamás podía dejar que él lo supiera.

¡Pah, mantén la confianza! Créeme, no eres tonto. ¡Él solo está diciendo tonterías!

—Ah, claro. Ya entendí.

Aunque un enorme “¿?” prácticamente flotaba sobre la cabeza del chico, afirmó haber entendido. Patlom tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no pellizcarle esas mejillas regordetas. Temiendo que se convirtiera otra vez en un gatito gruñón, decidió cambiar de tema.

—Ahora que ya estás vestido, ¿vamos a hacer prácticas?

—Sí... ¡Espera! ¡Hoy es día libre!

—Soy el presidente.

—¡ESTÁ BIEN! ¡Vamos! ¡Vamos a hacer el trabajo que “amamos”! —mi irritación alcanzó un nuevo pico. Ya no pude soportarlo más y salí marchando del penthouse directo a la planta baja.

¡Maldita sea! ¡Qué presidente tan detestable! Ya me quedé sin insultos. ¿Cómo puede alguien ser tan arrogante y tener tanta razón al mismo tiempo? ¡Y ni siquiera puedo gritarle! ¡Qué frustrante!

La oficina

Como todo el mundo sabe, la oficina está aproximadamente un 80 % vacía los fines de semana. El ambiente era silencioso, salvo por un guardia de seguridad y un conserje que me saludaron con la mano. Casi podía escuchar el subtexto de sus saludos:

“¿El presidente te está mandoneando otra vez, ¿verdad? Ojalá pudiera ayudarte. Suerte. Ya te acostumbrarás.”

¡¿Ves?! Eso era exactamente lo que significaba ese saludo. ¿Puedo gritar ahora?

—¿En qué estás soñando despierto? Ve al estudio —la voz detrás de mí me devolvió a la realidad. No tuve más remedio que seguir al hermano Pat como un cachorro perdido.

¿Por qué no le robé el auto y huí? ¿Por qué dejé que se sentara atrás como un joven amo mientras yo lo conducía hasta aquí? ¡Pah, borracho guapo de bajo coeficiente intelectual! Ya no te soporto.

Tomamos el ascensor hasta el último piso. Lo seguí, giré a la izquierda y vi una enorme puerta corrediza de vidrio. Lo primero que pensé fue:

¡Este estudio es gigantesco! Y absurdamente lujoso.

Este estudio ocupaba casi todo el piso. Había oído que era el estudio principal, usado para proyectos de nueve cifras. Con clientes tan ricos, el lugar no podía ser nada común.

Las paredes eran de un blanco brillante. El suelo no estaba cubierto de baldosas como esperaba, sino de una alfombra marfil de alta calidad. Su suavidad transmitía lujo. Debido a la alfombra, a la izquierda de la entrada había una zona para cambiarse los zapatos: era obligatorio ponerse pantuflas para entrar.

A pesar del tamaño, las zonas reales de fotografía estaban en dos esquinas: la más lejana a la izquierda y la más cercana a la derecha. El espacio central se mantenía libre para equipos, cámaras e iluminación. A veces también servía como área para preparar utilería.

Sabía todo esto porque lo había visto en reuniones. Los fotógrafos debían presentar su trabajo, incluyendo fotos del “detrás de cámaras”. Pat insistía en eso para demostrar que cada proyecto asignado era realizado por el propio fotógrafo y no subcontratado.

Esperaba que el lugar estuviera lleno de cosas, pero estaba impecable. Solo una esquina estaba preparada: la del extremo derecho. Ya había una cámara montada, apuntando a un sofá cubierto con una alfombra similar a la del piso, excepto que esta era rosa.

Espera... ¿rosa? ¿En serio?

—Eh... tío, ¿quién es el modelo y quién el fotógrafo? —pregunté mientras nos acercábamos al sofá.

—Yo seré el modelo hoy —dijo, sentándose y empezando a desabotonarse la camisa, botón por botón.

—¿Qué estás haciendo!? —solté, atónito. ¡Lo estaba haciendo otra vez! ¡Quitándose la camisa para seducirme! Ugh.

—Es una sesión de desnudo. ¿Cómo voy a estar “desnudo” con ropa puesta? Pero no te preocunes, Fon, hoy solo practicaremos desnudos de la parte superior del cuerpo.

¡SÍ ME PREOCUPA! ¡Y debería! Por mi propia cordura. ¿Está intentando volver a emborracharme con su pecho?

—Ve a preparar la cámara. ¿O te vas a quedar ahí parado mirando porque quieras volver a apretarme? —preguntó Patlom, levantando la vista hacia el pasmado practicante.

—¡SÍ! Digo, ¡NO! ¡PREPARANDO LA CÁMARA! ¡AHORA MISMO!

Pafon corrió detrás del trípode. Mientras ajustaba la configuración, volvió a maldecir al presidente en su cabeza.

¡Casi caes en la trampa del diablo, Pah! ¡No seas ese tipo de persona! ¡No dejes que su pecho pálido y firme te seduzca! ¡Mantente alerta, soldado! ¡Tienes que ser fuerte! ¡Fuerte!

—¿Listo, señor practicante? —preguntó Patlom. Adoptó una pose relajada: una pierna apoyada sobre el cojín formando un triángulo, la mano derecha descansando en el respaldo del sofá, la cabeza ladeada hacia el lente.

Al oír su voz, terminé los ajustes. Levanté la mirada para encontrarme con sus ojos. En el instante en que nuestras miradas se cruzaron, mi cabeza dio vueltas por un segundo... exactamente como la sensación de borrachera de anoche.

¡Ni siquiera hace falta que haya jueces; yo mismo me estoy sorprendiendo!

Dios... iestá buenísimo! Los músculos son una cosa, pero esa pose... ¡Oh, Dios! ¿Puedo decirlo? Quiero arrodillarme a sus pies. ¿Está permitido arrodillarse en esta situación?

No es que me guste... pero ME GUSTA. ¿Me entiendes? Está bien, yo tampoco me entiendo.

—Ya que has decidido tomar mi foto en serio, ¿por qué no intentas expresar tu amor por mí a través del lente, señor practicante?

—...

Estoy muerto. Que alguien llame a una ambulancia

CAPÍTULO 11: EL PRESIDENTE Y LAS EMOCIONES

Solo estaba siguiendo mi instinto, molestandolo un poco por diversión. Pero nunca esperé una reacción tan poco común de la persona frente a mí.

Esa expresión aturdida, absolutamente preciosa —lo que la mayoría llamaría una “mirada perdida”— estaba estampada en su rostro. Normalmente yo también lo llamaría así, pero en Fon, “perdida” no se sentía correcto. “Adorable” era la única palabra adecuada.

Y luego estaban esas mejillas sonrojadas, tan rojas que me daban ganas de pellizcarlas hasta que explotaran. Estaban incluso más encendidas que esta mañana. Sentía curiosidad por ver hasta dónde podía llegar ese rubor, pero una parte de mí temía que el corazón de este chico realmente se detuviera por el impacto.

No permitiría que eso pasara. No soy el tipo de persona que molesta a alguien hasta lastimarlo. Además, Fon ni siquiera ha terminado aún sus prácticas conmigo.

—¿Vas a quedarte ahí parado, en las nubes? ¿De verdad vamos a tomar fotos hoy, señor practicante? —. A pesar de decirme a mí mismo que no era ese tipo de hombre, no pude evitar provocarlo un poco más. Cuanto más rojo se ponía, más ganas tenía de insistir.

Al oír el llamado desde el sofá, el fotógrafo volvió a la realidad de golpe, balbuceando una respuesta torpe. Comenzó a moverse con una energía frenética que incluso él sabía que era ridícula y torpe. Pero aun siendo consciente de ello, no podía detenerse.

Quiero decir... ¿quién podría mantenerse calmado? Entre esa actitud mordaz, esas palabras seductoras y ese pecho duro como una roca... si alguien llamara a una ambulancia por mí ahora mismo, no diría que está exagerando.

—S-sí, señor. Disparando ahora.

El practicante respondió de inmediato, apretando el botón del obturador y pegando el ojo al visor para enfocar al rompecorazones del sofá. Pero cuanto más intentaba actuar con naturalidad, más fallaba su coordinación. Al avanzar para conseguir el ángulo perfecto, su traicionero pie se enganchó con una pata del trípode. La cámara —que valía cientos de miles— comenzó a inclinarse lentamente hacia el suelo.

Si rompía equipo de la empresa, tendría que asumir la responsabilidad. ¿Pero quién tiene ese tipo de dinero tirado por ahí? Si fuera tan rico, no estaría haciendo prácticas aquí. Me negaba a empezar mi carrera pidiendo un préstamo para pagar una cámara.

En ese segundo decisivo entre la vida y la muerte, Pafon solo tenía un lema:

¡Yo puedo romperme, pero la cámara no!

Si yo me lastimaba, los gastos médicos no superarían los tres mil. Si la cámara se dañaba, la “cirugía” costaría casi un millón. Como hombre inteligente, obviamente elegí la primera opción.

Con ese pensamiento, mis largas piernas se lanzaron hacia el costoso equipo sin pensar en mi propia seguridad. Abracé la cámara contra mi cuerpo, cerré los ojos con fuerza y me preparé para el impacto.

Espera...

¿Por qué no duele?

Había tensado todos mis músculos, seguro de que estaba a punto de besar el suelo, pero mi predicción fue incorrecta. ¿Qué pasó? ¿Y por qué el piso es tan... suave?

Reuní valor y abrí lentamente los ojos para descubrir por qué una caída desde esa altura se sentía como aterrizar sobre una nube.

Cuando los abrí, la razón quedó clara:

Estaba acostado justo encima del hermano Pat.

Perspectiva de Patlom

Lo diré otra vez: ver el lado torpe y despistado de Pafon es algo que adoro por completo. Aparte de la cara de “estoy harto de la vida” que me pone, esta versión nerviosa y atolondrada ocupa un muy cercano segundo lugar.

La cara aburrida es linda. La cara avergonzada también lo es.

Pero si me preguntas si ya “me gusta” como algo más que un practicante adorable... tendría que admitir que no del todo.

Piénsalo: ¿de dónde sacaría tiempo para una relación un hombre como yo? Tengo una empresa que dirigir y estoy constantemente jugando ajedrez contra la hermosa secretaria que mi padre envió para organizar un golpe de poder. Veinticuatro horas al día apenas me alcanzan. Si ni siquiera tengo tiempo para mí, ¿cómo podría tenerlo para otra persona?

Estaba perdido en mis pensamientos mientras esperaba que sonara el obturador cuando escuché el golpe seco del trípode. Con mis sentidos en alerta, levanté la vista justo a tiempo para ver a Fon lanzándose hacia adelante, usando su propio cuerpo de manera imprudente para proteger la cámara que caía.

Sabía que Fon era valiente —su naturaleza obstinada no permitiría otra cosa—, pero no me di cuenta de que fuera tan autosacrificado.

Aunque, pensándolo bien, yo no soy mucho mejor. En el momento en que lo vi dirigirse hacia el suelo, mis piernas se movieron más rápido de lo que mi cerebro pudo procesar. Me lancé desde el sofá para atraparlo. En ese instante, juro que perdí toda lógica. Solo sentí el impacto cuando mi espalda golpeó el suelo como si la hubiera alcanzado una barra de hierro. El dolor fue abrasador.

—¡Ah!

Solté un grito agudo. Aunque Fon es más pequeño que yo, no es mucho más ligero. Probablemente pesamos casi lo mismo; él solo es más delgado porque se salta el gimnasio.

—¡Tío!

El chico que estaba encima de mí gritó horrorizado. Se apartó de inmediato y se sentó a mi lado mientras yo gemía, aun aferrando la cámara contra su pecho.

No podía creerlo. Este presidente “tóxico”, que disfruta molestarme hasta que lo maldigo en mi cabeza, en realidad se había lanzado desde un sofá solo para asegurarse de que no golpeara el suelo.

No sabía qué era más impactante: el hecho de que Pat me hubiera atrapado o el hecho de que mi cara hubiera quedado enterrada en su pecho desnudo, pálido y musculoso.

¿Puedo gritar ahora? ¿Tal vez como un héroe que salvó una cámara de un millón?

—¿Estás bien? —preguntó el hombre musculoso al practicante, que estaba sentado con el rostro tenso, el ceño fruncido y el labio tembloroso como si fuera a llorar.

—¡Tú deberías preguntarte eso a ti mismo! ¡Golpeaste el suelo con mucha fuerza! ¿Tienes algún hueso roto? ¿La empresa va a demandarme por convertir al presidente en un parapléjico? —balbuceó el chico, con la voz cargada de angustia.

—Solo golpeé el suelo, Fon, no me atropelló un camión —respondió Patlom. Se incorporó lentamente y se recostó contra el sofá.

—¡Pero fue un impacto enorme! El sonido fue aterrador. ¿Por qué saltaste así? Yo tenía la cámara, no se habría roto. Pero tú... ¿tenemos que ir al hospital? ¿Tienes algo dislocado? —Pafon rondaba a su alrededor, aun sujetando la cámara con fuerza.

—No me preocupaba la cámara. Me preocupabas tú, Fon.

Esas palabras resonaron en la mente de Pafon. Esa voz profunda y cálida —llena de una preocupación genuina desde el fondo de su corazón, sin la burla ni el acoso habituales— hizo que el corazón de Pafon se saltara un latido y luego comenzara a correr sin control. Sus piernas se debilitaron tanto que la cámara por la que había arriesgado la vida finalmente se le escapó de las manos y cayó pesadamente sobre la alfombra.

Aunque la caída fue pequeña, el sonido del objeto pesado golpeando el suelo rompió el silencio.

—Fon, eres único en este mundo —susurró Pat—. No vuelvas a lastimarte así. Mi corazón no soporta mucho más.

CAPÍTULO 12: EL HOMBRE CON MOTIVOS OCULTOS

Ha pasado exactamente un mes desde aquel “legendario” incidente en el estudio. Debo decir que mi puesto de “practicante” es, en la práctica, el de un “estudiante desempleado”: básicamente me siento todos los días en la oficina como si fuera una muñeca, solo para que el jefe se burle de mí.

Sinceramente, siento que no he logrado absolutamente nada este mes, aparte de un dolor de cabeza constante y el riesgo muy real de una falla renal por exceder la dosis diaria recomendada de Panadol.

Todo sigue igual. El hermano Pat sigue molestandome. La secretaria sigue intentando robar documentos importantes de la empresa, aunque falla absolutamente todas las veces. De verdad quiero inclinarme ante ella en señal de respeto por su increíble persistencia.

Además, todavía vende trabajos de clientes a espaldas de todos. Empiezo a preguntarme si está tratando de dar un golpe de poder o si simplemente busca un “enriquecimiento rápido”.

Pero decir que todo es exactamente igual tampoco sería del todo correcto.

Desde el día en que el hermano Pat me habló con esa voz cálida y suave, la forma en que lo miro ha cambiado. Ahora, cuando lo veo, es como si lo observara a través de un filtro brillante de “ojos de corazón”. ¡Idiota absoluto, Pah!

Tengo ganas de estrellar mi cabeza contra la pared. Sé perfectamente que he entrado al campo de juego del amor y que estoy perdiendo el control. No deberías enamorarte de un hombre guapo, de un atractivo mestizo, de un presidente con una personalidad espinosa, de un pecho pálido y firme... ¡del hermano Pat! ¡Reaccioná, Pah!

Les prometí a los gemelos, Blue y Da, que “El Entrenador” se quedaría en la banca este año. Mi último partido me dejó con tanto dolor que mis lágrimas llegaban hasta los talones. Por eso, El Entrenador juró no volver a pisar ese campo nunca más.

Pero mírame ahora. Prácticamente quiero ponerme un balde en la cabeza para esconderme de esos “gemelos del infierno” antes de que se enteren y me molesten hasta el día en que tenga hijos.

A pesar de mis mayores esfuerzos por mantener mis sentimientos en secreto, mi suerte finalmente se ha agotado. Mi “karma” debe pesar más que el “mérito” que he acumulado visitando templos y cumpliendo los preceptos. Cumplio todos los preceptos... excepto el de beber. ¿Por qué el universo no puede darme un respiro con esa pequeña cosa? Somos prácticamente familia, ¿dónde está el amor?

—¡¿Qué tal, Pah basura?! —la voz del gemelo, Da, resonó y me hizo—que estaba apostado en el escritorio frente a la oficina de Pat—empezar a sudar como si acabara de ducharme. Mis labios temblaron por el miedo a que mi secreto quedara al descubierto, y tuve que sacar a escondidas un bálsamo labial del bolsillo para aplicármelo antes de parecer un zombi ambulante.

—Vaya, entras y sales de aquí como si fuera tu casa —repliqué, intentando ocultar lo alterado que estaba.

—La empresa del hermano Patlom es básicamente mi empresa.

—Ojalá el tío te oiga decir eso.

—Mejor amigo, no hagas eso. Aún no estoy casado. No dejes que me mate y convierta a mi futura esposa en viuda.

—Idiota. Nadie se casaría con alguien tan falso como tú de todos modos.

—Oye, yo “me caso” con gente todo el tiempo.

—Sí, imbécil. Como digas.

Al principio no creía que el tío y Da fueran parientes. ¿Pero ahora? Ahora sí lo creo. Mis nervios están destrozados. ¿Por qué no noté las señales antes? Estoy agotado. Quiero sacarme el cerebro y lavarlo.

—Entonces, ¿el hermano Patlom está dentro?

—No. Está en una reunión.

—Bien. Cuando venía entrando, me crucé con alguien. Si Patlom se encuentra con ese tipo, seguro habrá pelea.

—¿No estarás exagerando?

—Para nada. La última vez que se vieron, tu “tío” habló con una cortesía extrema. Ya sabes, ese tipo de insulto sin decir ni una sola grosería, al estilo de la alta sociedad. No sé si al tipo al que se dirigía le dolió, pero a mí, como espectador, me dolió hasta la próxima vida. Fue tan brutal que deseé no renacer como humano, sino como el gato de una persona rica.

—¿Y tú crees que siquiera vas a reencarnar? ¿Con todos tus pecados?

—Si mis pecados se están acumulando, los tuyos también. ¡Bienvenido, amigo! ¡Bienvenido al infierno, nuestro nuevo hogar!

Solo le lancé una mirada inexpresiva. ¿Hay siquiera un solo día en que no esté mentalmente inestable? Ya estoy harto. ¿Por qué no puede aprender a quedarse callado como su hermano, Blue?

—Entonces, ¿quién es esa persona que mencionaste? —mi curiosidad superó por completo mi aburrimiento.

—El padre del hermano Patlom.

La sola mención de “padre” hizo que mi corazón diera un fuerte golpe.

Aunque nunca he conocido en persona al padre de Pat, la conserje chismosa de la empresa suele ponerme al día mientras comemos ensalada de papaya juntos.

—“El Gran presidente” es aún más perfeccionista que el actual. No solo con el trabajo, sino también con la higiene de la empresa. Hace que los conserjes se

paralicen del miedo porque pasa el dedo por todas las mesas y sillas para comprobar si hay polvo. Incluso revisa el suelo en busca de cabellos caídos. Si encuentra uno, descuenta cincuenta bahts del sueldo del personal de limpieza por cada cabello. ¡Es un dolor de cabeza!

¿Habla en serio? Entiendo ser estricto con los documentos —al fin y al cabo, es el dueño—. Los errores significan pérdida de reputación y ganancias. ¿Pero ser un tirano de la higiene? Sé que una oficina limpia es eficiente, pero ¿revisar cabello por cabello? Me da mucha pena el personal de limpieza. Si renuncian, ¿quién va a limpiar?

Pero también estoy agradecido de que el hermano Pat no sea tan extremo como su padre. Si lo fuera, probablemente ya me habría apuñalado para evitar el estrés de tratar con un joven presidente impredecible.

Aunque, pensándolo bien, las cosas que la conserje me contó sobre los documentos y otros comportamientos suyos eran sospechosas.

Según ella, el Gran presidente solo empezó a comportarse así después de que Pat tomó el mando. Es imposible que la personalidad de alguien cambie de forma tan radical solo porque su hijo subió al trono. ¿Puede una persona cambiar tanto?

Además, el momento es demasiado conveniente.

—Pero en el pasado, el Gran presidente no era así. Cuando todavía estaba al mando, casi nunca aparecía. Todo pasaba por su secretaría, que casualmente era la señorita Pingjai, la secretaria del presidente actual. El crecimiento de la empresa tampoco era tan bueno como ahora. Estaba estancado o en declive. Nada que ver con la era del presidente actual, donde la empresa está en pleno auge. De verdad no sé qué pasó. ¿Cómo puede alguien cambiar tan rápido como un camaleón? Pero eso es “charla de jefes”, Pafon. Empleados como nosotros no deberíamos ser tan curiosos.

Eso fue lo que dijo. “No seas tan curioso”. Pero tengo la sensación de que sabe muchas cosas. O tal vez solo es tan entrometida como yo.

Me quedé sumido en mis pensamientos durante casi diez minutos hasta que una voz familiar llamó mi nombre. Volviendo en mí, miré alrededor buscando a mi “buen amigo” Da, pero había desaparecido, dejando solo una nota adhesiva.

“Estabas ahí sentado, atontado como si el Rey del Infierno te hubiera robado el alma, y no quise interrumpir su trabajo. Me voy a buscar a una chica hermosa que me consuele antes de reunirme contigo en el inframundo. Espérame, mejor amigo. Déjame ir unas ocho rondas y luego volveré a morir contigo.”

De verdad no existe en este mundo alguien con una mente más sucia que Da. ¡Maldito mono con cara de imbécil!

—Fon, ¿en qué estás soñando despierto? Te he estado llamando —dijo el dueño de la voz, inclinándose sobre mi escritorio. Estaba tan cerca que podía sentir su aliento cálido. Solo un estúpido escritorio nos separaba.

—¿Eh? Hermano Pat. Por favor, aléjate un poco. Pafon está a punto de morir.

¿Alguien ha muerto alguna vez por estar demasiado cerca de alguien que le hace latir el corazón? Si no, probablemente yo sea el primero.

—¿Por qué me llamas con ese tono? ¿Me extrañaste? —la voz profunda y agradable del hombre frente a mí vibró en el aire. Era el tipo de voz que hace que quien la escucha se derrita hasta el suelo.

¡Maldita sea! ¿Por qué ahora que me gusta, sus burlas me ponen aún más nervioso? ¡Esto es terrible! ¡Estoy enojado! ¡Castigado!

Estaba a punto de responderle con sarcasmo, pero cerré la boca al escuchar una voz acercándose por detrás de él. El sonido hizo que la expresión de Pat cambiara al instante, como si el dueño de esa voz acabara de matar a su mascota favorita.

¡Karma entre karmas! ¡Yo, Pah, tengo que ser testigo de este caos otra vez!

—Tu padre viene a visitarte, ¿y ni siquiera dices hola, Patlom?

CAPÍTULO 13: EL ODIO INTERIOR

Perspectiva de Patlom

Lo admito: nunca me ha gustado ni amado mi padre, ni siquiera un poco. Pero eso no es extraño, porque mi padre...

Es demasiado vil para ser el padre de alguien.

Es demasiado vil para ser el esposo de alguien.

Y, lo más importante, es la razón por la que mi madre está muerta.

Toda mi vida, mi familia me moldeó para ser perfecto, para ser quien tuviera el poder de gobernar a otros. Me enseñaron que la naturaleza humana se basa en el miedo hacia quienes están por encima.

Si quieras obediencia, debes tener poder.

Si quieras respeto, debes tener poder.

Si quieras que la gente te siga, debes tener poder.

Estas palabras fueron vertidas en mis oídos una y otra vez desde que era niño. Y, por supuesto, la única persona en la familia que decía esas cosas era el “padre”.

Como dicen, la persona que se encuentra en la cima será pisoteada por todos en el momento en que caiga. Justo como mi padre.

Cuando me elevé a una posición más alta sin depender de su influencia, ese hombre —obsesionado con el control— intentó arrebatarme el poder. Hizo todo lo que pudo para obstaculizarme.

Pero pareció olvidar que aún llevo su sangre en mis venas. Ahora que yo tengo el poder, lo usaré para lidiar con él, tal como él lo usó para manejar a todos los demás.

Tal como manejó a mi madre. Simplemente porque quería la empresa Baiyang que ella poseía, ese hombre le quitó la vida a mi madre cuando yo tenía solo quince años.

Porque quería administrar el dinero de su seguro, mató a la mujer que supuestamente amaba, mató a la madre de su hijo y destrozó sin piedad el corazón inocente de un chico de quince años.

Tres días después de su muerte, el abogado de la familia nos informó —a mi padre y a mí— que mamá había redactado un testamento. Ella sabía, de alguna manera, que moriría algún día.

Y tenía razón; todos mueren eventualmente. ¡Pero no se suponía que fuera el día de mi decimoquinto cumpleaños!

En su testamento, detalló claramente la distribución de los bienes: tierras rurales, dinero en efectivo, joyas y lingotes de oro. También designó al nuevo presidente de la empresa Baiyang. Ese heredero era yo.

El pasado

Para mí, un cumpleaños era solo otro día más. Pero mi madre siempre decía que era especial: el día en que Dios le dio el regalo más preciado de su vida. Decía que yo la había convertido en una mejor persona y que le había dado felicidad. Yo era el aliento que le daba la motivación para vivir.

Nunca pedía nada en mis cumpleaños. Pasteles, regalos... mamá siempre se encargaba de buscarlos por su cuenta. Ese año no fue diferente.

Era el decimoquinto cumpleaños de Patlom: el umbral hacia la adultez.

Mi madre se tomó el día libre (aunque casi nunca pedía permiso) solo para celebrarlo conmigo.

[Hola, Pat. ¿De qué pastelería quieres tu pastel este año?]

Me hizo una videollamada a través de la aplicación verde para preguntarle a su amado hijo, que estaba en casa leyendo un libro. En realidad, ella quería llegar antes, pero una emergencia en la oficina la obligó a encargarse personalmente. Para cuando terminó, afuera ya estaba completamente oscuro. Sintiendo culpa por perderse el día, decidió detenerse en una pastelería antes de volver a casa para celebrar a su pequeño.

—De cualquiera está bien, mamá —respondí, con la voz quebrada por la adolescencia, sin apartar los ojos de mi libro.

[¿Qué tal el lugar que te gustó el año pasado?] preguntó, mirando de vez en cuando mi rostro en el teléfono apoyado en el asiento del copiloto.

—¿No queda muy lejos ese lugar, mamá? —esta vez levanté la vista, frunciendo el ceño.

¿Y cómo no hacerlo? Desde su oficina, era casi una hora de camino, sin mencionar el tráfico del sábado por la noche. Además, el cielo nocturno se estaba cubriendo de nubes de tormenta. Le dije que no hacía falta que fuera; solo era un pastel. Estaba preocupado: no quería que condujera de noche. Era peligroso.

[Pero es tu favorito, ¿no?]

Nunca dije explícitamente qué me gustaba o no, pero ella siempre lo sabía. Sabía que me encantaba esa pastelería en particular, aunque nunca lo hubiera dicho.

Las madres son mágicas de esa manera, como si pudieran leer la mente de sus hijos.

—Está oscuro y parece que va a llover. Si quieras comprar uno, cómpralo en la tienda cerca de casa —intenté buscar una excusa para evitar que condujera tan lejos. Una sensación extraña comenzó a crecer en mi pecho.

Llámalo intuición, pero me sentía inquieto.

Necesitaba que volviera a casa.

Ahora.

[¿Hago lo que dices? Está bien, mi amor.] Aceptó mi petición.

Justo cuando estaba a punto de colgar, la voz de mi padre —acercándose por detrás de mí— se entrometió.

—Como madre, no olvides cumplir con tus deberes. ¿Cómo puede haber un cumpleaños sin pastel? Es solo un viaje; si ni siquiera puedes hacer eso, eres inútil.

Su voz de reproche retumbó a través del teléfono, dejando caer una bomba de silencio mortal sobre ambos oyentes. Dicho eso, salió de mi habitación como si nada hubiera pasado.

—Mamá, no le hagas caso —dije con brusquedad, intentando detenerla antes de que decidiera obedecerle. Pude oír las primeras gotas de lluvia golpeando el techo de su auto.

Conducir bajo la lluvia no es seguro.

Pero llegué demasiado tarde. Su silencio fue la prueba. Iba a hacer exactamente lo que él dijo.

[Tengo que hacerlo, hijo. Él es tu padre y mi esposo. Déjame ir. Está bien. Espérame en casa para soplar las velas. No te quedes despierto leyendo hasta tarde.]

Colgó y se dirigió a la pastelería, directamente bajo la lluvia torrencial.

Miré la pantalla en blanco con frustración.

¿Qué tenía eso de tan importante? ¿Porque él era el esposo, la esposa tenía que obedecer? ¿Para salvarle la cara?

¡Ja! ¡Qué creencia tan atrasada y arcaica!

Mamá era la que trabajaba.

Mamá era la que me criaba.

Mamá era la que cuidaba la casa.

Desde que era niño, papá nunca se preocupó por ninguno de los dos. Solo pronunciaba palabras bonitas en reuniones sociales: lo buen hijo que era, lo maravilloso que era su esposa, haciendo que otros envidiaran a nuestra “familia feliz”. Nadie sabía lo podrido que estaba todo por dentro.

¿Qué había hecho ese “esposo” y “padre” además de despilfarrar dinero creando una empresa rival solo para llevarla a la quiebra por incompetencia? Pasó su tiempo conspirando para apoderarse de la empresa de mamá y obtener más poder. Su único “mérito” era ser el hijo mayor, el favorito de la abuela entre los tres hermanos.

Eso era todo lo bueno que tenía.

Salí furioso de mi habitación y fui directo hacia el hombre al que llamaba padre.

Estaba sentado leyendo, con una sonrisa en el rostro —una sonrisa tan amplia que me erizó la piel. No era una sonrisa normal; era una mueca de burla y triunfo.

No tenía ningún derecho a obligar a mi madre a salir en medio de una tormenta por un pastel que ni siquiera quería. Y, aun así, ahí estaba, sonriendo como un espectro.

Cuanto más demostraba su total despreocupación por ella, mientras la lluvia afuera se convertía en un diluvio, más hervía la ira de un chico de quince años.

—¿Por qué la obligaste a ir? —pregunté, con la voz plana y vacía de emoción para que no pudiera leerme.

—Porque querías pastel.

—No. Le dije que no.

—¿Y qué? Si lo quieras, una madre debe encontrar la manera de conseguirlo — respondió con desdén, insistiendo en que yo quería ese estúpido pastel pese a mi negativa.

—Pero está oscuro y llueve fuerte. ¿Por qué le dirías eso?

—Una madre debe cumplir su papel. Aunque tenga que cruzar montañas o hielo, debe conseguir lo que su hijo quiere. De lo contrario, la gente preguntará qué clase de madre no puede hacer algo tan simple por su hijo.

—¿Y qué clase de padre la deja conducir sola en esto? Sabes que le aterran los truenos.

—La lluvia se detendrá pronto. Tu madre no muere tan fácilmente.

¿Es que tenía corazón? ¿O el poder lo había cegado por completo?

Incluso a los quince años, yo había acompañado a mamá a la oficina y la había ayudado con trámites simples. ¿Cómo no iba a conocer su verdadera intención? Ansiaba el poder con tanta desesperación que temblaba, indiferente al sufrimiento de los demás. Solo le importaba él mismo. ¿Cómo podía un hombre así ser cabeza de familia, padre o pareja?

Hablar con él era perder el aliento. Volví a mi habitación a esperar a mamá. Saqué una tarjeta hecha a mano de mi cajón —un regalo para ella— y recé para que regresara a casa sana y salva.

Pero las oraciones de un niño que amaba a su madre no fueron escuchadas.

Ella nunca volvió a casa esa noche.

A la mañana siguiente

Bajaba las escaleras para preguntarle a papá por qué mamá aún no había regresado cuando lo escuché hablando con un amigo en la sala. Pensaba preguntarle por ella, pero las siguientes palabras del extraño hicieron que mis piernas cedieran. Me desplomé, acurrucándome detrás de las escaleras.

—Entonces, ¿tu esposa está muerta? —preguntó el amigo, con una sonrisa en el rostro.

—He esperado años este día. Por fin, éxito.

Me senté en las escaleras, con una mano cubriendome la boca, mientras las lágrimas caían sin control de mis ojos.

—Entonces, ¿qué le dijiste para que condujera en esa tormenta?

—Ja, solo dije que Pat quería pastel. Esa mujer le tenía pánico a los truenos y a la lluvia, pero bastaron unas palabras más para que fuera. ¡Tan estúpida! Amaba tanto a ese niño que habría hecho cualquier cosa por él.

¡No! ¡Yo no lo pedí! ¡No lo pedí! Me tapé los oídos, negándome a escuchar la basura que salía de la boca de esos adultos.

—Jajaja, de verdad eres despiadado. Hacerle eso a tu propia esposa.

—Nunca la amé. Solo me casé con ella por el poder de esa empresa.

—¿Y tu hijo? ¿Qué le dirás?

—Nada. Diré que la carretera estaba resbalosa y que se fue por un barranco.

—Tu hijo es inteligente. ¿Se lo creerá?

—¿O prefieres que le diga que murió porque contraté un camión para sacar su auto del camino? —dijo el hombre al que llamaba padre, como si hablara del clima, sin un solo rastro de culpa.

—¿Por qué esperar tantos años? ¿Por qué esperar hasta que tenga quince? ¿No habría sido mejor matarla antes?

—Sabes que soy un mal administrador. Esperé a que Pat creciera para poder convertirlo en mi marioneta. Si su madre muere justo cuando él entra a la adultez, se sentirá perdido y sin ancla. Pensará que yo soy lo único que le queda. Hará todo lo que le ordene. Además, sabía que ella dejó un testamento donde decía que, si moría, la presidencia de Baiyang pasaría a Pat. Eso lo hace aún más fácil. Un chico de quince años no puede dirigir una empresa gigante. Reclamaré la tutela, diré que es incompetente y lo obligaré a nombrarme presidente. Cuando Baiyang muestre señales de caer, lo pondré al mando. Cuando la salve, volveré a mover sus hilos. Así nunca perderé el poder... ni mi herramienta favorita.

—De verdad eres un maestro. No pensé que pudieras planear tan lejos.

—Haré que Pat sienta que soy el único que lo ama. Será el querido hijo que pondrá todo el poder que deseo en mis manos.

Cada palabra me revolvía el estómago. Ese hombre ya no era humano. El poder lo había transformado en un monstruo.

Si hubiera conservado siquiera una chispa de humanidad, mi madre aún estaría aquí para verme crecer.

Pero ya que quiere que sea exactamente como lo planeó... seguiré el juego. Tomaré cada pizca de ese poder que tanto ama y lo aplastaré contra el suelo.

Haré que suplique por su vida. Me aseguraré de que nunca me olvide... su “querido hijo”.

CAPÍTULO 14: LAS TORNAS CAMBIAN

¿Quién hubiera pensado que solo estar en la misma habitación con un padre y su hijo podría hacer que un extraño como yo se sintiera tan mal? Sentía que mi desayuno estaba a punto de reaparecer de la forma más pública posible.

La atmósfera era asfixiante. La “energía de presidente” que irradiaban tanto el hermano Pat como su padre era simplemente demasiado: una presión pesada y aplastante.

Si pudiera haber atravesado el suelo para escapar de esta pesadilla, lo habría hecho.

—¿Qué está haciendo aquí, padre? —preguntó por fin el actual presidente, que había permanecido en silencio durante mucho tiempo, al notar la evidente incomodidad en el rostro de su pasante, quien parecía no saber ni dónde pararse.

—Solo vine a ver a mi hijo en el trabajo —dijo el hombre mayor de la sala, encogiéndose de hombros con fingida indiferencia.

¡Ja! Como si un hombre hambriento de poder como él realmente se preocupara por su hijo. Para él, Pat no era más que una herramienta para expandir su propio imperio.

—¿Ah, ¿sí? Bueno, me va muy bien. Como presidente, estoy manejando mi poder de forma bastante eficiente.

—...

La fachada alegre del mayor se desmoronó al instante ante el comentario directo de Pat. Su rostro se ensombreció en una mueca, y miró a su hijo como si fuera su enemigo mortal.

(¡Mocos! Ese poder no es tuyo, ¡es mío!)

—Jajaja, ¿es así? Bien, bien.

A pesar de su furia, el expresidente volvió a colocarse la máscara y continuó sonriendo.

Ambos se miraron fijamente, soltando risas inquietantes y escalofriantes que me recorrieron la espalda. Sentía que estaba atrapado dentro de una película de terror. ¡Estaba muerto de miedo!

—Si no tiene nada más que decir, por favor váyase. Tengo mucho trabajo que hacer —dijo Pat, con la mirada prácticamente escoltando al hombre mayor hacia la puerta.

—¿Y la reunión del directorio? ¿Ya te preparaste? —insistió el padre, negándose a moverse, lanzando una pregunta desafiante al dueño de la oficina.

—¿Prepararme para qué? De cualquier forma, la presidencia sigue siendo mía —respondió Pat sin mirarlo. Caminó hacia mí, que me encogía en la esquina, y extendió la mano para acariciar suavemente mi cabello.

En cualquier otra situación, mi corazón estaría latiendo a mil y mi cara estaría tan roja como la de un protagonista de drama coreano. ¿Pero aquí? Cualquiera que pudiera sentirse “romántico” en este ambiente tendría que ser un superhéroe.

(¡Maldita sea! ¡Ahora no, hermano Pat! ¡Estoy a punto de hacerme encima!)

Me quedé ahí, pálido como un fantasma. Quería moverme, esconderme, pero ya estaba acorralado. No podía meterme debajo del escritorio de Pat, precisamente. Sin salida, me quedé congelado como un pollo de utilería. No sabía a dónde mirar. Mirar a Pat era demasiado incómodo, así que miré más allá de él.

Lamentablemente, mis ojos se encontraron con la furia ardiente de su padre, que estaba hirviendo de rabia porque Pat lo estaba ignorando descaradamente. Rápidamente desvíe la mirada de nuevo hacia Pat. Reuniendo todo mi valor, tiré de su manga, mi rostro suplicando que se diera cuenta de lo aterradora que era la mirada de su padre.

No sé si lo entendió, pero traté de transmitirle todo con los ojos, porque no tenía fuerzas para hablar. Incluso mover un dedo se sentía como una hazaña olímpica.

Pero Pat malinterpretó completamente la situación. Pensó que solo estaba siendo tímido. Dejó de acariciar mi cabello solo para empezar a rozar mi mejilla. Para empeorar las cosas, me regaló una sonrisa cálida y dulce mientras yo estaba ahí, con la mirada perdida y el alma abandonando lentamente mi cuerpo.

—.... Está bien, lo que sea. Nota mental: el hermano Pat que conozco es brillante en todo... excepto en leer el ambiente. ¡Es pésimo en eso!

—¿Como presidente no deberías mantener cierto decoro? —finalmente, el ex presidente de Baiyang Company no pudo soportarlo más y lanzó una reprimenda.

Patlom apenas le dedicó una mirada. Ni siquiera se dio la vuelta; su mano seguía rozando mi mejilla sonrojada.

—¿No es el que carece de decoro el que está ahí parado observando asuntos privados ajenos dentro de una oficina privada? —la voz de Pat era fría como el hielo.

—¡Pat! —rugió el hombre mayor. No podía creer que su propio hijo fuera tan descarado.

—Si quiere hablar, guárdelo para la reunión del directorio de mañana. Querrá estar ahí para ver el rostro del próximo presidente, ¿no? Así que váyase a casa, rece al Buda y espere que el puesto que tanto desea vuelva a usted. Yo estaré apoyándolo — Patlom se dio la vuelta para enfrentar a su padre sin el menor temor, sus palabras rebosando provocación casual.

El rostro de su padre se puso rojo de ira. Incapaz de responder, salió de la oficina dando fuertes pisotones. La imagen del presidente digno había desaparecido; ahora solo parecía un viejo obsesionado con el poder haciendo un berrinche.

Tan pronto como se fue, Patlom regresó a su escritorio y se sentó como si no acabara de ocurrir una guerra psicológica. Ni siquiera reconoció a su pasante traumatizado.

¡Bang!

—¡Hijo de—! —salté al oír el portazo, finalmente reaccionando. Miré a izquierda y derecha buscando al intruso. Ya no estaba. Pat seguía sentado ahí, perfectamente tranquilo.

—Cuida tu lenguaje —dijo Patlom, levantando la vista de sus documentos. Yo estaba jadeando como un pez fuera del agua, con la mandíbula casi desencajada buscando oxígeno.

—Uf, casi tengo un accidente en los pantalones —dije cuando por fin recuperé el aliento, caminando hacia su escritorio.

—¿Ah, ¿sí? —no dijo nada más, solo soltó una risa baja.

—¡Pero estoy molesto! —mi agotamiento se transformó en un puchero.

—¿Molesto por qué?

—¡Seguiste tocándome! ¡Cuando te señalé que la mirada de tu padre me estaba matando, cambiaste a mi mejilla! —bufé, inflando el labio.

—Bueno, estabas haciendo una expresión tan adorable. Pensé que te daba vergüenza que te acariciara el cabello, así que pasé a la mejilla —se encogió de hombros. De verdad creía en su interpretación.

¿Vergüenza? ¡Estaba haciendo una cara de “ayuda, me estoy muriendo”! Parecía que me estaba dando un infarto, ¿y él vio “tímido”? ¡Por favor!

—Entonces... ¿qué pasará mañana? ¿Seguirás siendo el presidente? —decidí que era más fácil cambiar de tema que lograr que este hombre de piel gruesa admitiera que se había equivocado. Mantendría su incapacidad para leer expresiones como un secreto. No quería que nadie se burlara del gran Patlom por ser emocionalmente analfabeto.

—¿Te preocupa que no lo sea? —Patlom dejó sus documentos y me miró con una ternura tan palpable que casi se podía tocar.

¿Ternura? ¿Patlom? ¿Conmigo? Preferiría creer que estaba planeando una nueva forma de burlarse de mí.

Bajo esa mirada cálida, me di cuenta de que estaba inclinado sobre el presidente. Me apresuré a sentarme en el sofá del centro de la oficina y entonces respondí.

—Simplemente no quiero que tu padre sea mi jefe. Si él toma el control, voy a necesitar una ambulancia en marcación rápida desde el primer día.

Patlom no pudo evitar sonreír. Nunca fue muy estricto conmigo en cuanto a formalidades, así que no me regañó. Aun así, siempre lograba sorprenderlo.

—¿Preocupado por quedarte sin trabajo?

—No te preocupes, Fon —dijo Patlom, golpeando alegremente su bolígrafo contra el escritorio—. Quiero que mañana llegue rápido. He preparado un “regalo” muy especial para mi padre, y no puedo esperar a ver su reacción.

Aquella sonrisa cálida de antes se había transformado en algo depredador. Daba miedo.

Hablar de *déjà vu*.

Al día siguiente

El día de la reunión del directorio había llegado. Todos los empleados estaban tensos, preguntándose quién lideraría la empresa: el padre o el hijo.

El personal antiguo sabía perfectamente lo mal que el expresidente había gestionado las cosas. En aquel entonces, lo soportaron por el bien de sus familias, sin atreverse a arriesgar su sustento.

Pero cuando la empresa comenzó a hundirse, el hijo intervino. Esperaban que fuera igual que su padre, pero se equivocaron. El señor Patlom era un líder excelente. Aunque era perfeccionista, nunca usaba groserías ni menospreciaba a su personal.

Había implementado beneficios que el antiguo jefe jamás habría considerado: subsidios de salud, bonos, licencias adicionales y viajes empresariales. Bajo su liderazgo, la empresa no solo sobrevivió, sino que prosperó. Baiyang se había convertido en una marca global galardonada, el sueño de muchos jóvenes recién graduados.

Sin excepción, los empleados rezaban para que el señor Patlom continuara en el poder.

Treinta minutos antes de la reunión, Patlom llamó a su secretaria a la oficina para una última revisión de documentos. Al terminar, se dirigieron a la sala de conferencias. Allí me encontraron preparando bebidas y bocadillos.

—¿Está todo listo, señorita Pingjai? —preguntó Patlom una última vez. Confiaba en ella, pero hoy no iba a correr riesgos.

Pingjai revisó sus archivos nuevamente.

—Todo está en orden, señor.

—Avise a los departamentos que estén en espera —dijo Patlom, sentándose en silencio en su silla.

No me habló mientras yo iba y venía de un lado a otro, probablemente temiendo que me sobresaltara y dejara caer algo.

Cuando terminé con los bocadillos, miré al presidente. Sabía que estaba ahí desde hacía diez minutos, pero había estado demasiado ocupado para hablar. Él tampoco dijo nada, así que solo lo observé por si necesitaba algo.

—¿Por qué eres tú quien está arreglando la sala? —preguntó Patlom por fin, viéndome secar el sudor de mi frente. A pesar de que el aire acondicionado estaba al máximo, había estado corriendo de un lado a otro.

—Quería escuchar la reunión, pero los otros departamentos dijeron que hoy no se permitían pasantes. Así que le pregunté al personal de limpieza si podía encargarme

de los bocadillos. De esa forma, tengo una excusa para entrar a reponer cosas — sonréi con timidez.

—Si querías escuchar, solo tenías que decírmelo. Te habría traído conmigo —dijo Patlom con total naturalidad. Sabía que yo solo estaba preocupado.

De hecho, había planeado invitarme, pero yo había desaparecido temprano para robarle el trabajo al personal de limpieza.

—Jeje.

—Ve a lavarte y cámbiate primero. Estás empapado. Te enfermarás con este aire acondicionado.

—No puedo. No traje ropa de repuesto.

—Ponte una mía.

—Están en mi oficina. Usa la que quieras.

—P-pero... —balbuceé. No podía creer que alguien tan protector con sus cosas como Pat me dejara usar su ropa.

—Si te demoras, te perderás el inicio —dijo Patlom, fingiendo mirar su reloj para presionarme.

—¡Ciento! ¡Voy ahora! —salí corriendo a ducharme y cambiarme, dejándolo atrás con una sonrisa.

Finalmente, la reunión comenzó. Los miembros del directorio tomaron sus asientos. El hermano Pat estaba en la cabecera de la larga mesa, y yo en una silla cercana. La señorita Pingjai se colocó en un pequeño podio al frente. El expresidente llegó último, ocupando el asiento vacío junto a Pat.

Parecía listo para morderle la cabeza a cualquiera que se cruzara en su camino. ¿Es un perro guardián o qué?, murmuré para mí mismo. Estuve a punto de responderle mal, pero la señorita Pingjai dio inicio a la reunión.

—Buenos días, miembros del directorio. Soy Pingjai, secretaria del actual presidente, el señor Patlom.

Presentó la agenda. A medida que avanzaba la reunión, me di cuenta de que más de la mitad del directorio se inclinaba a favor del padre de Pat. Me hervía la sangre. Hablaban del hermano Pat como si fuera un delincuente, lanzando insultos como si estuvieran en un mercado y no en una corporación multimillonaria.

Pero Pat se mantuvo calmado... hasta que uno de los “viejos fósiles” del directorio dijo algo que rompió su paciencia.

—Todos sabemos que, a pesar de sus logros, Patlom solo está aquí por la gracia de su padre. Sin él, sería un huérfano sin familia que lo respalde. Habría muerto en la calle. ¿Intentar robar el puesto de su padre? Es una vergüenza. Incluso en la muerte, no escapará del karma de un fantasma hambriento.

¿Estás bromeando? ¿Eso es una boca o una alcantarilla? Quería golpearlo con un cactus.

La señorita Pingjai intentó intervenir por el micrófono, pero los viejos la ignoraron. Miró a Pat, que parecía a punto de perder el control. Vi sus puños cerrarse, aunque su rostro seguía siendo una máscara de piedra.

Si yo, como extraño, estaba así de furioso... ¿cómo debía sentirse Pat?

Entonces, el padre habló, y sus palabras me helaron la sangre.

—Un niño privado de amor solo puede llegar hasta cierto punto. ¿Cómo puede liderar a alguien? Está embriagado de un poder que solo se le permitió pedir prestado. Ni siquiera pudo cuidar de su propia madre; ¿cómo va a cuidar de una empresa? Un hijo verdaderamente impío.

—...

Eso es mentira. Yo sabía que su madre murió en un accidente cuando él tenía quince años. ¡El padre era quien debía hacerse cargo de ellos! Estas personas estaban usando el trauma de Pat como una broma. Incluso los que estaban de su lado guardaron silencio, bebiendo té como si vieran un espectáculo.

¡Viejos fósiles patéticos!

—Ustedes... —no pude soportarlo más. Me levanté, listo para desatar una avalancha de insultos contra esos viejos irrespetuosos. Si ellos no iban a ser educados, ¿por qué yo sí?

Pero antes de que pudiera hablar, Patlom extendió la mano y apretó la mía, indicándome que me sentara. Estaba furioso, pero me contuvo. Me senté, hirviendo de rabia, pero seguí su ejemplo.

—Vaya, qué animados —dijo Patlom, poniéndose de pie con una sonrisa. Pero su voz era tan fría que silenció la sala al instante.

—¿Algo de lo que están diciendo tiene que ver realmente con la agenda? ¿O están tan viejos que sus neuronas ya murieron y no pueden concentrarse en una discusión sobre liderazgo?

—Si quieren hablar de karma y gracia, vayan a un templo. ¿O hace demasiado calor allí? ¿Necesitan el aire acondicionado de esta sala para chismear?

—Pero si hablamos de karma, déjenme participar. ¿Qué tal si hablamos de un padre que asesinó a una madre y luego fue atrapado?

Patlom miró directamente a su padre, quien palideció.

(*¿Pat lo sabe?*)

—El silencio me dice que están interesados. Señorita Pingjai, los datos, por favor.

Patlom volvió a sentarse, completamente relajado.

Había estado esperando este momento. No iba a dudar.

Las pantallas de la sala se encendieron, mostrando transferencias bancarias que el padre de Pat había realizado en la época de la muerte de su madre. Incluso había capturas de mensajes que detallaban un “trabajo” y una foto del hombre contratado. Los ojos del expresidente se abrieron de par en par al reconocer los detalles.

Pagaré 3 millones. Sigan el auto, placa XXX. Hagan que caiga por el acantilado. Entendido.

El objetivo cayó por el acantilado, señor.

Había reido al recibir esa noticia. Fue el momento más feliz de su vida. Había obtenido el poder, la empresa y una fortuna enorme.

Todo pertenecía a Pat, pero como era menor de edad, el padre tomó el control total como su tutor.

Para mantener el secreto, decidió matar al hombre que había contratado. Los muertos no hablan.

—¿Quién fue el hombre contratado? —preguntó alguien.

—Mi padre —dijo Pingjai por el micrófono.

El padre de Pat giró la cabeza bruscamente para mirarla. En ese momento vio el parecido.

—Mi padre era solo un camionero que intentaba alimentar a su familia. Cuando le ofrecieron tanto dinero, aceptó sin hacer preguntas. Tres días después, el expresidente volvió a contactarlo para otro “trabajo”, esta vez por más dinero.

—¿Pingjai, me estás traicionando? —balbuceó el expresidente, con la voz temblorosa de miedo.

—Cuide su lenguaje —interrumpió Patlom, asintiendo para que Pingjai continuara.

—Nunca habría sabido todo esto si el expresidente no hubiera amenazado a mi madre y a mi hermano para obligarme a sabotear al señor Patlom.

—...

La sala quedó sumida en un silencio mortal mientras la verdad salía a la luz.

—Siempre me pregunté por qué quería a alguien como yo —sin un título en negocios— como secretaria de su hijo. Lo descubrí cuando mi madre volvió a encontrarse con él.

—La verdad es que, después de que el presidente llamara a mi padre para ese “segundo trabajo”, su intención era matarlo para silenciarlo.

Me llevé una mano a la boca, ahogando un jadeo.

Ya no sabía qué parte me impactaba más.

Pingjai hizo una pausa de diez segundos antes de presionar el control remoto. En la pantalla aparecieron los cadáveres de tres tiburones flotando en el océano, en una provincia del sur.

—¿Recuerda a estos tiburones, expresidente?

—Si no los recuerda, se lo diré yo. Estos son los tiburones que devoraron a mi padre después de que usted ordenara arrojarlo al mar.

Hizo clic en la siguiente diapositiva: números de serie y etiquetas de rastreo encontradas en los tiburones, junto con registros veterinarios.

—Estos tiburones pertenecían al Acuario XXX. Estos son sus archivos médicos. Como pueden ver, los números de serie coinciden.

Los miembros del directorio asintieron lentamente.

—Si se preguntan qué tiene que ver el expresidente con los tiburones... no tiene nada. Pero sí tiene todo que ver con el acuario.

En la pantalla apareció un contrato de incautación del acuario, firmado por el expresidente. Lo había obtenido mediante fraude. También había una orden firmada para “liberar” a esos tiburones en la naturaleza... excepto que los liberó específicamente para matar a su padre.

Entonces fue mi turno. A la señal de Pingjai, repartí las carpetas que contenían las pruebas de fraude. Debo admitir que me sentí increíblemente orgulloso caminando por esa sala, mirando desde arriba a esos “viejos fósiles”.

—Volvamos a la muerte de mi padre —continuó Pingjai—. El informe policial dice que cayó de un bote mientras pescaba. Los aldeanos que iban en el bote dijeron a la policía que los tiburones eran comunes en esa zona. Pero esos aldeanos desaparecieron. Nadie supo adónde fueron. Hasta ahora. Por favor, pasen a la siguiente página.

¿Qué clase de locura es esta?, pensé.

—Las pruebas muestran que esos “aldeanos” eran en realidad trabajadores bajo el mando de la madre del expresidente. Los registros de contratación están firmados por ella. Aunque ya falleció, los documentos estaban en un sitio público. Alguien intentó borrarlos, pero el señor Patlom recuperó todo.

El padre de Pat estaba morado de furia. Nunca esperó que investigaran tan a fondo.

—Y hay algo más —añadió Pingjai—. El hijo de uno de esos hombres ha dado un paso al frente para confesar que su padre fue pagado por el expresidente para suicidarse y así cerrar el rastro. Reproduciré ahora la grabación de la llamada.

La sala quedó paralizada. Las pruebas eran irrefutables.

—Ahora que saben toda la verdad, pregúntense si quieren a un hombre, así como su presidente —dijo Pingjai—. No piensen solo en el poder. Piensen en sus hijos y nietos. Piensen en lo “orgullosos” que se sentirán al saber que ustedes eligieron el poder por encima de la justicia.

Se sentó detrás de Patlom.

¡Dios mío! ¡Pingjai es una leyenda! Definitivamente es la secretaria perfecta para el hermano Pat.

—Bien, haré un resumen —dijo Patlom—. El expresidente que todos ustedes admiran asesinó a mi madre por dinero y poder. Puede que crean que no les afecta porque no mató a sus familias. Pero recuerden esto: un hombre así matará a cualquiera que se interponga en su camino.

—¡Todo esto es una tontería! ¡Lo fabricaron para arruinarame! —gritó el expresidente, señalando a Pingjai—. ¡Tú! ¡Te envié allí para espionar, para robar información, para arruinar la reputación de la empresa! ¡No para aliarte con él!

Luego le escupió las palabras:

—¿Y tú te atreves a traicionarme? ¡Malagradecida!

—¿Eso es todo lo que sabe decir? —replicó Pingjai—. Yo nunca lo traicioné. Nunca quise trabajar con usted. Amenazó a mi familia. Si el señor Pat no me hubiera ayudado, probablemente ya los habría matado.

—¿Cuánto creen que durará esta empresa sin mí? ¡Sin mí, todos ustedes no son más que perros callejeros! —el viejo estaba perdiendo completamente la cordura.

—¿Y qué hay de su plan para convertir esto en una empresa exportadora médica como fachada para traficar opio? —preguntó Patlom con calma—. ¿Creyó que no descubriría sus “negros” planes de negocio desde cuando estaba al mando?

—...

—¿Y su plan para destruir todo lo que construí? Lamento decepcionarlo, pero no funcionó.

Patlom le dedicó a su padre una sonrisa burlona llena de desafío. El hombre mayor parecía a punto de explotar.

—Déjeme decirle algo, padre. La señorita Pingjai nunca tuvo intención de robar información. Solo estaba actuando para que usted lo creyera.

En realidad, el “trabajo de la empresa” que supuestamente vendía para arruinar la reputación había sido autorizado por Patlom, específicamente a empresas que su padre había estafado antes, con el fin de reunir más testigos.

—Muy bien. Ahora que conocen su verdadera naturaleza... ¿qué sigue? ¿La cárcel?

Al escuchar la palabra “cárcel”, el padre finalmente estalló.

—¿Y qué si lo hice? ¡Fue hace años! ¡No hay pruebas!

La confesión se le escapó.

Al instante, una docena de hombres uniformados irrumpieron en la sala a la señal de Pingjai. El expresidente se encogió en un rincón, aterrorizado. La máscara había caído.

—¿Sorprendido? —dijo Patlom—. Sabía que hoy intentarías recuperar tu asiento. Así que me preparé. El poder que usaste para aplastar a otros... hoy lo uso yo para aplastarte a ti. ¿Orgulloso? Y no te preocupes. Ya les entregué todas las pruebas. Ninguna influencia podrá salvarte ahora.

—¿Solo policías de bajo rango? ¡Los despediré a todos!

—¿Crees que el presidente de Baiyang —un hombre conocido a nivel nacional que acaba de firmar contratos internacionales— solo conoce a “policías de bajo rango”?

—He pedido al secretario general de Interpol que se encargue de ti. Si solo hubieras sido una molestia local, quizás tus “amigos” en la policía podrían haberte ayudado. Pero falsificaste documentos médicos y usaste exportaciones para traficar opio. Eso es lo que te pudrirá en prisión.

—¡Pat, tú...!

No pudo terminar la frase. Fue esposado y arrastrado fuera de la sala.

El lugar quedó sumido en un pesado silencio, roto solo por un suspiro colectivo de alivio. Nadie esperaba que la reunión terminara convirtiéndose en una escena del crimen.

—Bien, se acabó. ¿Alguien sigue queriendo que mi padre sea el presidente?

La sala, antes llena de insultos, quedó completamente en silencio.

—¿Y la votación? ¿Es necesario votar? —preguntó Patlom al “viejo fósil” que lo había llamado hijo impío.

—No es necesario, señor.

—Entonces, en esta reunión, el señor Patlom continuará como presidente de Baiyang Company. Gracias por su tiempo —concluyó la señorita Pingjai con impecable profesionalismo.

Cuando todos se levantaron para irse, la voz de Patlom los detuvo en seco.

—Esperen. Después de salir de esta sala, no se molesten en volver a sus escritorios. Vayan a Recursos Humanos y presenten sus renuncias. Luego recojan sus cosas. Creo que no necesito mencionar nombres.

Su voz era aterradoramente calmada, en marcado contraste con su sonrisa cortés.

Los miembros del directorio palidecieron. Sabían perfectamente lo que habían hecho.

Nadie discutió. Después de ver a Patlom destruir a su propio padre, no se atrevieron a resistirse.

Al final del día, de los nueve miembros del directorio presentes (sin contar a ellos tres ni al padre), seis habían renunciado.

Al día siguiente, se emitió una prohibición permanente: ninguno de esos individuos volvería a pisar jamás las instalaciones de Baiyang Company.

CAPÍTULO 15: EL FIN DE LA PASANTÍA

Después del día en que arrestaron al padre del hermano Pat, pensé que por fin todo habría terminado. Pero, para mi sorpresa, apenas tres días después se difundió la noticia de que el viejo hambriento de poder había terminado en estado vegetativo.

Mientras era trasladado por la policía internacional —justo cuando el furgón penitenciario cruzaba un puente rumbo a un aeropuerto privado para llevar al expresidente a un tribunal internacional en el extranjero—, el padre de Patlom se resistió. Intentó saltar del vehículo y, tras forcejear, lo logró. Desesperado por escapar de sus crímenes, se lanzó desde el puente al río en un intento de suicidio.

No pudo nadar hasta un lugar seguro porque la corriente era demasiado fuerte. Al final, sobrevivió solo porque la policía pidió refuerzos y lo sacaron del agua.

Cuando lo encontraron, apenas se aferraba a la vida. Sin embargo, un criminal debe enfrentar su condena, así que la policía trasladó de inmediato su cuerpo casi sin vida al hospital para recibir tratamiento.

El diagnóstico médico fue desalentador. Debido a la altura de la caída y a la fuerza del impacto, había sufrido un daño grave en la columna cervical. Además, había aspirado una gran cantidad de agua, lo que provocó una severa infección cerebral.

El equipo médico concluyó que, aunque había sobrevivido, nunca volvería a valerse por sí mismo. El daño nervioso lo dejó completamente paralizado, y las bacterias del agua del río devastaron su sistema nervioso central. Le quedaba menos de un mes de vida.

Y así, el otrora “Gran presidente” de la Compañía Baiyang se convirtió en un vegetal, esperando únicamente su último aliento.

Tras sobrevivir a esa caótica cadena de acontecimientos, descubrí que había adquirido dos nuevas habilidades: “Chisme Avanzado”, aprendido del conserje, y “Diplomacia de Lengua Afilada”, aprendida de la señorita Pingjai. Incluso llegué a considerar vivir la vida al máximo —del tipo “no me importa si me golpean”—, ya que de todos modos tenía los beneficios del seguro médico gratuito de la empresa.

Pero esa idea se vino abajo cuando el hermano Pat me leyó como un libro abierto. Me arrastró de vuelta al estudio para un entrenamiento fotográfico intensivo. Podría decirse que esta fue la parte más dura de toda mi pasantía.

Aprendí de todo: desde los detalles más pequeños hasta la visión general, al punto de sentir que podría abrir una empresa rival para competir con Baiyang. Aunque, pensándolo mejor, ser empleado aquí es mucho más cómodo. Cero dolores de cabeza administrativos. Después de ver las reuniones de Pat, me di cuenta de que soy pésimo para la gestión. No lo haría ni, aunque un equipo de elefantes intentara arrastrarme a ello.

Aunque... si el hermano Pat fuera quien tirara de mí... eso podría ser otra historia.

Y hablando de eso, el hermano Pat me ofreció el puesto de su secretario personal. Me quedé confundido, ya que él ya tenía a la legendaria señorita Pingjai. ¿Su explicación?

—La señorita Pingjai es la secretaria corporativa que coordina el trabajo de la empresa. Pero tú, Fon, eres mi secretario personal, el que se queda a mi lado todo el tiempo. Comer, dormir, salir... las 24 horas del día. Y cuando te abrace o te bese, no tienes permitido quejarte. Si quieres devolvérmelo, también está bien. Me gustaría.

En serio... ¿qué clase de descripción de trabajo es esa?

—En cuanto al salario, ni siquiera pregantes. Solo toma mi billetera y mis tarjetas de crédito y úsalas como quieras. Mi dinero es tu dinero.

Bueno, dicho así... el dinero hace que las cosas sean mucho más fáciles de discutir.

No es que sea codicioso, de verdad, pero en estos tiempos tener dinero es tener media batalla ganada. Ya no habría que preocuparse por qué comer mañana, ¿no?

Y si preguntas qué somos ahora el uno para el otro, te daría la misma respuesta de siempre:

—El jefe y el pasante.

Aunque sé que mi corazón no cree eso ni por un segundo. No quiero “poseer” al hermano Pat. Amarlo en silencio me parece suficiente felicidad. En el fondo sé que alguien como él no es realmente “compatible” con alguien como yo.

Quiero decir, míranos. Un presidente de talla mundial y un pasante que apenas puede cuidarse solo. ¿Dónde está la compatibilidad en eso?

A pesar de mis avances, durante los cinco meses que he estado aquí (no cuenten los primeros tres, no hice nada entonces), mi rutina no ha cambiado mucho. Soy el que carga la cámara, organiza el set, toma las fotos y, ocasionalmente, sirve de modelo para que otro dispare. Y ese “otro” no es nadie más que el hermano Pat. Hacemos sesiones estándar, sets temáticos, colecciones... incluso desnudos.

Le dije que los otros seniors podían enseñarme, pero se negó, insistiendo en que tenía que hacerlo él mismo. No discutí. Ha valido la pena; he ganado muchísima experiencia. Pero me ha costado... físicamente.

Cada vez que me enseña, encuentra una excusa para besarme la mejilla, el cabello o las manos. He estado a punto de golpearlo varias veces. A veces me pregunto si no será adicto al contacto físico.

Hoy no fue diferente. El hermano Pat me tenía practicando como de costumbre. Había modelos hombres y mujeres con los que debía trabajar, lo que me obligaba a pensar cómo hacer que cada uno destacara. Estaba concentrado, trabajando con mis propias manos, tan concentrado que no me di cuenta de que alguien se acercaba por detrás.

Si esa persona hubiera sido una serpiente, ya estaría muerto.

¡Mua!

—¡Ah! —salté, haciendo que la foto que acababa de tomar se volviera un desastre borroso e irreconocible. Como fotógrafo, eso fue desesperante. Maldije por dentro a quien se atreviera a robarme un beso en la mejilla y arruinar mi trabajo.

—No frunzas el ceño así, Fon —susurró el dueño de la boca que acababa de besarme. Su aliento junto a mi oreja me recorrió la espalda con escalofríos.

Por favor... no me digas...

Me giré sobresaltado. El dueño de esos labios que habían arruinado mi concentración era, en efecto, el hermano Pat, el ilustre presidente de Baiyang.

¡Otra vez! ¡Lo está haciendo otra vez!

—¿Qué estás haciendo? ¡Arruinaste mi toma! —me giré y le hice un puchero al hombre de piel gruesa, que aún no había apartado su rostro de mi oreja.

—Si un simple beso hace que pierdas la concentración así, ¿cómo piensas aprobar tu pasantía?

—¡Besar mejillas no estaba en el acuerdo de la pasantía, hermano! ¡Y ni siquiera he saldado cuentas por lo de agarrarme la mano, besarme la cabeza y pellizcarme la mejilla de antes! Además, ¡hay gente aquí! ¿Cómo puedes hacer esto? ¡Me da tanta vergüenza!

—Mira bien, Fon. Ya todos se han ido a casa.

Aparté la mirada de él y miré alrededor. Oh. Tenía razón.

¿A dónde se había ido todo el mundo? Apenas pasaban las cuatro de la tarde. Ni siquiera era hora de salir aún.

—Les dije que se fueran. Tenía miedo de que te estuvieran incomodando.

¿Ves? ¡Ahí va otra vez, abusando de su poder para sus propios fines!

—¡Pero no puedes seguir besándome la mejilla! ¡Ni tomándome la mano! ¡Todo eso! ¡Ten un poco de respeto, hermano! ¡No deberías hacerle esto a un pasante!

Le grité con la voz más dura que pude reunir. Pero el hombre frente a mí ni siquiera se inmutó. Solo esbozó una sonrisa burlona. De verdad tuve ganas de darle un puñetazo en la mandíbula.

¡Maldita sea! Pensar en esto me altera cada vez más. Desde aquella reunión del Consejo, el hermano Pat dio un giro completo de 180 grados. Cualquier excusa es buena para tocarme o abrazarme. Y lo hace constantemente mientras intento practicar fotografía. Aunque a él no le importen los modelos, ¡al menos debería pensar en los demás empleados! Él no siente vergüenza, pero yo sí.

¿Qué demonios le pasa? ¡Alguien, por favor, que le haga un estudio de comportamiento a este hombre!

—Entonces... ¿debería hacerme responsable?

—¿Cómo? —di un paso atrás antes de girarme para mirarlo de frente.

—Siendo tu novio.

—...

Uno...

Dos...

Tres...

¡¡¡Aaaaaah!!! ¡Cielos, Buda, ¡salva a Pafon! ¡Alguien se tragó al verdadero hermano Pat! ¡Escúpanlo! ¡Escúpanlo ahora mismo!

Perspectiva de Patlom

Después de decir esas palabras, Pafon se convirtió en una estatua congelada. Ni siquiera respiraba, lo cual empezó a preocuparme. Temí que se desmayara por falta de oxígeno.

Me acerqué al adorable chico y con cuidado aparté un mechón de cabello detrás de su oreja.

—Respira, Fon —dije con calma.

¡Gasp!

—Respira hondo.

—¡E-estoy respirando! ¡Estoy respirando! —respondió Fon, con el rostro teñido de un rojo intenso. No supe si era por la falta de aire o por la pura vergüenza.

—Entonces, ¿cuál es tu respuesta? —pregunté de nuevo. Mi mano seguía acariciando su cabello. Nunca me cansaría de hacerlo.

Si me preguntan cuándo empecé a gustar de él... probablemente fue en el momento en que me agarró del cuello de la camisa y me besó en aquel bar.

Admito que en ese entonces no lo “amaba”. Solo sentí curiosidad, porque nadie se había atrevido jamás a tratar así a un presidente. Pero lo que fue aún más sorprendente fue que yo lo permitiera sin resistirme. Normalmente soy muy cauteloso; no dejo que los extraños se me acerquen.

Pensé que nunca volvería a verlo. No lo investigué ni hice nada al respecto. Simplemente lo dejé pasar.

Pero el destino lo trajo de vuelta a mí el día que apareció para su entrevista de pasantía.

La curiosidad seguía ahí. Y cuanto más cerca estábamos, más crecía. Ese interés empezó a transformarse en una ternura protectora... y en un deseo de molestarlo. Quería ver ese rostro pálido ponerse rojo como un tomate, ya fuera por timidez o porque me estuviera maldiciendo en voz baja.

Sentí aún más afecto cuando descubrí que le gustaba mi pecho. Suena a una razón tonta, pero hizo que me gustara todavía más. Me hacía sentir como si flotara en las nubes.

Además, cuando Fon se esconde contra mi pecho, siento que puedo protegerlo. Quiero protegerlo de todo. Quiero cuidarlo. Quiero hacerlo feliz.

Y después de lo ocurrido en la sala del Consejo, Fon me demostró lo capaz y fuerte que realmente es. Se preocupó por mí incluso antes de pensar en sí mismo.

Eso es lo que lo diferencia de cualquier otra persona que haya conocido.

Estaba tan enfadado que tenía el rostro enrojecido, todo porque esos “viejos fósiles” se burlaron del dolor por la muerte de mi madre. Estaba listo para lanzar golpes por mí, sin pensar siquiera en lo que podría pasarle.

Eso me hizo darme cuenta de algo: debía proteger a esta persona. Tal como él intentó protegerme a mí. Todos esos sentimientos se acumularon en una sola cosa a la que llamo “amor”.

—P-pero... sigo siendo un pasante. ¿Y si la gente habla mal de ti? Tú eres el presidente —la voz de Fon me sacó de mis pensamientos. Murmuraba, mirando al suelo, negándose a levantar la vista.

¿Lo ves? ¿Ves lo adorable que es?

—Está bien, lo entiendo —dijo, poniendo una expresión triste.

—Lo siento, hermano —Fon seguía disculpándose, aunque parecía a punto de romper en llanto.

¿Tú también me amas, verdad, Fon? ¿Cómo alguien tan pequeño puede ser tan adorable?

—En ese caso, firmaré ahora mismo tu finalización de la pasantía.

—... —Fon levantó la cabeza de golpe y me miró con absoluta confusión.

—Entiendo que te preocupe mi reputación. Pero si tengo que esperar a que termine tu contrato, será demasiado tiempo. Aún faltan dos semanas. No puedo esperar tanto.

Espera... ¿qué está pasando? ¿Estoy soñando? ¡Pafon, despierta!

—Quiero ser tu novio ahora mismo.

Estoy muerto. Yo, Pafon, he fallecido oficialmente de un infarto.

CAPÍTULO 16: ACTUALIZACIÓN DE ESTADO

Esta sensación... es mejor que ganar la lotería, mejor que caminar por la calle y encontrar montones de lingotes de oro apilados frente a mí.

—Estoy soñando? —Al hermano Pat realmente le gusto? —Eso es siquiera posible?

—Un presidente mundialmente famoso —una figura global— gusta de un universitario que apenas ha logrado aprobar sus exámenes más veces de las que puede contar?

—¿Fon no quiere ser mi novio? —la voz triste del hombre mayor me devolvió a la realidad.

¡Dios mío! —A quién le grito ahora mismo? —Se ve tan adorable! —Quiero gritarlo a los cuatro vientos!

—No es eso. Yo solo... estoy muy sorprendido —logré responder después de respirar hondo para calmar mi corazón desbocado.

Si no lo hacía, podría malinterpretarlo y pensar que lo estaba rechazando o, peor aún, empezar a molestarme otra vez como siempre hace.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer para obtener una respuesta?

—Espera un segundo... —quería decirlo, hermano! —Pero las palabras se quedaron atoradas en mi garganta! —Mi voz simplemente no salía! —Por todos los cielos, Pafon, no pierdas la voz justo ahora! —Quieres un novio o no? —Quieres que el hombre que te gusta sea tuyo? Has llegado hasta aquí... isé valiente!

Tomé una larga bocanada de aire. No por aburrimiento, sino para darme valor.

Como mi voz me falló, tuve que usar otro método.

¡Mwah!

Aproveché el momento en que me miraba con sospecha, preguntándose por qué estaba de puntillas. Rodeé su cuello con mis brazos, lo atraje hacia mí y le robé un beso rápido. Pensé que no tendría tiempo de reaccionar.

Me equivoqué.

—Como si un hombre como el hermano Pat no fuera a reaccionar! Solo estuve “sorprendido” unos cinco segundos. Justo cuando iba a separarme, su gran mano agarró la parte posterior de mi cuello y me atrajo de vuelta a un beso profundo, ardiente, que me robó el alma.

Este beso no se parecía en nada a los anteriores. Para decirlo sin rodeos: era dulce. Incluso más dulce que el último.

Me perdí en el beso que me daba, incapaz de separarme. Todo mi cuerpo se ablandó, mis fuerzas se evaporaron, y tuve que aferrarme a su cuello solo para mantenerme en pie.

Al darse cuenta de que era la razón por la que ya no podía sostenerme por mí mismo, usó sus poderosos brazos para levantarme, sin que sus labios se separaran ni un segundo de los míos.

—Mmm... ah —solo pude gemir contra su boca. Ni siquiera sabía si los sonidos que hacía eran porque sus labios devoraban los míos con hambre o porque sus manos ardientes estaban amasando descaradamente mis glúteos.

Empecé a quedarme sin aire y golpeé su hombro para indicarle que necesitaba respirar. No funcionó. Pat siguió devorando mis labios, su lengua gruesa enredándose con la mía, negándose a dejarme escapar. Los sonidos húmedos de nuestro beso resonaban en mis oídos, dejándome incapaz de pensar.

De verdad quería seguir besándolo, pero mi cuerpo había llegado al límite. Sentía que iba a morir. Le mordí el labio para hacerlo reaccionar hasta que saboreé el metal de la sangre. Solo entonces se apartó, dejando un hilo plateado de saliva conectando nuestras lenguas.

Increíblemente sexy.

—¿Intentas desmayarte otra vez en mi boca? —preguntó Pat, lamiendo la sangre de su labio donde lo había mordido. Me cargó fuera del estudio y caminó a grandes zancadas hacia el ascensor, directo a su oficina privada.

—Y-yo... no me dejabas ir. ¿Te duele? —verlo lamerse el labio me hizo sentir culpable. Mi mano se movió instintivamente para acariciar la herida que le había causado, como para reconfortarlo. Ni siquiera me había dado cuenta de que ya no estábamos en el estudio, sino en la oficina del presidente.

—Me gusta. Es sexy —dijo. Luego, su lengua caliente lamió lentamente la punta de mi dedo, como si estuviera saboreando su postre favorito. Me miró con ojos llenos de deseo crudo, listo para devorarme por completo. Sentí que mi rostro ardía.

—Lo sabe? No es solo él quien me encuentra sexy... en mis ojos, ahora mismo, él es absolutamente irresistible.

—Ungh... —solo el movimiento de su lengua sobre la yema de mi dedo envió una descarga eléctrica por todo mi cuerpo. Instintivamente moví mis caderas contra él para aliviar la tensión repentina.

—¿Solo mi lengua es suficiente para que Fon se frote contra mí? —Patlom apartó su boca de mi dedo y se sentó en el sofá sin soltarme. Ahora estaba montado sobre el regazo del presidente de Baiyang Company.

Seguí moviendo mis caderas contra sus muslos firmes, incapaz de detenerme, aunque ya había dejado de lamer mi dedo

Se quitó la chaqueta del traje, dejando al descubierto el físico tonificado y poderoso de un hombre que cuida su cuerpo. Se colocó entre mis piernas y se inclinó sobre mí.

—¿Estás intentando matarme?—. Apenas llevaba un día siendo mi novio y ya estaba así. ¿Cómo se suponía que iba a sobrevivir?

Sacó un condón del bolsillo, lo abrió y se lo colocó.

—¡El que intenta matarme eres tú! —repliqué. ¿Acaso intentaba asesinarme con esos músculos del pecho? ¡Maldita sea! Solo mirarlos me mareaba.

—Heh—rió con cariño. Casi había olvidado cuánto me gustaba su pecho. Tomó mi mano y la colocó sobre su pectoral.

Me dio vergüenza, pero me encantó. Demasiadas emociones se arremolinaban dentro de mí.

Mientras estaba distraído masajeando su pecho, aprovechó la oportunidad para empujar dentro de mí.

—¡Ah! —grité por el dolor inicial del estiramiento. Se quedó quieto, dándome tiempo para adaptarme. Sus manos calientes me reconfortaban, acariciando mi cuerpo con pura ternura.

—¿Ya... ya está todo dentro? —pregunté cuando me acomodé un poco.

—Solo hasta la mitad—respondió con total seriedad.

—...

¡Este hombre es un monstruo! ¡Un hombre terrible, terrible! ¿Por qué es tan grande? ¿Para dañar a la gente? ¡Por Dios! ¿Alguien ha muerto alguna vez por recibir un golpe en el estómago desde dentro? Si no, creo que yo seré el primero.

—Lo siento, soy medio europeo. Está un poco por encima del estándar—bromeó.

—Un poco? ¿Se está jactando ahora mismo?

—¿Puedes dejar de ser tan cruel? —dije frustrado. Está bien, es mestizo. Yo soy 100 % tailandés... ¿cómo se supone que compita con eso?

—No estoy siendo cruel. Estoy haciendo un buen trabajo. Si no me crees, te lo demostraré ahora mismo.

Al ver que ya no sentía dolor, comenzó a mover lentamente las caderas, deslizándose más profundo.

Cuando finalmente llegó hasta el fondo, solté un bufido de molestia. Intenté empujar su pecho para evitar que entrara más. Fue inútil.

Simplemente tomó mis manos y las presionó contra su pecho.

—¡Ah! Hermano, es demasiado profundo.

—¿Qué tan profundo, Fon? Dímelo, no lo sé—susurró, iniciando un ritmo lento y constante antes de acelerar hasta que frunció el ceño por la intensidad del placer.

—Te dije... deja de burlarte—jadeé, mientras mis manos recorrían los músculos de su torso.

—No me estoy burlando. De verdad no lo sabía.

Apretó mi cintura y me atrajo más hacia él, y arqueé la espalda para encontrarme con sus embestidas mientras el ritmo se volvía cada vez más rápido.

¡Bien! ¿Te gusta burlarte de mí, hermano Pat? ¡Estás muerto!

Voy a vengarme, pensé. Por más abrumado que estuviera mi cuerpo, no podía dejar de maldecirlo en mi mente.

—¡Está justo aquí, hermano Pat! ¡Está tan apretado dentro! ¡Mmm... ah!

Tomé una de sus manos de mi cintura y la llevé a mi abdomen bajo, donde me movía contra él.

Podía sentir su propia longitud abultándose contra mi piel desde dentro.

¿Sabía lo seductor que estaba siendo?

—Ah, Fon... ¿cuánto más quieres que me enamore de ti? —jadeó, mientras sus embestidas se volvían aún más poderosas.

—N-No ahí, hermano, para, voy a... ¡Ah!

Cuando golpeó mi punto G una y otra vez, no pude soportarlo más. Lo miré suplicante, pidiéndole con los ojos que se detuviera, pero mi rostro empapado en lágrimas solo actuó como un detonante. Me embistió con más fuerza que nunca.

Finalmente, no pude manejar tanta estimulación. Me corrí allí mismo contra él, mi cuerpo temblando como si me hubiera electrocutado. Aunque ya había alcanzado el clímax, Pat no se detuvo. Siguió moviéndose hasta que volví a sentir el calor acumulándose.

—Estás tan apretado a mi alrededor, ¿lo sabes? ¿Por qué eres tan bueno envolviéndome, cariño?

—A-Acabo de terminar... no hagas eso... mmm.

Supliqué porque estaba demasiado sensible, pero no se detenía.

—Haré que te corras otra vez. Hazlo conmigo esta vez, buen chico.

Se inclinó para besarme con ternura mientras sus caderas continuaban su trabajo implacable.

Estaba casi inconsciente por el placer, devolviéndole el beso torpemente. Enredé mis piernas alrededor de su cintura, mis manos amasando su pecho. De vez en cuando rozaba sus pezones, haciéndolo gemir junto a mi oído.

El sonido de sus gemidos fue el detonante final para mí.

—¡Ya... ya voy! ¡Hermano Pat! ¡Hermano!

Cuando el final se acercaba, repetí su nombre una y otra vez. Mi voz ronca lo llevó al límite.

—Mmm... ven conmigo, Fon—gimió, embistiéndome con fuerza tres o cuatro veces más antes de liberarse finalmente dentro del condón. Sentí su calor a través de la barrera.

Al mismo tiempo, me corrí otra vez, el líquido blanco salpicando su abdomen.

Cuando ambos quedamos exhaustos, Pat se incorporó lentamente. Se quitó el condón, lo ató y lo arrojó sin importarle en absoluto dónde caía.

—Hah... ¿estás... falto de algo o qué? En serio—pregunté con desconfianza cuando salió de mí.

¡Maldita sea! Me duele la cintura. Me tiemblan las piernas. ¿Cómo se supone que me levante? ¡Si me caigo, moriré de vergüenza!

Mientras me hundía en mis pensamientos, de repente me levantó en brazos como a una novia.

—¡Espera! ¿A dónde me llevas?

Grité sorprendido. Nunca me habían cargado así. Y mucho menos un novio de... ¿qué? ¿Diez minutos?

—A limpiarte. Aunque haya usado condón.

—T-Tú... no vas a hacer nada más, ¿verdad? —pregunté. De verdad no confiaba en este presidente.

—No, no lo haré.

—¿Lo prometes?

—Confía en mí, cariño. Nunca le haría nada a mi propia esposa.

Me sonrió con brillo y me llevó al baño.

—Por cierto, estabas tan apretado. Abre la boca para un beso. Buen chico.

¡Lo sabía! ¡Me mintió! ¡Maldita sea! ¡Voy a demandarlo! ¡Lo voy a demandar! ¡Ah!

CAPÍTULO 17: ¡ESE PRESIDENTE ES MI NOVIO!

Por fin llegó el día que tanto había esperado: ¡el día de mi graduación!

Debo haber acumulado muchísimo karma o haber liberado suficientes peces cautivos en el templo para finalmente lograr terminar la universidad. Aunque fue increíblemente difícil, ¡de verdad lo conseguí! Mis notas quedaron apenas por encima del límite para no desaprobar, pero, sinceramente, esa es la mayor victoria de mi vida.

Hay algunas personas a las que debo agradecer. Primero, a los gemelos BlueDa: esos dos genios me ayudaron tanto que prácticamente me salvaron de las garras de esos profesores estrictos, cuyos exámenes eran diez veces más difíciles que cualquier cosa que enseñaran en clase. Sin ellos, probablemente ahora sería un completo perdedor, mirando una fila de F y repitiendo cursos con los cachimbos.

Y hay una persona más a la que debo agradecer: el presidente de la empresa Baiyang, quien me guió hasta terminar mis prácticas y, de alguna manera, consiguió para mí una brillante calificación “A”.

Si te estás preguntando si sigo trabajando en Baiyang ahora que ya me gradué, la respuesta es un rotundo sí. ¡Por supuesto! Es el primer y único lugar donde alguna vez he querido estar.

Buen salario, beneficios increíbles, comida deliciosa en la cafetería, aire acondicionado helado todos los días, bonos de fin de año y viajes de empresa... ¿qué más podría querer un hombre?

Antes, esas eran mis principales razones. Pero hoy tengo una razón más para amar trabajar aquí: ¡mi novio es el presidente!

—¡Oye, Fon! No te quedes ahí parado como una estatua. Hemos estado esperando tanto para tomarnos fotos que ya estamos empezando a echar raíces. ¡Me estoy derritiendo aquí! —se quejó Da.

Su llanto hizo que quisiera ponerme una canasta en la cabeza y salir corriendo lo más lejos posible.

—Si tienes tanta prisa, ve y tómate las tuyas primero. No seas tonto—le respondí, aunque aun así entré en el encuadre de la cámara.

—¡Ohhh, mira esa boca! ¿Quieres que te haga una cirugía en el estómago y te saque ese perro que llevas dentro? ¿Te atreves a llamarle tonto? ¿Qué “genio” fue el que tuvo que rogarle por tutorías otra vez?

Ahí va otra vez, sacando favores del pasado.

—Lo siento mucho, maestro Da—me incliné profundamente, imitando las exageradas escenas de amo y sirviente de las telenovelas.

—Sí, muy bien. Si hubieras sido más lento, habría ordenado a mis guardias que sacaran el látigo—dijo Da, cruzándose de brazos y sacando pecho como si fuera un noble de alto rango del siglo XV.

—Da, ¿puedes quedarte callado un segundo? Me estás avergonzando—intervino de repente Blue, frotándose las sienes con frustración.

—Está bien, Blue—murmuró Da, volviendo de inmediato a su lugar para la foto.

Hmph. Valiente con todo el mundo, pero un completo cobarde frente a su hermano. El mismo Da de siempre.

—¡Muy bien, todos miren aquí! ¡Sonrían! ¡Uno, dos, tres!

¡Click! ¡Click!

—¡Déjame ver, déjame ver! —Da corrió hacia el fotógrafo apenas se escuchó el obturador—. ¡Huhu! ¿Por qué me veo tan gordo en esta?!

—Entonces tómala tú mismo—respondió el fotógrafo con fastidio.

—¿Tal vez porque estás gordo? —nos burlamos Blue y yo al unísono.

—¿Por qué todos me molestan? ¿Qué le hizo el pobre Da a ustedes? —fingió sollozar y se escondió detrás de Blue.

—No te burles de él, hermano. Ya ganó un Óscar por esta actuación—dije, caminando hacia el fotógrafo.

Ese fotógrafo era, por supuesto, el hermano Pat... mi novio.

—¿Qué tal si mejor me burlo de Fon? —susurró Patlom, inclinándose hasta que nuestras narices casi se tocaron.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Me están mordiendo las hormigas! ¡Tengan piedad de los solteros! ¡Esta dulzura me va a matar! —Da, todavía escondido detrás de su hermano, no pudo evitar meter su cuchara con sus burlas habituales.

Blue solo suspiró y se hizo a un lado. Sabía que era mejor no quedar atrapado en medio. El hermano Pat tenía en ese momento una expresión asesina mientras miraba al bocón.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó Pat con una voz helada.

—¡Nada! ¡Dije que espero que se amen para siempre! —chilló Da con voz aguda, escondiéndose detrás de Blue y de mí.

—¡Sálvame, cuñadito! No querrás que tu esposo sea arrestado por amenazar a sus propios parientes, ¿verdad? —susurró Da en mi oído. Me aparté de inmediato.

—¡Me dieron escalofríos! ¡Asqueroso! ¡Aléjate de mí! —lo reprendí, avanzando para escapar de su “boca sucia”.

—Da, cállate. O el hermano Patlom de verdad te va a golpear—dijo Blue con total calma.

—¡Sí, señor! Desde este momento, Da guarda silencio por orden de mi amado hermano Blue.

Ahí va otra vez: cruel con el mundo, pero un cachorrito para su hermano. Increíble.

Un momento después, una multitud de estudiantes de ciclos menores —chicos y chicas— rodeó a los gemelos, pidiéndoles fotos como si fueran celebridades. Pat y yo observamos desde lejos, sintiéndonos un poco fuera de lugar. Me ofrecí a llevarlo a la cafetería cercana de la facultad para disfrutar del aire acondicionado y escapar del calor.

Por suerte, la mayoría de la gente estaba afuera tomando fotos, así que la cafetería estaba relativamente tranquila.

—¿Quieres algo de tomar? Iré a comprarlo—pregunté cuando encontramos una mesa.

—Quiero agua de Fon.

—¿Ah? —me quedé ahí parado, parpadeando como un búho confundido. ¿Qué demonios es “agua de Fon”? Afuera hace un calor infernal, ¿de dónde se supone que saque agua de lluvia? ¿Y por qué querría beberla? ¡Seguro es tóxica! ¿Mi hombre está bien?

—Quiero el agua de Fon—aclaró el hermano Pat, señalando de manera muy obvia hacia mi regazo.

—...

¡Dios mío! ¡Quería gritar! ¿Cuándo se volvió así? ¿Dónde está el presidente frío y profesional que conocí al principio? ¡No puedo con esto! ¡Mi corazón está trabajando horas extra! ¡Me voy a morir!

—Pero si Fon no quiere que yo beba eso, Fon puede beber la mía primero—añadió, apoyando la barbilla en la mano y mirándome hacia arriba.

—¡H-Hermano Pat! ¡No seas tan pervertido en público! ¡Ya no te voy a comprar nada! ¡Quédate aquí y cuida la mesa! —lo regañé antes de irme pisando fuerte hacia el puesto de bebidas.

Al principio, me dolía la cabeza porque tenía demasiadas “caras” y estados de ánimo. Pensé que una vez que fuéramos oficiales se tranquilizaría. Sí, se tranquilizó... convirtiéndose en un conejo! Desde que empezamos a salir, dejó su personalidad camaleónica por la de un “conejo salido”. Un movimiento y ya me está arrastrando a la cama; una mirada y ya me está atacando en el auto. ¡Ten piedad de mi pobre espalda!

¿Alguien le dio a escondidas una poción secreta? ¿Cómo terminó su personalidad así?

—Una soda de fresa, por favor—suspiré para recuperar la compostura, haciendo el pedido al dueño del puesto, a quien conocía desde primer año.

Mientras esperaba, miré alrededor de la cafetería, empapándome de los recuerdos de los últimos cuatro años. En realidad, no venía mucho aquí; estaba demasiado lejos de mi facultad. Pero la comida era la mejor y el aire acondicionado era legendario. Aquí se sentía como en el Polo Norte. A los gemelos les encantaba venir a “cazar dulces

para los ojos". No creo que necesite explicar qué estaban buscando. Yo casi siempre era el acompañante reacio.

Bueno, no tengo muchos amigos. Si no fuera por esos dos, habría sido un completo solitario.

Perdido en mis pensamientos, tomé mi bebida y regresé a la mesa. Cuando llegué, me quedé en shock por lo que vi.

—Hermano, ¿de dónde salió todo esto?

Me senté y le entregué la soda de fresa. Sin levantar la vista de su iPad, se inclinó, rodeó la pajilla con los labios y dio un largo sorbo... mientras yo todavía sostenía el vaso.

—No sé quién las dio. No me importa—dijo sin emoción, con las manos aún ocupadas y la boca todavía en la pajilla.

En serio, ¿para qué son tus manos? Si dejara ese iPad por un segundo, ¿acaso saldría volando a la nube?

Lo maldije en mi mente y frunció los labios. Al ver mi expresión, Patlom por fin dejó el iPad. Estiró la mano y me apretó las mejillas hasta hacerme fruncir los labios. Tomó la bebida de mi mano y la dejó a un lado, probablemente por miedo a que la derramara de la vergüenza.

—Mmmph.

—¿Me estás regañando en tu cabeza otra vez?

¡Maldición! ¿Cómo es tan bueno en esto? Si va a ser tan psíquico, ¿no podría darme los números ganadores de la lotería la próxima vez? ¡Tengo el sueño de ganarme el premio mayor al menos una vez en la vida!

—No, no lo hago—murmuré con las mejillas aplastadas.

—¿Seguro?

—Shí.

No dije nada más. Simplemente se levantó, se inclinó sobre la mesa y llenó mis labios de besos, incluso mientras su mano seguía sujetando mi cara.

—¡Mmm, suéltame! —intenté sacudir la cabeza—. ¡Por el amor de Dios! ¡Estamos en medio de la cafetería, hermano! ¿De verdad tienes que treparte sobre la mesa para esto?

¡Ten un poco de respeto por la mesa! Fue hecha para separar a la gente, ¡no para ser un obstáculo!

Cuando quedó satisfecho, volvió a sentarse. Por fin logré liberar mi rostro de su "mano gigante de pulpo". Sentía los labios hinchados, como si me hubiera picado una abeja.

Mientras me frotaba los labios, un grupo de estudiantes —probablemente de primer o segundo año— se acercó a nuestra mesa.

No, no me buscaban a mí. Querían al hermano Pat.

—Disculpe...—dijo una chica valiente, extendiendo una caja de regalo rosada.

—Déjalo ahí—respondió Pat, sin apartar la mirada de mí. Ni siquiera se giró para mirarlas.

—E-em... ¿podría... podría tomarlo con las manos? —preguntó con una voz tímida y aniñada. No pude evitar hacer puchero. Cariño, estás buscando problemas.

—Mis manos están ocupadas.

Esa fue su respuesta. Y sus manos estaban “ocupadas” porque una sostenía la mía debajo de la mesa y la otra estaba otra vez en mi mejilla. En serio, ¿qué tan largos son los brazos de este hombre para alcanzar tan fácil a través de la mesa?

Al ver que ni siquiera miraría el regalo, las chicas lo dejaron rápidamente encima de los otros obsequios que ya había sobre la mesa. Pensé que se rendirían.

Pero donde hay voluntad...

—¿Cuál es la relación entre ustedes dos? —preguntó la chica valiente, con la voz llena de esperanza. Esperanza de que dijera “nada”.

Pero lo siento, chicas. Esa no fue la respuesta.

—Esposos.

—...

Bueno, definitivamente fue directo.

Las chicas palidecieron y prácticamente salieron corriendo de la cafetería.

—Hmph. Sí que eres popular, hermano. Aunque no eres estudiante de aquí, tienes más regalos que yo, y se supone que el que se gradúa soy yo.

—Es porque soy guapo—dijo simplemente. Retiró la mano, se levantó y se sentó en la silla justo a mi lado, apoyando la cabeza en mi hombro.

Está bien, señor Guapo. ¡Lo que tú digas! Maldición, quería discutir, ¡pero no podía! ¡Tenía razón!

—No quiero sentarme solo. Es molesto—dijo Pat, cerrando los ojos.

—¿Entonces nos vamos a casa? —sugerí.

—Sí, vámonos. El aire acondicionado es agradable, pero hay demasiada gente. Me duele la cabeza.

—¿Y todo esto? —señalé la montaña de regalos. No sé por qué me molesté, ya que él seguía con los ojos cerrados.

—La señorita Pingjai puede recogerlos y distribuirlos luego entre el personal de la oficina.

—Huhu, la gente que dio esto estaría tan triste si lo supiera.

—No recuerdo sus caras. Y no quiero estas cosas—dijo con tono serio. No me asustó; de hecho, me pareció adorable: el gran y noble presidente haciendo pucheros sobre mi hombro.

Como un cachorro. Exactamente como un cachorro.

—Entonces, ¿qué quieres?

Pregunté mientras apartaba suavemente un mechón rebelde de su frente. Mis ojos captaron a otro grupo de chicas acercándose con regalos. Rápidamente llevé un dedo a mis labios, indicándoles que guardaran silencio y no lo despertaran.

—Quiero a Pafon. Quiero a mi esposa.

—...

El grupo que se acercaba lo escuchó alto y claro y huyó de inmediato de la cafetería.

Solté una tos seca, intentando contener las ganas de reírme en voz alta, triunfante.

—Está bien, entonces vámonos a casa. A casa para “tener” a tu Fon, mi querido hermano Pat.

¿Conoces el plan “Pafon gana”?

Si no, solo mira esto. Mira el plan “Patlom gana”. Entonces sabrás exactamente cómo es el plan “Pafon gana”.

THE END

Episodio Especial 1: El nuevo puesto

Por fin, mi sueño de convertirme en empleado oficial de la Compañía Baiyang se ha hecho realidad! Todos con los que trabajé durante mi pasantía estaban felices por mí. Al fin y al cabo, básicamente soy el “sobrino favorito” de la empresa: el querido de todos.

Cuando entregué mi solicitud formal, creí que había dejado claro qué puesto quería. También asumí que un pasante que pasa a ser empleado fijo no necesitaría otra entrevista. Entonces... ¿por qué estoy sentado otra vez en esta sala de interrogatorios?

Sí, es la infame “cámara de ejecución”.
Y el jurado es el mismo dúo de siempre:

—Hermano Pat y la señorita Pingjai.

Y para empeorar las cosas, ¡soy el primero en entrar! ¡Maldición!

—Muy bien. Comenzaré la entrevista ahora—la voz del hermano Pat me devolvió a la realidad. Me preparé mentalmente.

¡Concéntrate, Pafon! ¡Has practicado durante un mes! ¡La señorita Pingjai incluso te ayudó a preparar las preguntas! ¡Puedes hacerlo!

—¿Me extrañaste?

—...

Genial. De verdad no debería haber esperado preguntas profesionales de él.

—Hermano, por favor. No nos hemos visto exactamente por treinta minutos. No seas dramático. ¿Puedes preguntar algo normal? No quiero que la gente piense que recibo trato especial.

—¿Trato especial? No estás recibiendo trato especial, Fon. ¡Eres mi esposa!

Dios mío... debí quedarme en casa. Me masajeé suavemente las sienes.

¿Qué voy a hacer con este hombre?

—Bien. Ya pregunté suficiente. Estás contratado.

—Ah... está bien.

Espera... ¿qué? ¿Eso es todo? ¿Contratado? ¿Así de fácil? ¿Desde cuándo un hombre como él deja de molestar tan rápido?

—¿Para qué puesto? —pregunté, solo para estar seguro.

—¿A qué puesto postulaste?

—Fotógrafo.

—El departamento de fotografía está completo.

¡Ahí está! Volvió a las andadas. ¡Mamá, salvame!

—El único puesto disponible es “Esposa de por vida”—dijo el hermano Pat con una sonrisa radiante, como un hombre que duerme ocho horas diarias y bebe dos litros de agua al día.

—¿Qué ha estado comiendo, señorita Pingjai? —me giré hacia la secretaria, que luchaba —y fracasaba— por contener la risa.

Bien. El presidente y su secretaria son tal para cual. Copias perfectas.

—Renuncio—suspiré, harto de ambos, y me di la vuelta para irme.

—Te daré una Black Card.

Clic. (El sonido de mis pies deteniéndose).

—...

Hmph. ¿De verdad cree que una Black Card puede comprar a Pafon? ¡Sigue soñando!

—Tres Black Cards.

—¿Qué día empiezo a trabajar, hermano?

Ya te dije que una Black Card no puede comprarme... a menos que haya suficientes.

—Señorita Pingjai, por favor dígales a los otros postulantes que se vayan a casa. Ya encontré al empleado que necesito.

—Sí, señor presidente—respondió la señorita Pingjai antes de salir de la sala. Ahora solo quedábamos Patlom y Pafon.

—Fon, ven aquí—dijo el descarado. Empujó hacia atrás su silla giratoria y se dio una palmada en el muslo, indicándome que me sentara.

¿Y qué otra opción tenía sino obedecer?

—Te dije que incluso si no trabajas, puedo mantenerte.

—Pero quedarme sin hacer nada es aburrido.

—Entonces ven a trabajar conmigo. No te aburrirás—dijo, y mientras hablaba empezó a amasar cariñosamente mi trasero, su forma de “castigar” mi terquedad.

—¡No seas tan pervertido en la oficina! —le grité, apartando su mano con bastante fuerza.

—No lo soy.

—¡Estás apretando tan fuerte que vas a dejar marcas!

—Oh, ¿entonces a Fon no le gusta que lo aprieten? ¿Prefieres que te den palmadas?

¡Cielos! ¡El hermano Pat se ha puesto otra vez la “máscara de la desvergüenza”! ¡Alguien lléveme a un templo! ¡O a una iglesia! ¡O directo al hospital! ¡No puedo con esto!

¡Smack!

—¡Ay! Hermano, ¿por qué hiciste eso? ¡Dolió!

—Pensé que te gustaba.

—¡No!

—Te encanta.

Ugh... ¡lo que digas!

No tenía energía para discutir con un hombre tan descarado, así que enterré la cara en su amplio hombro. Inhalé su fragancia embriagadora y, para mi sorpresa, me quedé profundamente dormido ahí mismo, sobre su regazo.

Al ver que estaba completamente dormido, Pat no se molestó en despertarme. Se levantó, me cargó como a un pequeño mono —totalmente indiferente a las miradas de sus empleados— y me llevó directo al auto.

—¿Viste eso? El presidente acaba de llevarse cargado a ese chico. ¿No estaba aquí para una entrevista? —susurró una empleada.

—¡Dios mío! ¿Será un trepador social? Hoy en día no solo las mujeres, los hombres también lo hacen.

—Seguro. Yo lo vi cuando era pasante. Siempre estaba pegado al presidente.

—Si solo es un parásito, me pregunto cuánto durará.

—Probablemente lo suficiente como para que ustedes dos tengan que buscar nuevos trabajos—interrumpió una voz.

—¡Señorita Pingjai! —el grupo chismoso se congeló.

—La persona de la que están hablando no es un extraño cualquiera para que lo critiquen. Va a ser su jefe.

—¿Q-Qué quiere decir?

—Ese “chico” es el novio del presidente y su futuro compañero de vida. Si aún les queda algo de cerebro, entenderán lo que eso significa para sus carreras.

—¡L-Lo sentimos mucho! ¡No lo sabíamos! —se inclinaron frenéticamente.

—No se disculpen conmigo. Guárdenlo para el señor Pafon. Si le ruegan, quizá el presidente tenga la amabilidad de no despedir a dos personas que no saben cerrar la boca—dicho esto, Pingjai se marchó.

Casa de Patlom

Perspectiva de Patlom

Después de hacer de chofer para mi bella durmiente, lo llevé al dormitorio. Luego bajé a la cocina para preparar algo sencillo —arroz frito— y esperarlo. Cada vez que Fon se despierta, lo primero que hace es buscar comida. Si no hay nada, hace pucheros todo el día.

No soy precisamente un chef, pero quería intentarlo. Ver a Fon cocinar me hizo querer hacer lo mismo. Y, siendo honesto, solo quiero cocinar para él.

Justo cuando terminé, Fon apareció en la cocina, frotándose los ojos con sueño. Me apresuré a sujetarlo. ¿Quién baja las escaleras con los ojos cerrados?

Solo Fon.

—Fon, abre los ojos.

—Mmm.

—Si puedes decir “mmm”, puedes abrir los ojos.

—Mmm.

Así es Fon. Cuando está medio dormido, su vocabulario se limita a una sola sílaba.

Lo llevé hasta una silla, pero antes de que pudiera traer el arroz, me jaló para sentarme y se arrodilló en el suelo, entre mis piernas.

—Fon, ¿qué estás haciendo? —pregunté. Su rostro estaba tan cerca que podía sentir su aliento cálido a través de la tela de mis pantalones.

—Fon tiene sed.

—Entonces bebe agua en la cocina, cariño—mi voz se volvió ronca cuando sus manos empezaron a tocarme, enviando una oleada de calor por todo mi cuerpo.

—No. Fon quiere beber tu agua.

...

No solo lo dijo: se inclinó y mordió el tirador de mi cierre, bajándolo. En segundos desabrochó los botones y la ropa interior hasta que quedé libre, justo frente a su rostro.

—Mmm... es tan grande—susurró, soplando aire caliente sobre la punta.

—Fon, no me provoques así.

—No estoy provocando. Quiero beber de aquí. Ahora.

Con eso, me tomó en su boca. Dejé escapar un gemido bajo, puro placer.

Su lengua larga me lamía como si fuera un dulce. Cada vez que tocaba un punto sensible, mis caderas se levantaban de la silla. La forma en que me miraba mientras lo hacía... iba a ser mi perdición.

—Sí, Fon. Así, tómalo todo—susurré, acariciándole el cabello.

—¿Se siente bien? ¿Fon es un buen chico?

Animado por mis palabras, redobló sus esfuerzos. Dio una última y fuerte succión antes de apartarse, usando la mano para abrirse la garganta y volver a tomarme—más profundo esta vez. Con la otra mano masajeaba la base, y yo perdí toda noción de la realidad.

—Fon, estoy al límite—agarré su cabeza y empujé hacia adelante, obligándolo a tomarme por completo. Un sonido ahogado y vergonzoso resonó en la cocina.

—¡Gah!

—¡Mmmph!

Fon empezó a quedarse sin aire y golpeó mi muslo, pero esa resistencia solo me excitó más.

—Ya... voy a terminar, cariño... mmm...—gemí, empujando unas cuantas veces más antes de soltarlo todo en su garganta. Fue mucho; se puso rojo, tosiendo mientras intentaba tragar.

Me aparté de inmediato, preocupado por haberlo ahogado. Extendí la mano para ayudarlo a limpiarse, pero antes de que pudiera hacerlo, Fon sacó la lengua.

No quedaba nada. Ni una sola gota.

—Tu agua sabe bien. A Fon le gusta—dijo, lamiendo una gota que quedó en la comisura de su boca. Eso fue el golpe final. Me lancé sobre él y lo besé con fuerza.

Mi Fon era absolutamente irresistible.

—¡Ah! ¡Suéltame! ¡Fon quiere estar arriba!

—¿Hmm? —me aparté un poco.

Aprovechó el momento, se bajó los pantalones y se subió a mi regazo.

—¿Hoy quieres montarme, cariño? —lo provoqué, amasando las suaves curvas que tanto me gustaban, usando un dedo para prepararlo y evitar que le doliera.

Resultó que no hacía falta. Ya estaba más que listo.

—¿Estás seguro, Fon? ¿Arreglarte así y seducirme?

—Mmm—gemía. No era una respuesta; era el sonido que hizo al bajar sobre mí.

—Ah... tan estrecho...—jadeé, sujetándole la cintura para que no se cayera de la silla.

—¡Se siente tan bien, hermano Pat! ¡Mmm... ah! —se quejaba, moviendo las caderas para encontrar su punto sensible. Cuando lo logró, lanzó un grito agudo.

Quería más fuerte. Se notaba. Y yo estaba más que dispuesto a complacerlo.

¡Thud!

—¡Aaaa! —Fon tembló cuando empujé hacia arriba, dándole justo en el lugar. Su miembro se estremecía con cada movimiento.

—Se siente bien, ¿verdad? Mejor que tus dedos, ¿no?

Intentó responder, pero solo salieron gemidos incoherentes.

—La próxima vez no tendrás que prepararte tú. Yo lo haré por ti. Ahora déjame cuidarte—aceleré el ritmo; mis palabras solo hicieron que se apretara más a mi alrededor.

—F-Fon te dejará... mmm... ¡Hermano, hazlo más fuerte! ¡Fon ya casi... mi amor!

Ante sus palabras, perdí el último resto de control. Me moví dentro de él sin tregua hasta que ambos alcanzamos el clímax al mismo tiempo.

Fon temblaba como una hoja al viento, aferrado a mi cuello. Lo abracé con fuerza y acaricié su espalda para ayudarlo a calmarse después del orgasmo, aunque todavía no me había apartado.

Después de unos minutos, escuché cómo su respiración se volvía regular. Se había quedado dormido otra vez. No tuve corazón para despertarlo, así que cargué a mi pequeño mono y lo llevé de vuelta a la cama, igual que antes.

Supongo que el arroz frito fue un desperdicio esta noche. Lo guardaré para la próxima, mi querido Fon.

EPISODIO ESPECIAL 2: SI PAFON FUERA EL CHAIRMAN

¿Quién dice que ser el presidente de una empresa es fácil? ¡Yo lo niego rotundamente! Dirigir una compañía no es ni de lejos tan glamoroso como la gente cree.

Principalmente porque... ¡no tengo secretaria!

En una empresa de este tamaño, el proceso de selección de una secretaria es increíblemente riguroso, porque esa persona tiene acceso a toda la información interna. Si ocurre una filtración, la secretaria del Chairman siempre es la primera sospechosa. Por eso nadie dura mucho tiempo: la mayoría son ambiciosos topos que buscan vender secretos corporativos al mejor postor.

Como Chairman, estoy exhausto de este ciclo interminable de contrataciones. Si no encuentro a alguien pronto, voy a morir de un infarto justo encima de esta montaña de documentos.

—Hmph. Me pregunto si moriré primero por esta pila de papeles o por el agotamiento de buscar una secretaria.

Tenía la cabeza apoyada en las manos cuando mi teléfono vibró con un mensaje. Me obligué a mirar la pantalla.

[Pat]: Fon, ¿el puesto de secretaria sigue vacante?

Ni siquiera tuve que adivinar quién lo había enviado. Nadie más se atreve a llamar “Fon” al Chairman excepto el Hermano Pat, mi mayor de la universidad.

[Fon]: Sigue libre, hermano. Aún no encuentro a alguien que me guste. Estoy agotado.

Respondí dejando que un poco de mi frustración actual se filtrara en el mensaje.

Como nos conocemos desde la universidad, el Hermano Pat siempre ha sido una buena persona, ayudándome en todo. Aunque nos graduamos y seguimos caminos profesionales distintos, nuestra amistad nunca se desvaneció. Él es la única “zona segura” que me queda.

[Pat]: Entonces iré a verte mañana.

[Fon]: ¿No tienes trabajo? Mañana es sábado. Tu negocio debe estar ocupado.

Protesté. Verás, él es dueño de una boutique de perfumes en pleno centro de la ciudad. Sus fragancias han ganado premios nacionales; todos han oído hablar de su marca o la han usado, porque es natural y accesible. Incluso los estudiantes pueden comprar los perfumes del Hermano Pat sin arruinarse.

Su tienda ofrece una amplia gama de productos: aceites esenciales para relajarse y velas aromáticas para decorar el hogar. Pero la firma distintiva de su marca es que los clientes pueden crear sus propias fragancias personalizadas. La tienda proporciona las herramientas y talleres por una tarifa mínima, básicamente solo el costo del frasco o del envase de la vela. Él quiere que cualquiera, sin importar la edad, pueda crear un aroma único sin que cueste una fortuna.

Por eso su tienda suele estar abarrotada de adolescentes los sábados y domingos. No había forma de que pudiera simplemente irse.

[Pat]: Cerraré la tienda.

[Fon]: Espera, ¿puedes hacer eso? ¿Por qué?

[Pat]: Cierro la tienda para ir a buscar a Fon.

“...”

El Hermano Pat de verdad está en otro nivel.

[Fon]: Vas a perder a todos tus clientes.

[Pat]: Que se vayan. Cuando quieran volver, volverán.

Dios mío, hermano. ¡Por favor preocúpate un poco por tus clientes! Me duele la cabeza.

[Fon]: Está bien. Mañana a las 10:00 a. m. Ven a verme a la empresa.

¿Y qué otra opción tenía?

Al día siguiente

Era otro día enterrado bajo una montaña de documentos. Había esperado tener un día agradable: el sol no estaba muy fuerte y el aire era fresco. Planeaba salir temprano a dar un paseo por el parque.

Pero este maldito papeleo se interpuso en mi camino.

En un instante, mis planes felices se convirtieron en una realidad aburrida. De verdad quería crear una norma que permitiera al Chairman tener fines de semana libres igual que los empleados. Pero no podía usar mi poder para cambiar las reglas que yo mismo había creado: fui yo quien insistió en los fines de semana libres porque no quería que mi personal se quemara.

Solo olvidé que, como soy el jefe, no cuento como “empleado”. Estos documentos me los trajeron los jefes de departamento ayer, después de que yo ya me había ido. Esta mañana entré a... esto.

Toc, toc.

—Adelante —dije sin levantar la vista. Supuse que era el personal de limpieza entrando para lo habitual.

Me quedé firmando papeles unos veinte minutos sin oír un solo sonido de la persona que había entrado. El silencio era tan extraño que por fin levanté la cabeza... y vi al Hermano Pat sentado en el sofá, sosteniendo una lonchera rosa y dulce.

—¡Hermano Pat!

—Hola. ¿Ya terminaste con esa pila? —Patlom miró a su menor, que ahora era el Chairman de una empresa de talla mundial. Podía ver el agotamiento evidente en mi rostro.

—Ni de cerca. Hmph. Creo que moriré antes de terminar de firmar todo esto — respondí, estirando los brazos sobre la cabeza para aliviar la tensión.

—¿Has descansado algo siquiera? —Patlom no respondió a mis quejas. Solo hizo una pregunta corta y simple: —¿Has descansado?

Sonaba como una pregunta casual, pero hizo que mi corazón floreciera al instante. Nadie me había preguntado eso desde que asumí el cargo, después de que mi padre se retirara a una vida tranquila de jardinería en la provincia.

—¿Estás cansado? —El hombre mayor dejó la lonchera a un lado y se acercó a mí. Yo ya estaba desplomado sobre el escritorio, gimoteando.

Patlom no dudó. Extendió la mano y acarició suavemente mi cabello y mis hombros, como si temiera que, si me tocaba con más fuerza, pudiera romperme y desaparecer.

—Lo has hecho muy bien, cariño. Has trabajado muy duro todo este tiempo.

Su voz era calmante, y su mano continuó frotando mi espalda sin cansarse.

—Huhu... mmm... —Escuchar esas palabras me hizo llorar aún más.

Patlom se acercó un poco más, siguió acariciándome el cabello. Abrumado y exhausto, extendí los brazos y rodeé con fuerza su cintura mientras él estaba de pie a mi lado.

—Hermano Pat... huhu...

—Llora si estás cansado, bebé. Estoy aquí. No tengas miedo, buen chico.

Se quedó así consolándome un buen rato, hasta que sintió cómo mi cuerpo empezaba a deslizarse lentamente hacia el suelo. Se dio cuenta de que me había quedado dormido allí mismo, en sus brazos, y aun así no soltaba su cintura ni dormido.

Preocupado de que despertara con el cuello rígido o dolor de espalda, Patlom separó suavemente mis brazos, lo justo para poder moverse. Cuando mis brazos cayeron, se dio cuenta de que estaba profundamente dormido.

Se arrodilló, me levantó en brazos y me llevó a la zona privada de descanso que tenía en la oficina para las noches largas. Después de acomodarme y asegurarse de que estuviera cómodo, volvió al sofá para recoger la lonchera. Cuando se dio la vuelta para irse, sintió un pequeño tirón en su camisa.

—Quédate con Fon —murmuré sin abrir los ojos.

Probablemente estaba soñando.

—Solo voy a traer la lonchera. Vuelvo enseguida.

—Mmm —tarareé.

No supo si fue una respuesta o solo un sonido de sueño, pero aun así me soltó. Tomó la comida y volvió rápido para sentarse a mi lado. Acarició suavemente mi cabeza para asegurarse de que de verdad estuviera dormido.

Cuando ya estaba profundamente dormido, Patlom fue a mi escritorio. Revisó con cuidado los documentos y los organizó por categorías: propuestas, aprobaciones de presupuesto, renovaciones de contratos e incluso solicitudes de permiso del personal.

Le tomó casi dos horas ordenar todo. Justo cuando terminó, bostecé y salí tambaleándome del dormitorio, con la camisa arrugada y el cabello hecho un nido de pájaros.

—¿Tienes hambre? —Patlom se acercó y se inclinó hasta quedar a la altura de mis ojos.

—Un poco. No he comido desde esta mañana —respondí, frotándome los ojos.

—No te frotés los ojos, Fon —dijo, atrapando mis manos.

—Mmm... mmm...

—Vamos a lavarte la cara para que despiertes, cariño.

Se levantó y me llevó del brazo al baño. Como todavía estaba atontado, temía que tropezara, así que me alzó y me sentó en el borde del lavabo. Sacó un pañuelo del bolsillo y lo mojó con agua. Cuando estuvo húmedo, se colocó entre mis piernas.

—Está frío, hermano Pat —me quejé. Él no pudo evitar soltar una risa cariñosa.

—Ya casi termino. Solo un segundo.

Intentó que me quedara quieto, pero no estaba cooperando mucho.

Era como intentar bañar a un gatito: muchos movimientos y “maullidos”.

—Si sigues moviéndote, voy a besarte.

—...

Me quedé completamente en silencio al instante. Sabía que, si seguía siendo terco, de verdad me besaría hasta dejarme los labios hinchados.

—Je. Buen chico.

Si te preguntas por qué le tengo tanto miedo a esa amenaza... ¿cómo no iba a tenerlo? Cada vez que me besa, mis labios se hinchan. Y nunca me besa solo una vez.

Y si te preguntas por qué el hermano Pat me besaría siquiera...

Bueno... solíamos ser amantes.

El pasado

Aunque no lo creas, cada universidad tiene una leyenda que nunca se olvida. Podrías pensar que es una historia de fantasmas o algo aterrador, pero no en mi universidad.

La leyenda de mi campus era la del **“Luna del Campus de las Mil Flores”**.

Se trataba de un estudiante mayor que era la “Luna del Campus” (el alumno más popular y guapo). Era tan famoso que resultaba abrumador. Por su apariencia, personalidad y talento, todas las chicas y chicos del campus querían regalarle rosas.

¿El detalle? No regalaban una sola rosa; daban al menos cien cada uno. Eso significaba que, si diez personas se le acercaban, terminaría con mil flores.

Suena ridículo, pero era verdad.

¿Y quién era esa Luna legendaria? Te lo diré. Era el hermano Pat. Sí, el hermano Pat... mi exnovio.

Pero a pesar de su fama, era un completo introvertido. Si no tenía que estar en algún lugar, salía corriendo directo a su habitación, ignorando a todo el mundo. Solo participó en el concurso de la Luna del Campus porque sus profesores lo obligaron.

En mi primer año, nunca entendí por qué alguien como él se interesaría en un “nerd” común y aburrido como yo. Ni siquiera nos conocíamos desde hacía una semana cuando empezó a perseguirme sin descanso. Toda la universidad estaba revolucionada: ¿por qué la Luna legendaria iba tras un estudiante de primer año, especialmente cuando pertenecíamos a facultades distintas y Pat ya era un alumno mayor a punto de graduarse?

Pensé que solo estaba jugando, probando su encanto. Creí que se aburriría y se detendría.

Me equivoqué. Me cortejó durante tres meses. Lo veía todos los días. Me cuidaba, me ayudaba con las materias que no entendía y venía a buscarme porque sabía que no tenía amigos. No sé por qué, pero después de tres meses de su insistencia, finalmente lo logró.

—Me gustas, Fon.

—¿Eh?

—Me gusta Fon.

—Hermano Pat...

—¿Quieres ser mi novio?

—¡Sí!

Después de que nos volvimos pareja, algunos de sus fans nos apoyaron, pero otros fueron crueles. No podían entender por qué salía con un “nerd feo” como yo. Al principio ignoré los rumores, pero el acoso se volvió violento.

La gente “accidentalmente” me derramaba salsa de pescado en la cabeza mientras lo esperaba en la cafetería. En clase me empujaban para que no tuviera dónde sentarme y tenía que hacerlo en el suelo. Mis libros y apuntes eran robados y quemados frente a mí.

Los insultos verbales eran peores. Me repetían una y otra vez que no era lo suficientemente bueno para él. Algunos incluso mentían y decían ser su “verdadera” pareja, afirmando que yo se lo había robado.

Pat lo sabía. Intentó manejarlo en silencio, pero por cada acosador que detenía, aparecían diez más. Lo soporté durante un año. Cuando se graduó y se fue, me quedé completamente solo. Sin su protección, el acoso empeoró. Me encerraban en los baños y me arrojaban polvo que causaba picazón. Me decían que fuera y me suicidara.

Al final, me quebré. Decidí terminar con Pat y me fui al extranjero a estudiar de inmediato.

Tal vez fue un error, pero no veía otra salida. Ellos tenían razón: él era guapo, rico y talentoso. Yo solo era un chico que había nacido con una cuchara de plata, pero que no tenía nada más que un cerebro.

Años después, regresé para dirigir la empresa en la capital y me encontré con él otra vez. Y, como antes, empezó a perseguirme de nuevo. Desde entonces, hemos seguido en contacto.

El presente

Después de que Pat terminó de lavarme la cara, me llevó al sofá para que comiera. Él solo se quedó sentado, mirándome. Quería decirle que dejara de mirarme porque es vergonzoso que alguien te observe mientras masticas, pero tenía demasiada hambre.

—Ejem... entonces... ayer preguntaste si el puesto de secretaria seguía libre. ¿Por qué? —pregunté, intentando desviar su atención.

Esperó a que terminara un bocado y, justo cuando iba a beber agua, respondió:

—Voy a postular.

¡Pfft! Casi me atraganto.

—Despacio, no tragues tan rápido. ¿Ves? Te estás ahogando —me regañó con suavidad, usando una servilleta para secar lo que se había derramado. Gracias a Dios no estaba frente a él, o lo habría empapado.

—¿Por qué postularías? Tienes tu propio negocio —pregunté, tratando de volver al tema.

—Tengo trabajo, pero Fon no está ahí.

—...

—Ahora entiendo por qué rompiste conmigo en aquel entonces. Fue porque no manejé las cosas con suficiente firmeza y tú no pudiste soportar la presión. Lo siento. De verdad lo siento.

Me quedé en silencio, escuchando su versión.

—Pero después de que te fuiste, sentí un dolor inmenso. Entonces me di cuenta de que tu dolor debía haber sido mil veces peor si sentiste que tenías que huir tan lejos. Tras tu partida, fui tras cada persona que te había acosado. Me aseguré de que nadie volviera a atreverse a decir una sola palabra en tu contra. Pero incluso después de limpiar el camino, no regresaste. Pensé que nunca volvería a verte. Abrí la tienda de perfumes porque sabía que te gustaban los aromas. Estar allí me hacía sentir que aún estabas conmigo.

—¿Nunca pensaste en seguirme?

—Lo pensé todos los días. Estuve a punto de volar para buscarte tantas veces... pero fue por mi culpa que conociste a esas personas horribles. Pensé que quizás serías más feliz sin mí. Así que me mantuve alejado, aunque sabía exactamente dónde estabas.

—Mmm, lo entiendo. En realidad, no fue solo tu culpa. También fue mía. No luché, te abandoné y dejé que esas personas importaran más que tú. Lo siento, hermano Pat —dije, con los ojos llenándose de lágrimas.

Él no dudó en abrazarme con fuerza.

—Está bien, Fon. Todo está bien ahora, cariño. A partir de ahora, empiecemos de nuevo.

—Mmm —sollozó en su hombro antes de mirarlo a los ojos—. ¿Quieres ser mi novio, hermano Patlom?

—Sí. Sé mi novio, Pafon.

THE END